Aitor Ferrer

CUÉNTAME LA VERDAD

CUÉNTAME LA VERDAD

Aitor Ferrer

Primera edición.

Cuéntame la verdad.

©Aitor Ferrer

©Noviembre, 2022.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Epílogo
Mis redes sociales

Capítulo 1

El despliegue policial era de película. Me encontraba en Manhattan y en esa ocasión no acudí por negocios.

Me llamo Nathan y aquella mañana parecía que la pesadilla, por fin, llegaba a su fin.

Tenía el tiempo contado, a mi padre no le quedaban demasiada vida y encontrarla era su única esperanza. Si no lo lograba, si yo no era capaz de devolverle a Alison y que le diera un último beso antes de despedirse de este mundo todo habría sido en vano. Y eso no entraba en mis planes.

No me considero un perdedor, mi padre, el gran Matthew Morrison, dueño de uno de los viñedos más importantes de California, no me había criado para perder. Él siempre me metió en la sesera que los Morrison éramos unos ganadores y yo así lo veía.

La policía me indicó que me apartara de la puerta. Lo cierto es que en Nueva York todo se hace a lo grande. No era una criminal, Iria no lo era, aunque yo nunca la hubiera mirado con buenos ojos, tantos efectivos allí me parecían una exageración.

—Solo son una mujer y una niña de dos años, tengan presente que pueden resultar heridas, por favor—observé.

—Esa mujer puede estar armada, todas las precauciones que tomemos serán pocas, es usted quien debe tenerlo presente. Apártese, por favor.

El corazón me iba a mil, ¿qué me encontraría detrás de esa puerta? Uno de los agentes dio una patada y a continuación se escucharon los gritos, ¡Policía de Nueva York! ¡Las manos en alto!

Por un momento cerré los ojos y a continuación los abrí, pensando en ir hacia Alison y tomarla en brazos, si bien lo único que me encontré fue un apartamento vacío y de nuevo la sensación de haber fallado.

—Nathan no hay nadie aquí—me comentaron.

—Eso ya lo veo, ¿hasta cuándo se prolongará esta pesadilla? Siento que no puedo más, es que no puedo, es francamente terrible.

—Nos ponemos en su pellejo, los casos de secuestros de niños no suelen ser fáciles, pero no ceje en su empeño. Son muchos los pequeños que aparecen incluso años después de que se los lleven, y su hermana solo lleva unos meses lejos de ustedes.

—Unos meses que nos han parecido siglos y, además, que el tiempo juega en nuestra contra, ¡tienen que hacer algo!

Estuve a punto, presa de la desesperación, de coger al poli por la pechera, aunque eso solo me hubiera valido para que mis huesos fueran a parar a la cárcel, solo para eso.

Cuando uno lo ve todo perdido, ya nada le importa. A mi padre se le estaba agotando el tiempo y lo único, lo único que me había pedido en la vida, era que encontrase a Alison.

En realidad, debió pedírnoslo a los dos, a mi hermano William y a mí, solo que habría sido en vano. De sobra sabía mi padre que él era un

vividor que no se preocupaba más que de vivir a cuerpo de rey, que es lo que había hecho siempre.

William tenía un par de años menos que yo, treinta y dos por aquel entonces, y no había dado palo al agua en su vida ni pensaba darlo, eso lo tenía yo claro como que en ese instante era de día y como que me había vuelto a quedar con la cara partida una vez más.

Por esa razón me convertí en la única esperanza de mi padre, él se apoyó en mí como su heredero a la hora de enseñarme todos los entresijos del negocio, del imperio vinícola que había heredado de mi abuelo y este de su bisabuelo.

Para nosotros el vino lo era todo, era el símbolo Morrison, y que las bodegas siguieran estando en lo más alto fue el propósito para el que mi padre vivió hasta que le detectaron aquel cáncer de pulmón que acabaría con su vida en breve.

Me sentía tan tremendamente culpable que noté taquicardia y tuve que sentarme en el suelo. En ese momento me llamó Lysa, mi mujer, no sé qué hubiera sido de mí sin ella.

Lysa y yo llevábamos toda la vida juntos, desde niños. No voy a decir que me enamorase de ella con pasión porque yo no era un hombre especialmente apasionado; mi pasión era el vino, igual que la de mi padre. Sin embargo, tras varios años de noviazgo comprendí que estaba ante la mujer de mi vida.

Nos casamos en la que fue una gran ceremonia y desde entonces comprendí que no me había equivocado; Lysa era la mejor compañera de vida que un hombre pudiese tener, de modo que formábamos un tándem ideal.

En realidad, éramos eso, un gran equipo, y ella me ayudó

enormemente a ser el soporte de mi padre. Eso sí, no habíamos podido tener hijos, nunca quedó muy claro cuál era el problema, después de dar vueltas y más vueltas por todas las mejores clínicas ginecológicas y de varios tratamientos de fertilidad que no dieron sus frutos, comenzábamos a tirar la toalla.

Llevábamos ocho años casados, quizás no eran tantos. Muchos dirán que éramos demasiado jóvenes para eso, para darnos por vencidos, pero el problema es que ella se quedaba hecha polvo cada vez que el embarazo no prosperaba, por lo que preferíamos no intentarlo más.

Quizás sea por todo lo que estoy contando que la llegada de mi hermana Alison a nuestra vida fue como un soplo de aire fresco. Para Lysa y para mí el que hubiese un bebé en la casa supuso en parte calmar el dolor que sentíamos por la falta de uno propio.

Mi padre llevaba viudo muchos años, ya que mi madre murió cuando William y yo éramos unos adolescentes. Durante mucho tiempo fueron famosas sus conquistas, si bien no quiso volver a casarse.

Rondaba los sesenta cuando Iria apareció en su vida. A mi hermano y a mí nos sonó a chiste, ¿una madrastra que tuviera nuestra edad? Debía ser la mayor trepa del mundo, por lo que la miramos con los peores ojos desde el principio.

Lo que más nos jodió fue que no actuara de frente. Yo la acorralé más de una vez para que al menos me confesara que solo quería aprovecharse de él, que no podía estar enamorada. Pero Iria se las sabía todas y, en su opinión, lo estaba hasta las trancas.

A mí el tema me jodía hasta donde no os podéis imaginar, pero no pude hacer nada al respecto; mi padre terminó pasando por el altar con ella. Desde entonces seguí sus pasos de cerca, tratando de pillarla en un renuncio que me llevara a poder demostrarle a mi padre quién

era realmente su mujercita, aunque nunca lo logré.

Iria sabía cubrirse muy bien las espaldas, como también lo supo a la hora de planear su marcha. Yo no sé cuánto tiempo le llevó urdir el que, hasta el momento, estaba resultando el plan perfecto.

—Lysa, otra vez se nos ha escapado de las manos cuando ya casi la teníamos, esa malnacida se ha vuelto a esfumar con la niña.

—Lo siento mucho, Nathan, pero seguro que terminarás dando con ella, ¿cuándo vuelves a casa?

—Esta misma noche, esta misma noche….

Estaba psicológicamente agotado. Iria siempre iba varios pasos por delante de nosotros, por delante de la policía. Era como una jodida maga del escapismo.

Miré a mi alrededor y descubrí al peluche que yo mismo le había regalado a mi hermana, lo que me provocó un lagrimeo incontenible, ella lo llamaba “monito” y lo llevaba siempre consigo. En su huida se lo habían dejado.

Lo tomé entre mis manos y lo olí. Cielos, todavía tenía su olor impregnado, lo que me llevó mentalmente al bonito momento de su nacimiento, a la primera vez que la vi y que la sostuve en brazos.

Yo nunca imaginé que, llevándome los muchos años que me llevaba con ella, fuera a querer a esa cría como la quería. Craso error por mi parte, ya que la adoraba.

Iria se había asegurado el tener una hija para que mi padre todavía estuviera más por ella, como si no estuviera ya bastante enamorado. Me resultaba insoportable pensar que se pudiera ser más cínica.

Lo que ocurrió después estaba en sede judicial; un buen día desapareció sin dejar rastro. Se ve que ya se había ganado lo suficiente la confianza de mi padre como para robarle a tutiplén. Cuando quisimos darnos cuenta, había vaciado una de sus cuentas corrientes, lo que le aseguraría muchos, muchos años de bienestar y se había llevado todas las joyas de mi madre, que serían para ella un seguro de vida.

Si que se llevara esas joyas, con un valor sentimental incalculable para nosotros nos dolió, no puedo describir con palabras lo que nos dolió que se llevara a la niña. Probablemente lo tenía todo pensado; aguantar a mi padre algunos años y luego, cuando estuviese más confiado, asestarle la puñalada mortal.

Para más inri, un mes después de su desaparición, a mí padre le dijeron que su vida pendía de un hilo y que el cáncer se lo llevaría a no mucho tardar. Siempre fue un fumador empedernido, aunque confieso que yo pensaba que a Matthew Morrison no había bicho que se lo pudiera llevar por delante.

Y de eso habían pasado ya unos cuantos meses más. Con lo que no contaba Iria era con que nosotros la buscaríamos hasta debajo de las piedras, en concreto yo, pues William optó por seguir viviendo una vida de ostentación carente de cualquier atisbo de problema.

Yo pensaba que Iria tenía un sexto sentido, porque no era normal que cada vez que nos dieran alguna valiosa información, puesto que teníamos detectives dispersos por distintas zonas de Estados Unidos, lograra esquivarnos en el último momento.

Volé hacia casa abatido con el monito sobre mi regazo. Alison, aquel angelito rubio que la vida nos regaló se me antojaba cada vez más lejano. No, no era justo que dijese eso, yo tenía la certeza de que algún día la encontraría, aunque temía que cuando eso ocurriese ya

fuese demasiado tarde, que mi padre ya no pudiera volver a verla.

Estaba dedicado en cuerpo y alma al vino y a su búsqueda. Entendía que Lysa estaba teniendo demasiada paciencia porque apenas le dedicaba tiempo y lo cierto es que no se quejaba; era una gran mujer.

En el aeropuerto le compré un regalo; un precioso collar de perlas de esos que tanto le gustaban y que llevaba desde que nos casamos. Eran como su sello de identidad.

Cuando llegué a casa todos dormían, pero ella me esperaba despierta. Hacía tiempo que no podía conciliar el sueño, igual también en su caso la procesión iba por dentro.

—Buenas noches, ¿todavía despierta? Te he traído un regalo.

—No tenías que hacerlo, no se trataba de un viaje de placer para ti.

—Ya lo sé y aun así he estado reflexionando y estás mostrando mucha paciencia con la situación. He pensado que, cuando todo esto acabe, tú y yo podríamos hacer un largo viaje a cualquier lugar del mundo, al que elijas.

—¿A cualquier lugar del mundo que esté a más de diez kilómetros de tus viñedos? Eso no me lo creo ni aunque me lo firmes.

—Eh, sé que estoy demasiado volcado en el trabajo, lo sé, pero todo eso irá cambiando.

—Venga, trata de descansar, habrá sido muy frustrante.

—Sí que lo ha sido, una vez más me ha dado esquinazo en todas mis narices. Le he traído esto a papá…

—Anda, si es el monito de Alison, ¿dónde lo has encontrado?

—En el apartamento, todavía huele a ella. Creo que a papá le gustará tenerlo…

—Tienes que saber que está empeorando por momentos, ha pasado una tarde fatal.

—Sé que la cuenta atrás ha comenzado y que tengo que darme prisa.

—No te martirices más, no eres responsable de todo lo que ocurra en esta casa, tu padre también tuvo su responsabilidad por casarse con ella, él es el verdadero responsable.

—Pero sabes que todo me cae encima de los hombros, ¿a quién le caerá si no? ¿A William? No me hagas reír.

—No comiences con la cantinela de tu hermano, que cansa mucho, por favor.

Capítulo 2

Entré en el dormitorio de mi padre de buena mañana y su mirada de decepción me traspasó.

—Veo que vienes con las manos vacías de nuevo.

Mi padre era un hombre de los antiguos, un hombre recto y bueno que siempre quiso que sus hijos rozaran la excelencia. Obvio que conmigo estuvo más cerca que con William, a quien consideraba la oveja negra de la familia.

—No del todo, papá, al menos esta vez te he traído esto…

—Es su monito, es el monito de mi niña—Sus ojos se llenaron de lágrimas y a mí me partió el alma.

—Papá, trata de tranquilizarte, no te lo he traído para que te alteres, ¿vale? Solo es para que sepas que sigue viva y que mientras hay vida, hay esperanza.

—Claro, hijo, pero no para mí, a mí la vida se me está escapando y tú no eres capaz de dar con tu hermana. De William me puedo esperar cualquier cosa, pero no de ti. Tú eres mi sucesor, aunque heredéis los dos, tú te quedas con mi sabiduría y con el negocio. A tu hermano solo dale dinero, no dejes que ponga sus pies en mi empresa.

—Tranquilízate, papá, si no te dará la tos y será peor.

—¿Cómo quieres que me tranquilice, hijo? Si me he convertido en un viejo tullido que no vale para nada.

—Tú no eres eso, papá, no eres eso.

—Le di asco, por eso se fue—Sus ojos volvieron a humedecerse.

—Se fue porque era una avariciosa que solo buscó tu dinero, papá. Debiste hacerme caso y no casarte con ella.

—Pero me dio a Alison y eso ha alegrado mis últimos años de vida.

—No hables así, tú no te vas a morir.

—Y tú no me trates como a un niño de tres años, por supuesto que me voy a morir, pero eso no es lo importante, lo importante es que me prometas que darás con ella y que se la arrebatarás. No quiero que mi hija se críe como una cualquiera, Alison es una Morrison como vosotros.

—Te lo prometo, papá. Cuando dé con ella los tribunales sentenciarán a nuestro favor. Cualquier juez comprenderá que ha sido un secuestro en toda regla—Le coloqué la almohada.

—Vale, pues ahora déjame solo, va a venir la enfermera y es el único momento agradable del día.

—Papá, el que tuvo retuvo, ¿eh?

Al menos le saqué una sonrisa. El muy tunante había contratado a una enfermera joven que era un auténtico cañón para al menos recrearse

la vista.

Yo entendía que él necesitaba un mínimo aliciente en los que estaban siendo unos momentos durísimos. También para mí lo eran, apenas podía soportar ver cómo se consumía mientras yo no podía hacer nada por aliviar su sufrimiento.

Solo me quedaba esperar a que de nuevo sonara el teléfono para colarme donde hubiera aparecido la última pista de Iria. Me daba igual, como si me tenía que ir a la China, le había prometido a mi padre que la encontraría y así lo haría.

Salí de su dormitorio cuando Jenna, la joven enfermera, entraba. Me crucé también con William, quien se la quedó mirando de arriba abajo.

—¿Podrías ser un poco menos descarado? —le pregunté con mal tono porque me repateaba que actuara así.

—No seas malpensado, es solo que esta chica me quiere sonar de algo.

—Sí, claro, todas te suenan de algo. Que te hayas acostado con la mitad de las mujeres de California no quiere decir que no queden algunas libres de tu virus.

—Joder, hermanito, vaya mala leche que gastas hoy, ¿sigues empecinado en encontrar a la niña?

—Pues claro, gilipollas, ¿no ves que es la única ilusión que le queda a papá?

—Pues con esa enfermera en su dormitorio, bien podría pensar en darse un homenaje.

—Naciste estúpido y estúpido te morirás, paso de ti.

William solo pensaba en mujeres y en fiestas, y eso no cambiaría nunca. Mi padre había tomado ciertas medidas para que no pudiera dilapidar su parte de la herencia de golpe llegado el momento, puesto que eso le haría revolverse en su tumba.

Matthew Morrison era una de esas personas que no se iría de este mundo sin tenerlo todo atado y bien atado, por eso yo conservaba la esperanza de que su maltrecho cuerpo aguantase hasta que yo abriera de golpe las puertas de su dormitorio con mi hermana en brazos.

Un rato después volví a entrar y él estaba descansando.

—Se ha puesto muy nervioso, extremadamente nervioso, le he tenido que administrar un calmante—me comentó Jenna.

Sin duda que sí, porque el alma se me cayó a los pies. En su delirio había hecho trizas el monito, no pudiendo soportar que fuera un muñeco y no su hija quien apareciese.

Uno a uno fui recogiendo sus pedazos, que se me asemejaron a los del corazón de mi padre. Me preguntaba hasta dónde podría aguantar, en qué momento su corazón se pararía y si para entonces habría recibido la gran alegría de su vida.

Al salir de la habitación me encontré con Lysa. Tampoco tenía buena cara, aunque era lo lógico; el ambiente en aquella casa se estaba convirtiendo en irrespirable.

Me marché al despacho de mi padre, que ya era el mío, e hice varias llamadas de teléfono. Dupliqué el dinero destinado a la búsqueda de Alison y mirando el insigne retrato de mi padre, ese que llevaba toda la vida colgado allí, le prometí una vez más que la encontraría.

Después salí a respirar algo de aire puro y me encontré a Lysa en el jardín.

—Hola, ¿tú también estás de capa caída? Es como una epidemia, ¿no te parece?

—Esta casa tampoco es que haya sido nunca la alegría de la huerta, aquí siempre hubo más dinero que risas.

Miré a la que era una auténtica mansión en medio de nuestros viñedos y concluí que razón no le faltaba.

Capítulo 3

Una semana, fue justo una semana la que esperamos hasta que obtuvimos nuevas y sorprendentes noticias.

—Está en Madrid, Iria se ha marchado a Madrid con Alison.

En un primer momento me quedé helado, porque no me esperaba que se la llevase tan lejos, aunque enseguida pensé que entraba dentro de lo posible, ya que la madre de Iria, abuela de Alison, había nacido en ese país y, aunque lo abandonó siendo todavía una niña, ella hablaba de España como un lugar en el que quedaron parte de sus raíces.

—A Madrid, Lysa, tengo que irme a Madrid, parece que han aterrizado allí. Será un viaje largo y me gustaría mucho que vinieses conmigo, aunque debes entender que papá nos necesita y que William es como si no estuviera.

—No te preocupes, es lo mejor.

—Gracias por ser tan comprensiva, espero poder compensarte por todo esto muy pronto.

—No te preocupes, las cosas están como están y tampoco hace falta que le des más vueltas, ¿cuándo te vas?

—Cualquiera diría que estás deseando que me vaya, aunque por supuesto que lo haré lo antes posible, sabes que él no aguantará mucho más.

—Yo tampoco aguantaré mucho más—me soltó con voz decidida y me quedé sin capacidad de movimiento.

—¿A qué te refieres? ¿Tan agobiada estás? Es normal, todo esto te está sobrepasando y buena parte de la culpa es de William que no…

—¡¡¡¿Quieres parar de culparlo por todo?!!! —me chilló y me quedé con el rabo entre las piernas, como suele decirse.

Jamás la había escuchado chillarme ni yo le había chillado tampoco. El nuestro había sido un matrimonio de lo más tranquilo y, cuando alguna vez tuvimos problemas, los discutimos con tranquilidad.

—Pero ¿qué ha pasado? No te entiendo, si hablo de mi hermano es porque me hierve la sangre con sus cosas, ya lo sabes.

—Y a mí con las tuyas y llevo demasiado tiempo callada, pero ya no pienso hacerlo más. No me da la gana de permanecer más tiempo como si no tuviera voz ni voto, no pienso hacerlo ni por mí ni por mi hijo.

El hecho de que se pusiera la mano en el vientre me aclaró bastante más la situación, porque hasta ese momento podría haber pensado que mis oídos me la estaban jugando.

—Espera, ¿has dicho “mi hijo”? ¿Estamos esperando un hijo? Pero eso es sensacional, Lysa, ¿cómo no me lo habías dicho hasta ahora?

—Porque no es tu hijo, es mi hijo—sentenció.

Me quedé inmóvil, como si acabaran de darme una serie de guantazos a toda velocidad y con toda la mala leche del mundo, y me costase poner foco.

—¿Cómo? ¿Qué me estás queriendo decir? Obviamente, si es tuyo, también es mío, ¿no?

Lo quise dar por sentado porque, tratándose de Lysa, otra cosa no me cabía en la cabeza. Si se hubiera tratado de Iria, entonces seguro que no me habría extrañado nada, si hasta me ocupé a espaldas de mi padre de hacerle a Alison una prueba de paternidad por si las moscas, aunque resultó ser sangre de nuestra sangre.

Sin embargo, mi leal Lysa, la mujer que llevaba toda la vida conmigo, me acababa de asestar una puñalada mortal que yo trataba de encajar lo mejor posible.

—Pues lo que oyes, lo siento mucho Nathan, Pero el bebé no es tuyo.

—Eso no puede ser, ¿el bebé no es un Morrison?

Su silencio me mosqueó aún más, ¿había algún otro secreto al respecto?

—Sí es un Morrison, pero no es tu hijo—terminó confesando y entonces sí que me eché las manos a la cabeza.

—¿Es de mi primo Fred? Lleva toda la vida enamorado de ti, siempre te lo dije, ¿en qué momento? ¿Cuándo ha pasado?

—No des tantas cosas por sentadas, el bebé es de William.

—¿De William? ¿De qué William? ¿De mi hermano William? No, tiene que tratarse de una broma, esto no puede estar pasando. Esa rata de

dos patas no puede saber hacer niños. No sé ni lo que digo, claro que sabrá, es lo único que sabe hacer en el mundo, tener sexo, para eso no hace falta cualificación especial, o eso creo yo, porque ha logrado hacer lo que yo no he podido; dejarte embarazada.

—No te culpes, Nathan, no te hagas eso. Simplemente con él ha funcionado y contigo no…

—¿Me lo sueltas así y te quedas tan campante? Me quedo muerto, nunca has sido una mujer muy pasional, pero como yo tampoco lo soy no me ha importado nada. Pero esto es demasiado, no sé, ¿te parece gracioso? Igual es una moda o un reto… Soltarle una barbaridad a tu marido a ver si le peta el corazón, pues el mío está a punto de petar.

—Déjate de tonterías, ha ocurrido porque ha tenido que ocurrir, ¿vale?

—No, ha ocurrido porque tú has querido que ocurra, ¿o me vas a decir que te tiraste en bomba a la piscina y caíste en lo alto del mástil de mi hermano?

—No seas soez, te sobra elegancia para asumir esto con deportividad.

—Pues ¿sabes qué te digo? Que yo me cago ya en la elegancia y en el que la inventó, ¿dónde está el soplagaitas de mi hermano? Le voy a dar de leches y así tendrá algo con lo que distraerse, a bien que se pasa el día tocándose el ombligo. Bueno, y lo que no es el ombligo, que a veces sí que está la mar de atareado.

—Ha ocurrido porque tú nunca estabas, déjalo en paz, él al menos….

—Él al menos, ¿qué? Por favor, no te quedes a medias, ya despáchate a gusto. Coge mi corazón, dale una patada como si fuera un balón y embárcalo.

—Él al menos me hace reír y siempre está aquí.

—¿No te jode? Está aquí porque no tiene otra cosa que hacer que tirarse a la bartola, y de paso a ti. Y en cuanto a lo de hacerte reír, pues normal, si es un puto payaso.

Salí con furia de nuestro dormitorio y me lo topé de inmediato.

—¿Qué son esos gritos? Joder, qué manera de taladrarme, estoy con resaca, ¿no puedes respetar eso?

—Respetar, si no fuera porque lo que sí respeto es la memoria de mamá te diría que eres un hijo de la gran puta, porque eso eres tú, William, ¿cómo se te ocurre acostarte con mi mujer?

—Pues mira, si te cuento la verdad no se me ocurrió, son cosas que surgen. A la gente les pasan cosas, salvo a ti, que estás todo el puto día con el dichoso temita del vino y con lo de papá, que ha logrado amargarte igual que lo está él.

—Papá está amargado porque ha perdido una hija, ¿tampoco vas a respetar eso? Yo a ti te mato, aunque debería dejarte vivir para que sufras viendo cómo el tuyo te desprecia, porque algún día te despreciará.

—¿Qué hijo? ¿De qué me estás hablando? ¿Te has tomado una tableta de las pastillas del viejo? Joder, eres un majadero y me está jodiendo el batín de seda, Nathan.

—¿Cómo? ¿Es que todavía no lo sabes? Pues te lo adelanto; vas a ser padre, has dejado embarazada a Lysa.

—Joder, qué puntería tengo, ¿es eso verdad? —Se quedó mirándola y

ella asintió.

—Así es…

—Mola, nena, esto es como una especie de culebrón de esos venezolanos, en los que hay un lío tremendo de familia y todos se lían con todos.

—¿Te cachondeas de mí en mis propias narices? ¿Y encima te permites el lujo de llamarla nena? Que es mi mujer, joder, es mi mujer…

—Es que a mí me gusta que me llame así, ¿lo ves? Por eso me estoy acostando con tu hermano, porque tú te has vuelto un aburrido.

—Yo no me he vuelto nada, no te he dicho nena en la vida, no digas lo que no es.

—Pues igual tienes razón y venías aburrido ya de fábrica, siempre pendiente de tu padre y del puto vino, el hijo perfecto que le regala perlas a su mujercita para compensarla porque ya no la toca ni con un palo.

—¿Yo no te toco?

—Lo justo y necesario, como dirían en misa y yo necesito acción y sexo en mi vida, ¿sabes lo que te digo? Que con tu hermano me lo paso de miedo y que puedes meterte las jodidas perlas por donde te quepan, una tras una.

Me dejó loco y ni siquiera pude chillarles que se marchasen de allí, ya que la casa era tan mía como de William. Me enfrentaba a la situación más surrealista del mundo, ¿qué más me podía pasar? Parecía que me estaban haciendo vudú, qué increíble me resultaba todo.

—Dormiré esta noche en la otra ala y mañana partiré a primera hora para Madrid, cuando papá muera ya arreglaremos las cosas para que no tengamos que vernos.

—¿Vas a dividir esta casa por la mitad? Pues ya puedes ir levantando un muro como el de Berlín, porque esta es mi casa y no pienso moverme de aquí. Ven, nena, vamos a hablar tú y yo de lo del bebé— La cogió por el hombro.

En la puta vida me habría imaginado tal escena al levantarme esa mañana, ¿cómo puede la vida dar un cambio semejante de un momento para otro?

No encontraba a mi hermana, se me estaba acabando el tiempo para cumplir la promesa que le hice a mi padre y, por si todo eso fuera poco, Lysa estaba embarazada del inútil de William y me decía que poco menos que me lo merecía porque él la hacía reír. Pues maldita la gracia que todo aquello me hacía a mí.

Capítulo 4

Imposible planchar la oreja aquella noche. Y más cuando los escuchaba en el salón. Me daban unas ganas de echarlos de allí a patadas que no eran normales, si bien no podía hacer tal cosa.

Me levanté a darle una vuelta a mi padre, quien el oído no lo debía tener tan chungo como el resto.

—Oye, hijo, antes escuché gritos, ¿va todo bien con Lysa?

—Sí, papá, no te preocupes por nada.

—¿Y con William?

—Bueno, ya sabes, todo lo bien que pueden ir las cosas con mi hermano.

Disimulé porque mi padre estaba en las últimas y un disgusto de ese estilo podía hacer que se nos fuera para el otro barrio.

Fue entonces cuando William abrió la puerta de par en par y me temí lo peor.

—Papá, y luego dices que no valgo para nada, ¡pues te voy a dar un nieto! —le espetó.

Lo habría matado allí mismo y con mis propias manos. Encima se jactaba de lo que había hecho.

—¿Un nieto? ¿Por fin vas a sentar cabeza?

—No me pidas más cosas, ¿eh? Vamos de una en una, de momento haré que cumplas uno de tus sueños; darte un heredero para el imperio Morrison.

—Un heredero que venga de ti no sé si será un buen heredero, aunque reconozco que me has sorprendido, hijo, ¿quién es la desafortunada?

—Papá, se te traba la lengua con las pastillas, querrás decir la afortunada.

—La lengua la tengo perfectamente, los que están jodidos son mis pulmones, sé lo que he querido decir.

—Y tu mala leche, papá, esa ya veo que está intacta. Pues nada, ahí va la bomba; voy a tener un hijo con Lysa.

—¿Con qué Lysa? —Lo miró con total mosqueo mientras yo resoplaba.

—Con Lysa tu nuera, papá, ¿no es fantástico? Así todo quedará en familia.

—Nathan, ¿ya ha estado fumando este otra vez? Le dije que lo desheredaba como volviera a oler la jodida marihuana—me preguntó a mí.

—Papá, tranquilo que estoy limpio como el culito de un bebé, vaya, como el culito de mi bebé. Igual, si me aumentas la asignación, incluso convenzo a Lysa para que le pongamos tu nombre y así te

recordemos, porque te quedan dos telediarios—le contestó él.

—Nathan, ¿qué está diciendo? ¿Eso es verdad? ¿Se acuesta con Lysa?

—Sí, papá, y haz el favor de no poner esa cara que a quien están corneando es a mí, ¿vale?

—¿Qué cara? Me están llevando los demonios, es que me están llevando…

Me di cuenta de que no lo decía por decir, no sabía yo si los demonios o si los angelitos, pero se lo estaban llevando. Mi padre sacó la lengua, abrió los ojos y nos dejó… Nos dejó allí matándonos entre nosotros.

—¡Desgraciado! ¡Lo has matado! ¡Tú has matado a papá!

—¿Yo? Pero si tenía ya un pie en la tumba, yo lo único que he hecho ha sido darle un notición que a su vez ha provocado que se muera de lo más alegre.

—¡Te lo has cargado! ¡Te lo has cargado!

En esas que llegaba Jenna, la enfermera.

—¿Qué ha pasado aquí?

—Mi hermano, que ha decidido matar a mi padre de un disgusto.

—Paparruchas, solo le dije que sería abuelo…

—¿Cómo? ¿Ha muerto? ¿El señor Matthew ha muerto?

—Sí, chica, no te pongas así que entiendo que te hayas quedado en el paro, pero a ti, si te falta el trabajo, te sacas un sueldo de estríper de

momento. Yo tengo cantidad de amigos que te llamarían, incluso yo mismo, si no fuera porque voy a ser padre—rectificó porque le eché una mirada fulminante.

—Menudo gilipollas estás tú hecho.

—Menos mal que hay alguien más con coherencia en la casa, ¿lo has escuchado, hermano? Eres un auténtico gilipollas y como el niño salga igual de gilipollas que tú le darán cates hasta en el carné de estudiante y Lysa se sentirá muy desgraciada. Y todo por tener un hijo contigo.

—¿Tu hijo es de Lysa? —Flipó la chavala y es que no era para menos.

—Sí, ¿qué pasa?

—¿Y todavía lo preguntas así? Que es tu cuñada, esto parece una telenovela…

—Ya, eso lo he dicho yo, ¿qué hacemos con papá? —le pregunté.

—Pues enterrarlo, a ti qué te parece que podamos hacer. Aunque con lo rarito que eres capaz de querer embalsamarlo y meterlo en una urna de cristal en el jodido despacho.

—¿Qué me estás queriendo decir con eso? Ni que papá fuera un faraón, para dejarlo así en plan momia.

—¿Y a mí qué me cuentas? Eres tú quien lo ha adorado como un dios toda la puta vida, yo le he cantado las cuarenta cada vez que ha llegado el caso.

—Y todavía te enorgullecerás de eso. Papá era un hombre bueno y tú un jodido mamarracho, no sé cómo puedes llevar su sangre.

—A mí no me vengas con dudas a estas alturas que vamos a heredar, ni mijita, ¿eh? Lo hubieras pensado antes.

—Lo que yo digo; eres un puto payaso.
Lo discutíamos cuando llegó Lysa.

—¿Qué ha pasado?

—Que a papá le ha hecho tanta ilusión lo de ser abuelo que ha palmado, eso es lo que ha pasado—le contó.

—Te pido por favor que te lo lleves lejos de mi vista, se ha cargado a nuestro padre.

—¿Por decirle que iba a ser abuelo? Tampoco es para tanto.

—No, por decirle que va a tener un hijo contigo. No te conozco, Lysa, te has juntado con un degenerado y te has vuelto igual que él.

—Es que dos que duermen en el mismo colchón se vuelven de la misma condición, eso es lo que dicen—añadió Jenna, que se veía una chica muy suelta.

Mi vida, en cuestión de horas, había dado tal cantidad de vueltas que yo estaba mareado perdido. Era increíble pensar en todo lo que estaba ocurriendo.

Los tortolitos se paseaban por la casa con toda la tranquilidad del mundo cuando lo cierto era que estaban cometiendo un crimen al atentar contra mi vida, porque a mí me iba a dar algo.

Encima, para que no faltara nada, tenía que preparar un funeral que parecía uno de esos de Estado que se celebran cuando se muere un alto mandatario. Mi padre era un hombre bueno, pero le gustaban las

cosas a lo grande y había dejado tal cantidad de instrucciones al respecto de cómo teníamos que enterrarlo que nos llevaría días acceder a todos sus deseos.

Yo me estaba empezando a desesperar porque eran demasiados los frentes que tenía abiertos y porque la última pista sobre Alison se podía ir al garete en cualquier momento como no actuara con rapidez, dado que su madre se movía más que los precios.

Los miré a los dos, pasteleando como estaban, y tomé una decisión.

—Yo por papá ya, muerto como está, lo único que puedo hacer es respetar su memoria.

—Ya, que no vas a tirar las alfombras esas de piel de oso de la entrada, hay que joderse—apuntó William.

—Idiota, que no hago nada aquí esperando a que lo entierren, ¿podrás ocuparte al menos de eso?

—Bueno, si no he de enterrarlo yo directamente, más que nada porque no sé cómo funciona una pala.

—Lo vas a flipar, Lysa, lo vas a flipar con la elección que has hecho.

—Oye, que lo ha dicho de broma, ¿eh? Porque no lo has dicho en serio, ¿no, William?

Me fui riéndome y ahí los dejé. No es que les desease nada malo, yo solo quería marcharme hasta que pudiera digerir una situación que se le hubiese atravesado a cualquiera.

Jenna recogía sus cosas y observé ese tatoo étnico que tan bien le sentaba. Era una chica ciertamente atractiva que se había portado de

fábula con papá y a la que probablemente no volviera a ver por allí.

Eran muchas las cosas que cambiarían a partir de ese día en el que yo solo le pedía al universo que al menos encontrara a Alison, porque si no podía cumplir el deseo de mi padre en vida de este, al menos honraría su memoria encontrando a mi hermana tras su marcha. Gracias al cielo tenía un cabo del que tirar.

Capítulo 5

Iba sentado en el avión y pensaba que mi vida había estallado por los aires. En cuestión de pocas horas había perdido a mii padre, a mi mujer y a mi hermano; lo único que había ganado era un par de cuernos bien puestos.

El trayecto no era precisamente corto y me notaba realmente agotado. Cuando a uno le pasan tal cantidad de cosas como las que me estaban pasando a mí, el coco no para en todo el día y corre el riesgo de terminar cazando moscas.

Cerca de mí viajaba una pareja con una cría algo más pequeña que mi hermana, pero que me recordaba increíblemente a ella.

¿Qué pasaría con nosotros una vez que la recuperase? Pues ya no viviríamos “en familia”, como yo había pensado hasta entonces. He de reconocer que, ante la imposibilidad de tener hijos, en más de una ocasión me había hecho la ilusión de que Lysa y yo terminaríamos criando a esa niña como si fuera nuestra.

Cualquiera que lea esto puede pensar que no soy más que un egoísta de mierda que mira por sus intereses, pero no negaré que, aunque pueda tener mi punto de egoísmo como cualquier ser humano, mayoritariamente lo hacía por Alison.

Lo último que quería para esa criatura era que se criara dando tumbos

por el mundo mientras su madre pensaba la siguiente de sus fechorías. Si algo había demostrado Iria era no tener ni los más mínimos escrúpulos, a ella no le dolían prendas en joderle la vida a quien fuera con tal de salirse con la suya.

Por mucho tiempo que pasara, jamás podría yo olvidar que le había amargado a mi padre los que fueron los últimos meses de su vida. En cualquier caso, algo me decía que debía encontrar a la niña y tranquilizarme e incluso cambiar el chip.

No quería que nadie volviese a tildarme de aburrido, aunque también era consciente de que las condiciones de las personas no son fáciles de cambiar y yo no es que me considerase así, pero sí un tanto adicto al trabajo y puede que demasiado responsable.

¿Puede que demasiado responsable? Por el amor del cielo, si iba rumbo a España con cientos de papeles de la empresa que revisar, en un momento dado puse aquello que parecía una oficina.

La amable azafata sonrió cuando se acercó a mí a ofrecerme una bebida.

—¿No cree usted que debería relajarse? Ahora mismo puede disfrutar de unas vistas preciosas, yo de usted lo haría.

Tenía razón, pero yo debía revisar mogollón de documentación y más en ese momento, que me había convertido en el presidente de la compañía vinícola y en el heredero de la empresa de papá.

Hay cargos que pesan y yo, aunque llevaba con gusto ese peso, no dejaba de notarlo. Me removía en mi asiento cuando la cría se me acercó y me pidió señalando con su dedito uno de mis papeles.

—No, cariño, no te lo puedo dar, son muy importantes—Le sonreí.

Con toda la inocencia que caracteriza a los críos, me devolvió la sonrisa y, acto seguido, vomitó sobre ellos.

Sus padres, la verdad, actuaron con bastante naturalidad, y eso que yo en su caso me habría muerto de la vergüenza y habría estado pidiendo disculpas tres días con sus tres noches.

—Vaya, son cosas de críos, lo siento mogollón, supongo que serán copias—me comentó su madre mientras le limpiaba la boquita, esa que había abierto para echar un caño de leche como "la niña del exorcista".

—Sí, claro son copias—Me estaba hasta mareando de lo que me entró.

Me levanté y me fui al baño, tenía que limpiarme los pantalones, la manga de la camisa… Al pasar por delante de su padre me hizo un gesto con la mano como de "buena la ha liado la cría" y punto, sin más.

Vaya, que ninguno de los dos se soliviantó lo más mínimo. Cuanto más salía yo de mi círculo, más entendía que la gente no se toma las cosas tan a pecho y que vive con más tranquilidad de lo que lo hacía yo.

Entré en el baño y me limpié a conciencia. Me miré en el espejo y por un momento, solo por un momento, tuve que volver a fijarme porque la imagen que me devolvía era la de mi padre y no la mía. Sí, no me vi a mí mismo reflejado, sino a él, como si me estuviese convirtiendo en una réplica suya.

Los últimos acontecimientos me estaban afectando mucho y concluí que, como no encontrara pronto a la pequeña, mi salud mental se vería afectada. Y eso, un tipo tan tremendamente responsable como yo

no se lo podía permitir.

Necesitaba imperiosamente que todo aquello acabase y pensar en cómo organizar mi vida. Si Lysa y William se empeñaban en quedarse en la casa familiar me tocaría a mí mover el culo, porque lo de dividirla en dos a través de un muro como que no lo veía viable.

Por fin aterrizamos en Madrid y el corazón me latía tan fuerte… Eran muchas las emociones que Alison me transmitía, mucho el cariño que sentía hacia esa pequeñita que no tenía ninguna culpa de que su madre fuera una delincuente como era.

Yo me sabía su salvador y le proporcionaría a mi hermana la vida que una Morrison se merecía. Volveríamos a California y ella estudiaría en el prestigioso colegio en el que lo hicimos William y yo, aunque mi hermano no es que aprovechase demasiado las enseñanzas, ese iba más del palo de aprender otras cosas, como por ejemplo joderle la vida a las demás.

Lo único que me quedaba era esa niña porque me había quedado solo de un plumazo. En Madrid tenía puestas todas mis esperanzas y de allí no me movería sin ella. Por suerte, yo tenía la documentación original de la cría porque mi padre, que era muy meticuloso, guardaba esas cosas bajo llave. Su madre la había falsificado cuando se la llevó, por lo que todo jugaba a mi favor.

Un juez en California nos llevaba el caso y estaba de nuestra parte. Al tratarse de un secuestro por parte de su madre, estaba dispuesto a que la niña volviese a la casa familiar y a ponernos las cosas fáciles. En ese sentido la vida nos sonreía y yo estaba preparado para devolverle la sonrisa.

Capítulo 6

Un par de horas después llegué con la policía al edificio en el que ella había alquilado el apartamento. No es que fuese demasiado lujoso, las cosas como son, se veía que Iria no quería llamar la atención, sino pasar totalmente desapercibida, como una ciudadana más.

De momento y, hasta donde sabíamos, no se habría desprendido de las valiosísimas joyas de mi madre, esas las debía reservar para cuando le hicieran falta.

Yo me la imaginaba recluida en aquel lugar un tiempo mientras buscaba a su próxima víctima; otro tipo mayor al que encandilar y con el que casarse. Quizás, bajo el ala protectora de él, sabiéndose con las espaldas cubiertas, no le importaría volver a mostrarse en las fiestas de la alta sociedad. O quizás fuera más cauta y decidiera vivir una vida más apartada del foco mediático, buscando a otro tipo adinerado, pero que no formase parte del circo de los ricos ostentosos que tienen que dejar huella en las páginas de los medios de comunicación.

Eran tantas las posibilidades que podían pasar por su cabeza y tan poco lo que a mí me importaba. Lo único bueno era que, por fin, al terminar de subir esas escaleras, podría disfrutar de nuevo con mi Alison en brazos.

Me imaginaba contándole, cuando fuese mayor, lo mucho que su padre la quiso y lo que la echó de menos hasta el último momento.

Matthew Morrison derrochó esfuerzos para encontrar a la que se había convertido en la niña de sus ojos.

He de decir en favor de la policía española que ellos fueron más discretos. En Estados Unidos se hace todo más a lo grande, rollo Hollywood, pero en la capital de España, al saber que solo se trataba de una madre sin antecedentes y de una niña, me acompañaron un par de policías.

Viendo que Iria no atendía a sus gritos en la puerta, eso sí, no dudaron en derribarla, advirtiéndole que debía apartarse. No obtuvimos ninguna respuesta y volvió a ser muy lógico, porque cuando entramos el único rastro de la niña que encontramos fue una serie de envases de yogures infantiles que habían quedado en el cubo de la basura y poco más.

Abatido, caí al suelo.

—No puedo más, agentes, no puedo más. Es inaudito, totalmente inaudito, empiezo a perder las esperanzas porque siempre me lleva la delantera, me está volviendo loco.

—Por lo que usted dice debe ser una mujer bastante fría y calculadora. Puede que no se aloje más que algunos días en el mismo lugar, aunque es probable que se quede por la zona.

—Por eso no lo digan porque hace unos días estaba en Manhattan, la próxima vez lo mismo está en Pekín comiendo pato a la naranja— ironicé.

—¿Y usted sabe hablar chino? Porque si no es así, será mejor que vaya buscando un intérprete. Debería seguirla allá donde vaya, la experiencia policial nos dice que, en este tipo de casos, solo la constancia puede ayudarle a encontrar a su hermana.

—Yo por la niña como si me tengo que ir a las Highlands y camuflarme allí entre los escoceses con una faldita, estoy dispuesto a hacer lo que haga falta por ella.

—Pues no es mala idea, seguro que estaría ideal—me comentó la agente femenina, pues era una pareja de polis formada por chico y chica.

—No bromee con eso, por favor…

—Ha empezado usted y, además, ¿no sabe que la vida sabe mejor si se adereza con algún tipo de broma?

Era fácil decirlo, lo jodido era estar en mi lugar y que se me quedase aquella cara de panoli cada vez que Iria me la jugaba. Y luego vuelta a empezar.

Los agentes se fueron y me quedé allí. Esa vez no había nada que rascar, ningún recuerdo que me recordase a mi hermanita. Iria se estaba burlando de mí, apostaba a que ella sabía que la estaba buscando y eso que no era probable que supiese que mi padre había muerto.

Bajé las escaleras cabizbajo y entonces me encontré a una adorable ancianita que subía.

—Tú no vives aquí, hijo, ¿no?

Yo me apañaba con el castellano porque mi padre me envió hacía años a vivir una temporada a Méjico para cerrar diversos negocios en aquel país y, como tenía facilidad para los idiomas, pues como que lo chapurreaba.

—No, señora, soy de muy lejos. Oiga, ¿conocía a la chica que vivía allí? —Se lo señalé.

—¿A Karol? Sí, muy buena niña que es.

—No, no, se llama Iria, mire es esta—Le enseñé una foto de madre e hija en el móvil.

—Pues esta, claro, se llama Karol y la niña es Marie, más monas las dos. El otro día, sin ir más lejos, me subió ella las bolsas.

—¿Karol?

—Sí, hombre, la niña es muy pequeñita para eso, qué cría más bonita y más simpática, ¿tú eres su padre? Porque se parece a ti.

—¿Se parece a mí de veras? —Sacó mi sonrisa.

—Mucho, ¿eres el padre entonces?

—No, señora, pero como si lo fuera.

—Me llamo Conchi, ya le digo yo a Karol que ha venido un chico muy guapo a verla.

—Me temo que no lo va a tener fácil, muchas gracias por todo.

Encima iba quedando como una hermanita de la caridad por allí por donde iba. La delincuente aquella hasta se había cambiado el nombre y también el de la niña, ese que tanto le gustaba a mi padre. Si él levantase la cabeza…

Capítulo 7

Me quedaría algunos días más en Madrid por si sonaba la flauta, como suele decirse. Aunque yo cada vez albergaba menos esperanzas.

Era muy cierto que parecía que la íbamos acorralando, pero a la hora de la verdad, se reía en mi propia cara; en la mía, en la de los detectives…

Aprovecharía para hacer algo de turismo, ya que yo en Madrid no había estado más que unos días cuando era niño y con mis padres, si bien apenas lo recordaba.

Me metí en el Parque de El Retiro después de andar unos cuantos kilómetros desde la zona en la que había vivido Iria. Me apetecía caminar y elegí ese lugar porque se trataba de una mañana laborable y no estaba demasiado transitado. Lo cierto es que necesitaba un sitio en el que sentarme a despejar la mente, que me diera el aire…

Demasiado tiempo metido en nuestras bodegas y luego en casa, atendiendo a mi padre. Solo había salido en aquellos últimos tiempos a la caza de Iria, que era un deporte que se me estaba atragantando especialmente.

Me senté a tomar un café, porque para mí el café era imprescindible en mi vida. Y tomar uno tranquilito disfrutando de las vistas de aquel lugar sería genial.

Y qué vistas… Pasaron varias chicas corriendo que me hicieron pensar que yo debía estar un tanto falto, porque telita. Sí que lo estaba, igual Lysa había tenido algo de razón en que hacía tiempo que apenas la tocaba, igual era normal que hubiese caído en los brazos de otro, pero ¿tenía que ser en los de William?

Traté de apartar ese pensamiento de la cabeza porque no me hacía ningún bien, si ese mequetrefe de mi hermano había sido capaz de ilusionar a mí mujer más que yo muy mal tenía que haber hecho las cosas.

Suerte que llegaba el café porque un pensamiento tan amargo me estaba dejando muy mal sabor de boca.

Me apeteció enormemente un cigarrillo y tuve que aguantar el genio para no caer en la tentación de comprar un paquete. Me había costado la misma vida dejar de fumar y sería una jodida pena volver a caer en el vicio solo porque mis nervios estuvieran a flor de piel.

Tenia un par de llamadas perdidas de Lysa que no atendí. Me importaba lo que viene a ser un bledo lo que ella quisiera decirme. En el fondo, llevaba muy mal que ella fuese a ser madre y yo no tuviese un hijo, si bien Alison era muy posible que colmara mis expectativas en ese sentido.

Saboreé el café tratando de no pensar en nada, eso fue lo que hice. Y luego me levanté y comencé a dar un paseo. Me di cuenta de que era el único tipo que iba con traje en todo el parque. La gente vestía de una forma mucho más deportiva e informal, ¿en qué momento el traje se convirtió en mi segunda piel? Pues supongo que cuando acepté convertirme en el heredero del imperio de mi padre.

Tuve que sacudir la cabeza porque las ideas se me agolpaban,

entonces miré aquellas barquitas y recordé que hacía como un siglo que no remaba.

Por primera vez en mucho tiempo, me apetecía hacer cosas distintas, recuperar mi esencia. Yo era un tipo mucho más divertido y polifacético antes de asumir tanta responsabilidad. Al final Lysa tendría razón, por mucho que yo no quisiera disculpar la forma tan mezquina en la que hizo las cosas, puesto que las hizo peor, imposible.

Me senté en aquella barca y ni que decir tiene que me quité la chaqueta. Hacía frío, pero a mí me hervía la sangre, además de que siempre fui un tipo caluroso.

Comencé a remar y me relajé bastante. Yo había remado mucho cuando estuve en la universidad, en Harvard. En esos años viví muy lejos de mi padre y creo, en honor a la verdad, que fueron los únicos en los que no me vi influido por él.

Los recordaba como unos años maravillosos en los que Lysa también estuvo conmigo porque fue a parar al mismo lugar, siempre fuimos como siameses, hasta que ella decidió tomar otro camino y se quedó con el hermano que no era yo.

Disfrutaba del lugar, de los recuerdos y del sol que lucía, pese a que las temperaturas se hubiesen desplomado en los últimos días, cuando me quedé totalmente paralizado; vi a Iria paseando por allí con Alison metida en su sillita.

Me vine a cagar, más o menos en todo lo que se meneaba, porque no estaba cerca de la orilla y porque cabía la posibilidad de que, cuando la alcanzase, ya se hubiera esfumado.

Obvio que tampoco podía gritarle, solo hubiera faltado. Me frotaba los ojos para comprobar que era ella. Apenas había posibilidades de

encontrármela por Madrid, pero igual el destino me estaba queriendo compensar por tanta búsqueda fallida.

Remé con todas mis fuerzas porque sí, no había duda ni yo estaba majara; eran mi hermana y su madre. Por más que remaba, menos las veía, ya que ellas iban avanzando.

Fue entonces cuando aquella parejita, que debía estar de luna de miel, chocó conmigo. O, mejor dicho, yo choqué con ellos.

—Tío, ¿estás empanado o borracho? Que nos has dado…

—Perdona.

—Perdona nada, menudo golpe, mi chica se ha asustado mucho, eres un gilipollas.

—Mira, lo que tú digas, pasa de mí, por favor.

No quise entrar en polémica porque yo estaba en algo mucho más importante en ese momento.

—¿Lo que yo diga? ¿Te estás riendo de mí? Pues a ver si te ríes también de este—Levantó su puño y se vino hacia mi barca con la intención de estampármelo en la cara.

Obvio que el gilipollas era él, pero yo no estaba para peleas. Si nos enzarzábamos, las perdería de vista. Sin pensarlo, me tiré al agua, dejando incluso la chaqueta en la barca.

—Un gilipollas y un cobarde, aparte de que estás cegato, si es que lo tienes todo—me decía mientras, atónito, veía cómo nadaba.

Alcancé la orilla y eché a correr. La gente alucinaba, pero yo me

entendía; la vida me las había puesto por delante y no podía perderlas.

Para mi desesperación, ya no las veía. Por unos segundos, hasta llegué a pensar que mi mente estuviera jugando conmigo, pero no, quien jugaba era Iria y al escondite.

Como una sopa, corría y corría mientras mis pantalones chorreaban agua. Los zapatos también los llevaba encharcados, por lo que la sensación al correr era un tanto extraña, pero yo lo hacía, imparable.

Me acerqué a un chaval que hacía de estatua y, desesperado, lo zarandeé.

—Tío, ¿qué haces?

—¿Has visto pasar a una chica con una niña?

—Y a un montón, no te jode, ¿de qué me hablas?

Vaya, me iba a topar con todos los maleducados del mundo aquella mañana, aunque yo a él tampoco es que debiera parecerle el colmo de la educación, llegando como llegué.

Seguí corriendo, no me quedó un palmo de la zona que examinar y todo con resultado nulo… No me había dado tiempo a llegar, las había perdido de nuevo… Y de nuevo llegó la frustración.

No hubo nada que hacer, tenía que volver a mi hotel, alucinarían cuando me viesen llegar. Necesitaba pedir un taxi y fue entonces cuando me di cuenta de que no tenía la cartera encima; mierda, me la había dejado en la chaqueta y la chaqueta en la barca.

Corrí hacia el agua y el tipo ya estaba en la orilla con su chica. Y con

mi chaqueta en la mano.

—Carlos, no la vayas a liar, que estamos de luna de miel—Ea, ya lo había dicho ella, no tenía yo mal ojo para esas cosas.

—Verónica, que este tipo me las va a pagar, menuda leche que te ha dado, te van a tener que poner un collarín cervical.

—¿Qué dices? Si al final todo ha quedado en un susto.

—Calla, calla y hazme caso, que te ponen un collarín y le sacamos una pasta al tema.

—¿Un collarín en nuestra luna de miel? Si a mí no me duele nada.

—Que sí, que no seas tonta…

Yo los miraba atónito.

—¿Me vas a dar la chaqueta ya?

—La chaqueta, la chaqueta, so pijo, que hace falta ser pijo para venir a remar enchaquetado, ¿te has creído que eres uno de los Peaky Blinders?

—Perdona, no sé de quiénes me hablas. Dame la chaqueta, por favor.

—Pues de unos que reparten hostias como panes. Yo he aprendido de ellos, ¡te voy a dar una!

—Mira, chaval, para mí que a ti te gusta mucho una película…

—Si esa es una serie chalado, del Netflix es, claro como en Londres no tendréis Netflix.

—Soy de California, la chaqueta, por favor.

—Mira, como las nueces que te gustan a ti, nena, de California.

El tipo era un payaso integral y logró que terminara acudiendo la policía.

—¿Está usted bien? ¿Por qué está chorreando?

Lo que yo quería evitar, tener que dar explicaciones.

—Es una historia muy larga, agentes.

—Pues si quiere, lo llevamos a comisaría y nos lo cuenta por el camino.

—Eso, y de paso pactamos la indemnización que nos tiene que dar— añadió el otro.

A mí me iba a dar algo, la situación no podía ser más surrealista.

—Carlos, tú calla—le pedía la chica.

—El tipo es de California, de donde le gustan a mi mujer las nueces, agentes. Por cierto, que es capaz de partirlas con el culo, no vean cómo lo tiene de duro, por eso me he casado con ella.

—¿Y usted por qué se ha casado con él? Ese es el verdadero misterio— le preguntaron a ella.

—Pues no lo sé, pero ya me estoy empezando a arrepentir.

—¿Qué dices, nena? Toda la culpa la tiene el americano este, que es un chulo.

—Agentes, yo solo quiero recuperar mi chaqueta e irme a mi hotel.

—Está bien, pero antes cuéntenos por qué ha querido darse un bañito en el estanque, eso está terminantemente prohibido.

—¡Eso, eso, que nos lo cuente! Yo creo que ha sido porque se ha cagado, le iba a dar una buena hostia—soltó el otro.

—Pues igual saco yo la porra a pasear y cobra usted—le indicó uno de los polis.

—Pues igual me voy callando, que mi mujer ya dice que no le duele el cuello, eso es como el chiste del que al final ni tenía perro ni nada, ¿se lo cuento?

Lo miraron con cara de que iba a ser que no.

—Carlos, qué vergüenza…

—Vale, nena, pues ya nos vamos, venga…

—Sí, listo, pero dame la chaqueta, que tiene dentro la cartera.

—¿Qué cartera? Si ahí dentro no había nada—disimuló el tipo.

—¿Y usted cómo lo sabe? ¿Ya la ha registrado? —le preguntó uno de los polis.

—Para nada, para nada.

—Pues suelte la cartera ya o van a caer hostias a molinete.

El tipo la sacó de su bolsillo y la muchacha por poco se desmaya de la vergüenza.

—Yo es que quiero el divorcio, quiero el divorcio ya.

—Verónica, pero si nos acabamos de casar.

—Pues por eso, antes de que pase más tiempo. No te soporto, por qué le haría yo caso a mi madre, con lo que le gusta un bodorrio.

Los dejamos discutiendo y nos marchamos. Les expliqué a los agentes lo sucedido e incluso se ofrecieron a llevarme al hotel en coche, mejor porque la cara del taxista habría sido la leche al verme subir en el taxi de esa guisa.

La suerte era que creía que Iria no me había visto, por lo que cabía la posibilidad de que se hubiera ido a vivir cerca del parque y volviera en los siguientes días, ojalá fuese así y de allí no le diera por irse a Honolulú. Cada vez se me hacía más cuesta arriba la búsqueda…

Capítulo 8

Encaré el nuevo día con ilusiones renovadas. Lo primero que hice fue irme a comprar ropa porque la mañana estaba bastante fría y suponía que Iria no llevaría a esa hora a la niña al parque, si es que después la llevaba.

Me metí en un centro comercial y quemé tarjeta. Me di cuenta de que necesitaba dejar los trajes a un lado y vestir con ropa más cómoda e informal.

—Cielos, ¿se le ha quemado el vestidor? —me preguntó la dependienta.

—No, solo es un cambio de chip—añadí pensando que el vestidor no se me había quemado, pero que ella encendería mi mecha sin problema.

Indudablemente, estaba falto de sexo y tomaba conciencia de ello. Lo hice con una sonrisa porque quería pensar que, después del palo que Lysa me había asestado en toda la cocorota, habría cosas buenas para mí.

La procesión iba por dentro, no voy a decir que no, pero el palo había sido tan grande que me servía para tratar de ir superándolo.

Finalmente, llegué al parque y me quedé por la zona del estanque.

Además, por si Iria me veía antes que yo a ella, me camuflé cuanto pude debajo de una gorra y de unas gafas de sol, además de que el atuendo tan deportivo que llevaba no ayudaría a que me reconociese.

Tuvo que pasar un par de horas, un par de horas que me hicieron pensar que ya no llegaría, hasta que por fin la vi aparecer. Había que joderse, parecía feliz… Tiene guasa que le jodas la vida a alguien y te quedes más pancha que ancha.

Ella se la había jodido a mi padre hasta el punto de dejarlo morir con una inmensa pena, por lo que yo no me paraba a pensar en lo que sentiría al perder a su hija, ¿acaso ella tuvo clemencia? Tampoco yo debía tenerla.

La idea estaba muy clara; ella había secuestrado a la niña y la policía tenía conocimiento de ello. En cuanto me hiciese con la pequeña correría a comisaría y diría que ya la tenía en mi poder. Estaba todo acordado; podría viajar con ella a mi país y allí acabaría el calvario.

Lo cierto es que me habría encantado quitársela cara a cara, porque no me tengo por ningún cobarde, pero entonces Alison podría verse envuelta en una situación de lo más desagradable y eso era lo último que yo deseaba para mi querida niña.

El corazón me bombeaba tan fuerte que pensaba que se me iba a salir. Había soñado tanto con ese momento, tanto…

En el fondo yo no era como ella y no quería que pensase que a la cría le había sucedido nada malo, por lo que llevaba una carta que dejarle en lo alto de la sillita. Así sabría que estaba conmigo y que habría perdido la partida, no quería que me quedase la conciencia sucia, yo no era así.

Busqué con la mirada y encontré a un par de chavalines, una parejita

de adolescentes que se estaba besando y que debían estar haciendo novillos, ya que era hora de estar en clase.

—¿Os queréis ganar cien euros cada uno? —les pregunté.

—¿Cien euros? Tío, tú no querrás ninguna guarrada—Me hizo gracia porque el chavalín se puso a la defensiva y delante de su chica.

—No, no tranquilo.

—Pues tampoco vamos a trapichear con nada, que lo sepas.

—Lo único que tenéis que hacer es atraer la atención de aquella mujer, eso es lo único…

—¿Solo?

—Solo eso, distraedla durante un momento que le quiero dar una sorpresa.

—Vale, pero la pasta por adelantado—Estiró la mano.

—Claro que sí, aquí la tenéis.

Los chicos se quedaron tan contentos y enseguida se fueron hacia Iria, como si estuvieran en un apuro, pidiéndole su teléfono. Ese fue el momento en el que yo me acerqué por detrás y saqué a Alison de su sillita, dejándole una carta en la que le decía que ella no tenía derecho a hacer lo que hizo.

Para cuando vine a escuchar sus gritos, yo ya estaba muy lejos de ella. Corrí y corrí hasta dar con un taxi que me llevase a comisaría. Hasta ese momento no pude verle la carita a mi hermana.

Temía mucho que no me reconociese, pero creo que fue al escuchar mi voz cuando esbozó aquella sonrisa. Yo le hablaba mucho y le cantaba, le cantaba una canción infantil que la hizo sonreír todavía más, la de "You've got a friend in me" de Toy Story, que era su peli de dibujitos preferida.

—Ey, mi niña, bonita, ¿así que te acuerdas de mí? Yo te cantaba siempre esa canción —La abracé muy fuerte.

—¿Mamá? —me preguntaba ella extrañada por no ver a su mami.

—Todo va a estar bien, cariño, todo va a estar bien. Cuánto le gustaría a nuestro padre poder verte, cuánto…

Llegué a comisaría y allí me dijeron que seguirían con la búsqueda de Iria incombustiblemente. Tendría que ir a juicio y someterse a un proceso judicial que le hiciera pagar por lo que había hecho.

Mientras, el juez decretó que yo podría quedarme con la pequeña y, dado que tenía su documentación, viajar a casa con ella.

Me sentí enormemente aliviado. No era probable que Iria acudiera a comisaria, puesto que sabía muy bien a lo que se enfrentaba y también que la niña estaba conmigo, que no había caído en manos de ningún canalla.

Solo necesitaba un par de días de trámites y podría volver a casa con ella, un par de días en los que extremaría las precauciones porque, si tuviera la mala suerte de toparme con Iria quién sabe lo que podría hacer para recuperarla.

No saldría del hotel por lo cual, antes de llegar a él, me pasé por la farmacia y compré todo lo que se me ocurrió para la peque, incluidos pañales, leches de continuación y demás.

Yo habría sido un gran padrazo y todavía aspiraba a serlo con Alison, además de que había cuidado muchas veces de esa criatura mientras que vivió con nosotros, por lo que quedarme solo con ella no me suponía el más mínimo problema.

Más feliz que una perdiz, me la llevé para la habitación del hotel. Además, comenzaba a llover en Madrid y tampoco se nos había perdido nada en la calle.

Capítulo 9

Dormía la siesta con ella en mi regazo y sonreía pensando en que todos tenemos una parte oscura. Si el juez en España me había dado la razón era porque yo omití el “pequeño” detalle de que mi padre acababa de morir.

Sí, se suponía que yo me la llevaba con su padre, ese padre al que Iria se la había arrebatado. Por lo demás, ese otro juez que en California estaba de nuestra parte me dejaría quedármela sin problema cuando volviese a casa.

Alison era una Morrison y como tal se criaría, de eso ya me encargaría yo. Era una gozada volver a estar con ella. Al poco de llegar a la habitación ya se había puesto jugar conmigo como si tal cosa, como si nada hubiera sucedido de por medio.

Qué ajena estaba la peque a que nuestras vidas no volverían a ser las mismas, a que todo había cambiado. Dormía sobre mí y la encontraba tan feliz, tan plácida… Pronto volvería a encontrarse como pez en el agua en la que era su casa. Cielos, o en la que fuera, que yo ya no sabía ni dónde terminaría.

Lo que determina la felicidad de un niño no es el lugar en el que se críe, sino cómo lo haga, y ella se criaría con mucho amor, ya que eso era lo que yo pensaba darle lejos de la delincuente de su madre.

Incluso cerré los ojos y pensé en que, si finalmente nos íbamos de casa, construiría otra para mí y para ella. O también podía darle un dinero a William, que a ese le gustaba más que a un tonto un lápiz, y que fueran él y Lysa los que se largaran.

Todo se vería, el futuro en ese sentido no lo tenía claro, pero en otros lo tenía más claro que nunca; por fin estaba con mi hermana.

La peque se despertó y volvió a preguntar por su madre. No soy ningún insensible y en ese momento se me cayó el alma a los pies, aunque supuse que en poco tiempo todo aquello quedaría en el olvido.

—Ey, mi peque, ahora te vamos a hacer una papilla de frutas de esas que tanto te gustan. Vaya tontería, ni que estuviéramos en casa, voy a encargar que te la suban.

Ya sé que podría haberle comprado un tarrito de esos hechos en la farmacia, pero soy muy sibarita y encargué que le subieran una. En un hotel de lujo y siguiendo todas mis instrucciones al pie de la letra, una simple papilla cuesta un pastizal, pero el dinero no era ningún problema para mí.

Cuando nos la subieron, Alison sonrió y comenzó a tocar palmitas.

—Si es que no puedes ser más bonita, vuestra vecina Conchi me dijo que te parecías a mí, pero tú eres mucho más bonita.

Yo no era un tipo feo, sino todo lo contrario, se rumoreaba que era muy atractivo, pero la niña era una auténtica preciosidad, lo más bonito que se despachaba en hermana.

—¡Onchi, Onchi! —repetía ella mientras abría su boca.

Le estuve haciendo el avioncito y ella se partía de la risa. Yo no podía

disfrutar más y eso que, en una de las cucharadas, con la risa le dio por hacer una pedorreta con la boca y acabé perdido.

Sería mi destino con los niños, que me pusieran de pena, aunque me daba lo mismo. Después la tomé en brazos y estuvimos viendo llover. Alison era muy alegre y todo le llamaba mucho la atención, por lo que quería salir a la terraza.

—Ahora no podemos, cariño, te pondrías como una sopa. Yo sé mucho de eso, si te contara lo fliparías. No sabes la de cosas que he tenido que hacer hasta lograr encontrarte, aunque todo ha valido la pena.

Nos sentamos y le puse la peli de “Toy Story” en mi Tablet, la cual cogió como si fuera una personita mayor. Además, que era muy espabilada y me iba indicando los nombres de cada uno de los personajes. Por si eso fuera poco, los nombraba más o menos sonriente en función de si le caían bien o no, era una delicia de cría, un auténtico bombón.

Después de ver la peli, tocaba la hora de su baño y no lo pudo disfrutar más. Se lo preparé con espuma y ella se reía a carcajadas, aunque eso sí, cada dos por tres se paraba en un momento dado y volvía a preguntar por su madre.

Por mucho que la justicia la hiciera pagar, Iria no saldaría jamás la cuenta que tenía con nosotros.

Tras su baño llegó el momento de la cena e hice que le subieran una sopita que estaba deliciosa. Para mí pedí pescado, solo que me lo tomé después de darle a ella su cena.

Mientras me veía cenar, reía y chapurreaba gran cantidad de palabrejas, muchas de ellas ininteligibles, no podía resultar más simpática. Estaba seguro de que no me sería nada difícil entenderla

después de unos días, pero mientras necesitaría un intérprete.

Había avanzado cantidad en aquellos meses que estuve sin verla, convirtiéndose en una niña y dejando al lado su etapa de bebé. Con el tiempo sería una muchachita y algún día yo observaría con orgullo cómo se había convertido en toda una mujer. Quizás quisiera sucederme en el negocio del vino, quién sabía.

Nos dormimos juntos, con ella sobre mi regazo. Notar el palpitar de su corazón me daba vida. Tenía unas ganas inmensas de volver a California para que todo estuviera en regla y no tener nada que temer. Alison era sangre de mi sangre y, por lo que estaba viendo, lo más bonito que me había dado la vida.

Capítulo 10

Esa noche viajaríamos hasta California. La lluvia había cesado y me sentía como un león enjaulado con Alison en aquella habitación de hotel.

Sobra decir que en realidad se trataba de una suite muy amplia en la que estábamos muy cómodos, pero aun así…

Miraba el reloj a todas las horas y el equipaje lo tenía más que preparado. Aquel día sí que le cogí el teléfono a Lysa porque no paraba de insistir con sus dichosas llamadas y quise comprobar qué tripa se le había roto.

—Por fin me coges el teléfono, no hay quien sepa de ti.

—Cuando estabas en la cama con mi hermano no te importaba saber o no de mí, de modo que…

—Vaya, ya tardabas en echármelo en cara.

—Si quieres un tono más distendido no hay problema, espera a que salte mi contestador automático, ¿William ya te ha dado la patada? Pues que sepas que la cosa no tiene vuelta atrás; estoy con la niña en un hotel y vuelo para California esta noche, ¿qué quieres?

—¿La has encontrado?

—Sí, aunque tú no me veas ninguna virtud no me negarás que soy un tipo perseverante.

—No me lo creo, es una trola.

—¿Que soy perseverante? Pues ya te enterarás, no pienso parar hasta perderos de vista a mi hermano y a ti.

—No, no puedo creerme que estés con la niña.

—Pues sí, en el mejor hotel de Madrid, instalados como dos reyes y felices de la vida, ¿William y tú estáis felices? Porque entonces ya estamos felices los cuatro, como en la canción, pero otra modalidad…

—Eres un estúpido, aunque me alegro de que por fin la hayas encontrado. Te llamaba para decirte que Archie está ingresado, lleva un par de días en coma.

—Joder, ¿y eso?

—Pues ya ves, pilló COVID y por lo visto venía con una mala leche impresionante, los médicos son optimistas, pero está bien fastidiado el hombre. Sé que lo aprecias mucho, por eso te lo he querido decir.

Y yo no quise ironizar más porque me quedé muy pillado. Archie era el abogado de mi padre, que ya también lo era mío. Él siempre estuvo a nuestro lado y era nuestro abogado, pero también nuestro amigo, consejero, confidente… Archie conocía todos los entresijos de la familia, de ahí que me conmocionara su estado.

Era hora de volver a casa porque sin Archie para echar un vistazo al negocio me ponía más nervioso aún. Todo tiene su momento y el de

permanecer en Madrid había tocado a su fin.

Pasé toda la tarde jugando con la niña. Era una delicia tener todo el tiempo para compartirlo con ella sin interrupciones de trabajo ni otros inconvenientes.

Cuando por fin iba llegando la hora de que el taxi nos esperase en la calle, llamaron a la puerta de la habitación.

—No hemos pedido nada, debe ser una equivocación—le indiqué a la camarera que tenía la cabeza gacha.

—No has pedido nada, pero tienes algo mío, Nathan—me indicó alzando el rostro.

—¿Iria? ¿Qué haces tú aquí?

Por suerte la niña dormía en ese momento porque me hubiera resultado de lo más embarazoso tenerla que despedir de malas maneras ante sus infantiles ojos.

—He venido a por lo que es mío, Nathan, no me la puedes arrebatar.

—Tienes mucho valor, toda la policía de Madrid te está buscando.

—Ya lo sé y por eso he tenido que “pedir prestado” este uniforme.

—Ya, tú eres especialista en “pedir cosas prestadas”, como el dinero de mi padre y las joyas de mi difunta madre.

—Nathan, sé lo que debes pensar de mí, pero yo solo he venido a por mi hija, no quiero discutir ni contigo ni con nadie.

—Estás loca si te piensas que voy a dejar que la vuelvas a apartar de

nosotros.

—Yo nunca hubiera querido apartarla de ti ni de William, tampoco de Lysa, era de tu padre de quien quise apartarla.

—¿Y tienes la poca vergüenza de venir a confesármelo en mis narices? Hace falta ser una auténtica canalla para hacer lo que tú has hecho.

—No me juzgues, por favor, tenía que separarla de tu padre.

—Ya, porque a ti te daba asco de él, era muy mayor para ti, jamás lo pudiste ver. Y mira que sus hijos se lo advertimos, que solo querías su dinero, pero él se empecinó en estar contigo, tenías tantos años menos que te veía como su muñequita….

—Tú no sabes nada, yo me enamoré de él. Tu padre es un hombre muy atractivo, pese a la diferencia de años lo es. Mi padre nos había abandonado cuando yo era pequeño y supongo que buscaba en un hombre esa parte de protección que jamás tuve, yo lo quería, joder— Se echó a llorar.

—De aquí para la alfombra roja, una actuación para Oscar, lástima que ya te hayas revelado como una ladrona insensible y yo no te crea.

—Me da miedo de él, ¿no lo entiendes?

—¿Qué dices de miedo? Y ya puedes dejar de hablar en presente porque para tu información está muerto.

—¿Muerto? Pero Alma no me lo ha dicho, supongo que porque quedamos en que solo me haría una serie de llamadas perdidas, en plan código, cada vez que tuviese que indicarme que me habíais encontrado y ni siquiera hablamos, por seguridad.

—¿Qué dices? ¿Quién es Alma?

—Bueno, su verdadero nombre es Jenna.

—¿Jenna habla contigo? ¿La enfermera de mi padre? ¿Por eso has dado conmigo?

—Sí, tú le dijiste a Lysa esta tarde que estabas con la niña en el mejor hotel de Madrid, por eso…

—¿Lysa también está metida en el ajo? Un momento porque no entiendo nada y porque me estoy poniendo extremadamente nervioso.

—No, Lysa se lo comentó a William y Jenna lo escuchó. Se las debe haber apañado para seguir allí unos días más, supongo que sabría que cuando me dijera que se tenía que ir de la casa me desesperaría.

—Joder, pero ¿de qué conoces a la enfermera de mi padre? Si él enfermó después de que tú te fueras.

—De su enfermedad sí me enteré, unos informes médicos suyos llegaron a mi email por error. Entonces decidí que Jenna entrara en la casa, ella es una prima segunda mía, estuvo en nuestra boda, solo que ahora está muy cambiada; ha adelgazado, se ha teñido el pelo, lleva un tatoo…

—Eso sí lo recuerdo.

—Entonces no era una chica demasiado agraciada, pero ahora quita el hipo, está irreconocible. Jenna sabía de mi situación y estuvo de acuerdo con ayudarme, podía hacerlo porque es enfermera de verdad.

—Menos mal que algo es verdad en este puñetero rompecabezas, así que no solo eres una ladrona, sino que te has estado riendo de todos

nosotros desde la distancia.

—Nada de reírme, lo que me ha pasado no tiene puñetera gracia, pero ni puñetera gracia que tiene. Para mí resultaba vital tener alguien dentro de la casa que controlara tus movimientos.

—¿Los míos?

—Sí, sabía por Jenna que eres el encargado de buscarme y sabiendo lo que te entregas a la causa de tu padre era cuestión de tiempo que dieras conmigo.

—Ni siquiera te he visto compadecerte de su muerte, pero qué esperaba.

—No me juzgues tampoco por eso, Matthew era el padre de mi hija y bien que lo siento, pero si te digo la verdad yo no puedo sentirme más aliviada.

—Tú eres una loca que no solo nos has jodido la vida, sino que tienes el valor de ponerte delante de mí para contarme lo mucho que te alivia que mi padre se haya muerto. Llamaré ahora mismo a la policía para que te metan entre rejas que es donde deben estar los delincuentes como tú.

—No, por favor, no lo hagas, al menos hasta que no te haya terminado de contar.

—¿Me vas a contar un cuento chino? Porque me tiro al suelo de risa.

—No entiendes nada, me siento aliviada porque tu padre me provocaba pánico, no sabes lo que es casarte enamorada y darte luego cuenta de que tu marido es un maltratador.

—¿Un maltratador mi padre? Y tú eres una sinvergüenza integral, la mayor sinvergüenza del mundo. Llamaré ahora mismo a la policía.

—Llámala, pero antes mira este parte médico, por favor—Extendió unos papeles que me negué a mirar.

—¿Qué clase de falsificación es esta?

—Es un parte de una clínica en la que estuve el día que me marché con Alison, estábamos solos en casa y él me tiró por las escaleras. Me partí el brazo y decidí que no aguantaba más; cogí a mi niña y me marché.

—Si no está falsificado tampoco demuestra nada; rodarías sola por accidente o te tirarías adrede para, llegado el momento, soltar esa sarta de mentiras que estás soltando.

—Es verdad, Nathan, tienes mi palabra de honor, la tienes.

—¿Y tú crees que tu palabra tiene algún valor para mí? Te he visto burlarnos a la poli y a mí por todos lados, eres muy astuta, lo tienes todo planeado. No dices una verdad ni aunque te equivoques.

—Te he demostrado que vengo diciéndote la verdad, hasta te he revelado mis fuentes.

—Ya, lo de Jenna, debí pensar que podías tener un topo en la casa, con razón decía William que le sonaba de algo…

—Sé que William está con Lysa y que van a tener un hijo, ya lo siento.

—¿Y crees también que yo necesito tu apoyo? Vete al infierno Iria, ¿sabes lo que pasó mi padre por no poder ver a su hija en los últimos meses de su vida cuando más la necesitaba?

—No me atormentes, por favor.

—¿Eso te atormenta? Hizo pedazos el monito de la niña, lo encontré y se lo llevé, lo hizo pedazos.

—Porque no sentía pena, sino rabia, ¿qué clase de padre haría eso con el peluche preferido de su hija? Nunca supe dónde lo perdimos, pobre monito.

—Serás cínica, pobre monito, pobre de mi padre…

—¿No lo comprendes? Me habría quitado a la niña y me habría hecho trizas como al monito a mí también, él no podía resistir que le ganara la partida, su soberbia no se lo permitía, ¿o acaso me vas a negar que era soberbio?

—Puede que tuviera la soberbia propia de un tipo con mucho poder, pero solo eso, no quieras darle más vueltas.

—Tenía una soberbia tremenda, más de la que puedas imaginar. También maltrató a tu madre, yo no fui la única.

—¡¡¡Cállate!!! —le chillé porque eso sí que no pude soportarlo.

—No, no pienso callarme porque a ti te duelen tus padres, pero a mí me duele mi hija.

—También es mi hermana y no pienso dejar que se críe con una mentirosa y con una ladrona como tú.

—No, yo no soy nada de eso, yo solo soy una madre que vio con terror cómo un día me dio la primera cachetada, en privado, y luego me pidió perdón. Y ahí comenzó la escalada de violencia, todo fue a raíz

de nacer la niña, él consideraba que ya no era el centro de atención en mi vida y me atacaba desde todos los flancos…

—Eso no es verdad, ¡¡no lo es!!

—¿No? ¿Recuerdas aquel verano que llevé foulard durante un mes?

—Si, recuerdo que sufriste una afección de garganta, ¿también vas a culpar a mi padre de eso? No hagas esfuerzos, yo no te voy a creer.

—Ninguna afección, me había dado un bocado en el cuello que me señaló para una temporada. Yo no quería ir al médico, me resistía, hasta que aquel día me tiró por las escaleras.

—Mientes, mientes…

—¿Te crees que soy Pinocho? Mi nariz no va a crecer porque te hablo con el corazón en la mano. Entiendo que tu padre os enseñara la parte de él que le resultaba interesante, pero de puertas de la alcoba para dentro, era un auténtico torturador.

—No te lo voy a consentir, no te lo voy a consentir, no tienes pruebas de nada de esto, te lo estás inventando para quedarte con la niña, con el dinero y con las joyas.

—Siento mucho haberme llevado las joyas de tu madre, pero no sabía cuánto dinero iba a necesitar…

—Con lo que le sisaste de la cuenta tenías para años.

—Ya, solo que cuando tienes que estar dando vueltas por el mundo como si fuera una peonza los gastos son muchos. Cada vez que Jenna se enteraba de que me habíais encontrado tenía que marcharme, eso es muy caro. Estoy segura de que tu madre era una buena persona y

habría querido que sus joyas sirvieran para salvar mi vida y la de mi hija.

—Qué melodramática, tu hija debía criarse como una Morrison, no dando tumbos por el mundo de un aeropuerto para otro.

—Ya, lo que sucede es que la vida es eso que te va pasando mientras ves cómo lo que planeaste no se cumple, ¿no te lo has planteado alguna vez?

—Eso es filosofía barata, los que tenemos que currar todos los días no nos planteamos tantas tonterías, tu vida fue muy fácil al lado de mi padre.

—Si sigues pensando así alguna vez lo lamentarás, además que tú tampoco trabajas con un pico y una pala.

—No, pero tengo mucho en lo que pensar, no como tú, que solo piensas en manchar el buen nombre de mi padre. Si todo eso fuera como dices alguien lo podría corroborar.

—Archie puede—murmuró y me dejó de piedra. Qué lista era…

—Claro, y Jenna no te ha dicho que está en coma, ¿no?

—Sí me lo ha dicho y bien que lo lamento. Solo espero que se ponga bien, no solo porque lo aprecio y es un buen hombre, sino porque es el único que logrará que me creas.

—Archie era la mano derecha de mi padre, ¿de veras te crees que se va a poner de tu lado?

—Archie vio muchas cosas, delante de él tu padre fue bastante menos delicado que delante de sus hijos. Además, lleva toda la vida a su lado,

también sabe por lo que pasó tu madre. Y sabe que el día que aquel coche la pilló salió precipitadamente de la casa después de que él le amenazara con darle una buena tunda. Te digo por experiencia que cuando una vive amenazada a menudo sale corriendo sin ton ni son.

—¡¡No, no, no!! Te lo estás inventando todo, me dices lo de mi madre para atormentarme más y darle credibilidad a tus palabras, eres la peor persona que conozco, la peor.

—Entiendo que pienses así y siento hacerte este daño, pero cuando Archie se despierte podrá corroborar cada una de mis palabras. Entonces entenderás que tuve que huir, que no tuve más remedio, que comencé a temer que un día sufriera un destino tan desafortunado como el de tu madre y entonces mi hija se quedara huérfana.

—Eres lo peor, eres la peste, eres una trepa…

—Jamás me importó el dinero, sabes que nunca quise saber nada de los números de la empresa.

—Como si te hubiese hecho falta, vivías como una reina, mi padre te tenía entre algodones, te regalaba de todo.

—¿Y te sorprende que quisiera compensar los golpes con cosas materiales? Es de primero del manual del maltratador. Primero te dan la leche y luego lo quieren arreglar con un regalo.

—No, no pienso escucharte…

—Yo no quería una vida de ostentación…

—Claro, por eso elegiste a un albañil para casarte con él.

—Eso venía en el lote, tampoco tú hubieras renunciado a la mujer que

amabas solo porque tuviera dinero, ¿o lo hubieras hecho?

—No, no trates de llevarme a tu terreno con tus argumentos de pacotilla.

—Claro que no, porque tú tienes que llevar siempre la razón, de quién lo habrás aprendido.

—Que me compares con mi padre es motivo de orgullo para mí, no creas que me vas a ofender con eso.

—No, por suerte tú no tienes nada que ver con tu padre. He visto cómo tratabas a Lysa estos años, con mucho cariño y respeto. Y eso que tú no estabas enamorado de ella—me soltó.

—¿Perdona? ¿Ahora ere mi psicóloga? ¿Cómo te atreves? Yo siempre he amado a mi mujer, no soy un cínico como tú.

—Ni yo digo que lo seas; la querías, la respetabas, pero no estabas enamorado de ella.

—Vete a paseo, Iria, no sé con qué derecho te crees a hablarme así, tú y yo nunca hemos tenido ninguna confianza.

—Por supuesto que no, jamás me diste la oportunidad de acercarme, nunca me escuchabas.

—Y para las cosas que dices mucho mejor así.

—No te engañes, Nathan, yo siempre te he querido y he visto que no eras feliz en tu matrimonio, en eso nos parecemos, yo tampoco lo he sido, aunque por motivos muy distintos, porque yo sí que me casé enamorada.

—Hay que joderse, ahora le das la vuelta a la tortilla y yo soy el malo de la película, me parece de chiste.

—Yo no digo que seas malo, todo lo contrario, te conozco y sé que eres un tipo estupendo, pero yo tampoco soy la madrastra de Blancanieves, ¿sabes?

—Me quieres descolocar, quieres que me identifique contigo y va a ser que no, yo no te creo, no te creo.

—Solo te pido que me des el beneficio de la duda, solo eso.

—¿Y eso en qué se traduce?

—En que no te lleves a la niña hasta que Archie se despierte y te diga si te he contado la verdad.

—Y mientras, en un descuido, serás tú quien te la lleves, ¿no?

—No, nos quedaremos los tres juntos, te prometo que no daré un paso si no es contigo…

—Estás loca, ¿quieres que ahora vivamos en familia?

—Solo quiero que se haga justicia. No dejes a tu hermana sin madre solo por lo que creas de tu padre, deja que sean otros quienes te digan cuál es la realidad, tú confías en Archie, no me hagas esto por favor.

Sus ojos se inundaron de lágrimas y no era una imagen que me resultase agradable, no me gustaba detectar el sufrimiento en nadie y eso incluía a Iria, por mucho que me hubiera hecho la puñeta.

Capítulo 11

Me desperté y la vi en la cama con la niña. Yo llevaba toda la noche en el sofá… Al principio no podía pegar ojo y eso que había cerrado la habitación con llave y las llaves las tenía en el bolsillo de mis pantalones.

Pese a ello, miraba la escena y apenas me la podía creer, ¿cómo era posible que hubiera perdido el avión solo porque aquella mujer me lo hubiese pedido?

Seguía sin creer ninguna de sus palabras, solo que cuando justo la iba a echar de la habitación para salir por la puerta, la noche anterior, la cría se despertó y sus ojos brillaron tanto mientras le echaba los bracitos a su madre que fui incapaz, no tuve corazón.

Estaba en una auténtica encrucijada, las cosas como son, mi padre nunca habría apoyado mi actitud, él la habría considerado absolutamente blanda e incluso estoy seguro de que me hubiese acusado de no haber vengado su memoria.

Esa idea me atormentaba, lo mismo que el pensar que Iria pudiera salir andando en cualquier momento con Alison, entonces no me lo perdonaría.

El problema era que la cuestión no podía compartirla con el resto de mi familia por la sencilla razón de que no me quedaba familia, de

modo que era una decisión unánime que solo podría compartir con mi amigo Peter, ese amigo que sí era como un hermano y que me apoyaba a muerte en aquella búsqueda.

Por fin dormía algo, puesto que el sueño me rindió cercana la mañana, cuando mi hermanita vino corriendo hasta mi cama para darme la "exclusiva", como si yo no lo supiera.

La chiquitina me repetía una y otra vez con su lengua de trapo que su madre estaba allí y me señalaba al otro lado de la suite, a la cama…

—Ya lo sé, pequeña, ya lo sé. Ven aquí, ¿cómo has dormido? —le preguntaba yo sin apenas querer mirar a esa cama en la que dormía la mujer que tanto odiaba.

Ella se incorporó y me vio jugando con su hija, abrazándola, haciéndole reír.

—Buenos días, Nathan. La niña te adora, siempre fuiste su preferido en la casa.

—Buenos días, después de ti—le contesté en un tono más áspero que un papel de lija, pero tratando de no perder la compostura

—Es lógico, yo soy su madre y eso tiene un peso, pero después de eso su preferido eres tú, no te quepa duda.

—Bueno, habrá que pedir algo de desayuno y luego… Luego no sé, esto es caótico. ¿Cuánto tiempo se supone que vamos a permanecer así? Para mí la situación es insostenible.

—Espero que poco, Archie es un tipo fuerte que se repondrá enseguida.

—¿Y si no se repone? ¿Y si tiene mala suerte?

—No me lo digas, por favor—Noté su escalofrío.

—Pues todo puede pasar, no sería ni el primero ni el último. Todo esto es un auténtico despropósito, yo no tendría que haber hecho caso a nada de lo que me dices.

—Por favor, vamos a pedir el desayuno, Alison tiene hambre. Y si te digo la verdad yo también estoy desfallecida.

Entonces se levantó y volví a observar lo mismo que ya observé la noche antes; que había perdido mucho peso. Iria siempre estuvo en la línea, pero se veía que la vida que llevó en los últimos meses, huyendo de allá para acá, la había dejado en los huesos.

A veces a las personas el tiro nos sale por la culata y eso fue lo que le sucedió a ella, que no calibró bien lo que hacía y se metió en un marrón del cual no podía salir.

—Está bien, desayunaremos.

Pedí un desayuno de lo más completo porque yo también tenía hambre. Alison, en su media lengua, no paraba de repetir que quería cruasanes, eso sí que lo tenía claro la pequeña.

Nos subieron el desayuno a la habitación en dos grandes bandejas, ya que no me dolieron prendas en pedir absolutamente de todo.

—¿Lo sirvo aquí en la mesa? —me preguntó la camarera.

—Déjeme una de las bandejas a mí—le indiqué porque no pensaba sentarme en aquella mesa con ella, no viéndole la cara a esa mujer que cada vez me desconcertaba más.

Me sentía fatal porque estaba cayendo en su chantaje psicológico, ya me lo decía mi padre una y otra vez; Iria era una embaucadora de primera y yo me había dejado embaucar.

La situación no podía resultar más complicada y más todavía con Archie en la situación que estaba, una que se podía prolongar durante semas e incluso… prefería no pensar.

Me senté tranquilamente a desayunar mientras que la peque también me hacía señas para que fuera hacia la mesa.

—No, cariño, yo estoy bien aquí—le decía desde la mesa situada delante del sofá en el que dormí.

—No tienes por qué hacerlo, puedes compartir el desayuno con nosotras—insistió su madre.

—¿Puedes hacer el favor de dejarme o piensas estar rayándome todo el tiempo?

—Es que me cuesta mucho estar contigo en esta situación.

—Pues me temo que es lo que hay—le solté con impertinencia.

—Puede que un día te arrepientas de todo esto.

—Lo veo muy improbable y, en cualquier caso, hasta que ese momento llegue no me arrepentiré de nada.

Solo pensaba en cómo podríamos sobrellevar la situación, una situación que no era nada fácil. Además, estar allí con ella, con una mujer a la que buscaba la policía precisamente a raíz de mi denuncia no era una situación demasiado normal, por lo que más nervioso me

ponía todavía.

El desayuno se me atragantó y más viendo las innumerables muestras de cariño entre ambas. Alison siempre sintió pasión hacia su madre, si bien el haber estado viviendo solas había propiciado que sus lazos se estrecharan todavía más, por lo que no se separaba de su lado.

Capítulo 12

Horas después yo no hacía más que pensar en la difícil situación que teníamos. Incluso se me partía el alma porque los rayos del sol no podían brillar más y la peque quería salir a la calle.

Obvio que no podíamos pasear como una familia más por todo Madrid y más cuando solo nos faltaba que hubiera fotos de Iria en las farolas, como en el Viejo Oeste, bajo el rótulo de “Se Busca”.

Yo soy un tipo muy activo y no podía imaginarme cómo sería la vida durante días e incluso semanas con los tres metidos en aquella habitación de hotel. Es más, la idea sería inviable por la niña y tampoco me fiaba de dejar a Iria sola allí; yo debía tenerle el ojo puesto encima en todo momento antes de que me liase otra de las suyas.

Por la noche reconozco que comenzaba a tocar fondo, además que el aire se viciaba junto a ella y que la tensión entre ambos se podía cortar con un cuchillo. No, he de ser justo, la tensión la sentía yo con respecto a ella, Iria parecía sentirse más tranquila.

Volví a pasarme la noche casi en vela, además que apenas le permití dirigirme la palabra durante todo el día. Me sentía más tenso que el pellejo de un tambor; habría pagado cualquier cantidad porque me hubiesen dado un buen masaje en mi dolorida espalda.

Era habitual en mí que, en situaciones de mucho estrés, mi espalda se resintiera. Y aquella era una, y tanto que lo era.

Me costaba tanto dormir que vi mi vida en imágenes mentales durante buena parte de la noche. El cansancio no tardaría en hacer huella en mí porque cuando por fin me dormía me resistía a hacerlo, dado que no me fiaba nada de aquella mujer.

Cuando se levantó, me hizo una propuesta que no esperaba.

—Nathan, no podemos permanecer más tiempo recluidos en esta habitación, yo siento que me estoy volviendo loca.

—Eso debiste pensarlo antes de hacer lo que hiciste, ¿no te parece? Ahora todos estamos pagando las consecuencias…

—Ya sabes que para sentenciar un pleito hay que escuchar dos partes.

—Lástima que a mi padre ya no podremos escucharlo.

—Pero si a Archie. Y mientras, lo que te propongo es que nos vayamos de aquí.

—Si te parece simulamos que somos una pareja y alquilamos un nidito de amor.

—Lo de simular que somos una pareja puede ser lo mejor a efectos prácticos…

—Ah, no, conmigo no cuentes para eso, ni en sueños.

—Escúchame, por favor. Mis abuelos, que en paz descansen, tenían una casita de veraneo en un pueblecito de Segovia. No hace tanto que fallecieron y la tenían muy bien mantenida. Todavía debe estar

habitable y allí podríamos salir y entrar como una familia más sin levantar sospechas y sin que la policía nos pise los talones.

—Yo no tengo ningún problema con la policía, la delincuente eres tú.

—¿De veras me ves pinta de delincuente? —me preguntó abriendo los brazos.

—No te hagas la tonta por favor, no eres ninguna mosquita muerta.

—Tampoco una delincuente, ¿hay trato o no hay trato?

—Pero ¿qué tipo de pueblo es ese?

—Uno muy pequeño, pero precioso. La casa cuenta con un amplio jardín, Alison se lo pasaría de miedo allí. Piensa en ella, por favor, sé cómo eres y que lo harás por tu hermanita.

—Y tú eres una chantajista de manual…

—No, no lo soy, solo estoy pensando en mi hija. Y de paso también en nosotros, que nos volveremos completamente locos de seguir así, ¿hay trato?

—No esperes que te dé la mano, más que de un trato, me da que esto pueda tratarse de un truco, rollo Halloween, que para eso estamos en esa fecha.

—Es cierto, si nos damos prisa podríamos incluso acondicionar un poco la casa para Halloween, por la niña.

—Sí, y llevarla los dos de la manita a pedir caramelos, no te digo…

Un rato después llamé a Peter. Ella estaba en el baño con la niña y yo

me quedé a solas, inmerso en mis pensamientos.

—Tío, visto desde fuera sí que parece una paranoia total, pero tú sabrás, yo siempre te he dicho que las cosas hay que vivirlas desde dentro, opinar es muy fácil.

—Es que me está diciendo de ir a no sé qué pueblo ni no sé dónde, salir de Madrid mientras esperamos.

—Pues yo de ti cagaría leches, si en Madrid no podéis poner un pie en la calle juntos es una jodienda, ¿qué hacéis ahí? La niña necesita oxigenarse.

—Entonces, ¿tú crees que es una buena idea?

—Pues claro, es una idea cojonuda, Iria solo quiere lo mejor para ella, al fin y al cabo, es su madre.

—Una madre que está ofendiendo la memoria de mi padre a saco.

—Céntrate, tío, tienes que ganar tiempo. Alquila un coche y os plantáis en esa casita de cuento.

—Qué fácil lo ves tú todo desde fuera, como no tienes que convivir con ella.

—Cambiarme por ti obvio que no puedo, pero si no quieres mi consejo no sé para qué me llamas.

—Porque sí lo quiero, solo necesito que me digas que no es una locura todavía mayor, estoy totalmente desorientado ya, con tanto vaivén.

—Hazle caso a Iria, la espera será más llevadera en ese lugar.

—Es que no sé si me acostumbraré a estar en un sitio así.

—Ni que te fueras a quedar a vivir allí, no me seas cuadriculado, ¿vale? Piensa en la niña.

—A Alison sí supongo que le vendrá bien.

—Pues entonces, ¿a qué tienes que darle vueltas?

—Es que me jode darle la razón en nada a su madre.

—Piensa que es su madre y que solo quiere lo mejor para ella.

—Pues hasta ahora lo ha demostrado bien poco.

—¿Y si te hubiera contado la verdad?

—Vete a la mierda, Peter…

Capítulo 13

Llegábamos al pueblo cuando vi que se trataba de uno de esos de cuento; era cierto.

Situado al pie de la sierra, ofrecía una imagen pintoresca y preciosa, tan pequeñito como era.

Nos pareamos en el coche que yo había alquilado en plena puerta, y una señora enseguida se nos acercó.

—Tú debes ser la nieta de Andrea, tienes las facciones de la familia, ¿no es así?

—Sí, señora, estuve aquí de niña, este lugar no parece haber cambiado demasiado.

—No, no lo ha hecho, aunque algunos madrileños han comprado las casas que se han ido quedando vacías y se vienen los fines de semana, ¿también vivís en Madrid tu marido y tú? ¿Y esta chiquitina cómo se llama?

—No, nosotros vivimos en California, mi marido es de allí. Ella es Alison—disimuló ella.

—Anda de California, ¿y qué hacéis allí?

—Cultivamos vinos, señora—le contesté yo, loco como me había quedado con el arranque de Iria. No me quedaría yo con ella ni así fuera la última mujer del mundo.

—Anda, qué interesante, y qué acento más bonito tiene este mozo, no me extraña que estés loca con él, hija. Para cualquier cosa, yo estoy por aquí 24/7. Me llamo Carmen.

—¿Ha dicho 24/7, señora? —Se echó ella a reír.

—Claro que sí, ¿tú te crees que porque seamos de pueblo somos unos catetos? De eso nada, hija de mi vida, que aquí también tenemos Internet—Rio antes de marcharse.

Giramos sobre nuestros talones riéndonos por el comentario de la buena señora cuando ella me pidió que sujetara a Alison.

—Mi madre me ha dicho que hay una llave por aquí—Levantó una vasija y la encontró.

—A la vieja usanza, no estaba a prueba de ocupas, no.

—Aquí no hay ocupas, los ocupas no quieren vivir en sitios así.

Pues a mí, las cosas como son, me pareció un lugar ideal. Y la casa ya ni digamos. Se trataba de la típica casita de pueblo con un gran salón unido a la cocina por un pasaplatos. Contaba también con tres dormitorios y un baño con bañera exenta, de esas antiguas, en medio de la estancia.

Lo que más me encandiló en cuanto lo vi fue la chimenea del salón. Sí que comenzaba a hacer frío y más allí, en plena sierra, por lo que saqué un jersey polar de mi maleta.

—¿Qué te parece la casa? —me preguntó ella.

—Lo cierto es que se trata de una preciosidad, si no fuera por las circunstancias, la disfrutaría.

—Y la vas a disfrutar, no te preocupes.

—Permíteme que lo dude, en estas circunstancias estoy seguro de que no.

—Qué tonterías dices, vamos a pasar aquí unos días muy bonitos junto a Alison, ya lo verás.

—Espero que no sean muchos, tengo que volver a California, con Archie como está y sin fiarme ya ni un pelo de Lysa miedo me da. En cuanto a William, a ese ni lo menciono…

—Las cosas han cambiado mucho en muy poco tiempo, ¿verdad? —Me decía mientras también abrigaba a la peque.

—Demasiado. Por cierto, aquí hace un frío que pela…

—Ya veo el jersey que te has colocado, también tu estilo ha cambiado, ahora es como más informal, mola más.

—Bueno, no creo que hayamos venido aquí a hablar de mis estilismos, veré si hay leña.

Fuera de la casa encontré un pequeño leñero y sí, todavía conservaba leña en su interior. Ya de paso le eché un ojo al extenso jardín, una preciosidad en el que la cría disfrutaría mucho.

La casa constaba de una sola planta, por lo que en su interior se

creaba un ambiente muy íntimo, ideal para una familia, lástima que no lo fuéramos.

Entré con la leña y ella abrió los ojos cantidad.

—Alabado sea Dios, qué frío hace, estoy tiritando. Y la peque también…

—No te preocupes, enseguida el ambiente se caldeará.

—Tampoco tenemos nada para almorzar, hay un pequeño colmado en el pueblo, iré a por provisiones.

—No, luego iremos los tres—añadí en tono áspero nuevamente.

—Vale, vale, que no puedo mover ni un dedo sin que tú le des el visto bueno.

—Si lo prefieres lamo a la policía…

—¿Puedes aflojar un poco, por favor?

—Pues va a ser que no puedo, ¿vale?

La situación no era fácil y, mientras ella estaba por la labor de que aflojara, yo no lo estaba en absoluto. Las cosas no son tan simples como parecen.

—Vale, vale, pues luego vamos los tres.

Llamaron a la puerta y era la señora Carmen, que nos traía una pequeña cacerola.

—Es sopa calentita y aquí tenéis unas croquetas de puchero, seguro

que no habéis comido.

—Por favor, yo recuerdo la comida de este pueblo como una de las mejores cosas de mi infancia cuando veníamos a ver a los abuelos, qué suerte…

Por lo que me contó estuvo varias veces allí de niña, aunque ella nació en Estados Unidos, su madre no se olvidó nunca de sus raíces.

—Me alegro, no es porque yo lo diga, pero tengo muy buena mano con la cocina, os va a sentar genial. Y ahí tenéis tres buenas chirimoyas, ¿a la niña le gustan?

—Pues no lo sé, pero seguro que sí, es usted muy amable, señora Carmen.

Sí que lo era y todo lo que nos trajo nos entró que dio gloria. Hacía tiempo que no tomábamos comida casera y, además, que Iria tenía razón en que la comida de allí estaba espectacular.

Hasta la peque se puso ciega, tras lo cual nos sentamos un poco delante de la chimenea.

—No se me quita el frío del interior—me comentó Iria.

—Eso es porque no estás tranquila, por eso—le comenté con contundencia.

—No lo estoy, no, pero no porque la conciencia me remuerda.

—Es que tú no tienes conciencia.

—Es que tú no tienes ni idea—replicó.

—Yo solo sé que tenéis aspecto de muy cansadas, túmbate un poco en el sofá con la niña, yo haré el resto de las cosas.

—No, por favor, túmbate también un poco, tienes unas ojeras que pareces un mapache.

Capítulo 14

Me desperté y estaba junto a ellas en el sofá. Los tres nos habíamos quedado fritos.

No quise irme al dormitorio por perderla de vista lo menos posible, y eso que eché la llave de la puerta, pero me la imaginaba saliendo por una ventana.

La chiquitina nos indicó que quería galletas. Era un pocito hondo que no paraba de comer.

—Es que tenemos que hacer compra, no tenemos nada en la despensa.

—Hace demasiado frío para sacarla, ¿no podría ir yo a comprar? O ve tú—me sugirió Iria.

—No, no pienso perderte de vista.

—Vale, pues le diré a la señora Carmen que se quede mientras con ella, se ve que le gustan los niños, estará encantada.

—Ok, pero se lo diré yo.

—¿Tú eres tonto? ¿Acaso te crees que voy a conspirar si se lo digo yo? Rollo “Señora Carmen, en lo que vamos al colmado, llame a James

Bond y que saque a la niña del país. Yo me reuniré con ellos en Isla Mauricio".

No pude evitarlo y por un momento me salió una risa, que enseguida contuve.

—Pues igual sí, suena muy peliculero, pero tú ya las has hecho peores. No te imaginas los operativos policiales reventando puertas de entrada, a tus caseros les ha salido poco a cuenta. Y yo detrás, tampoco te imaginas la cara de lelo que se me quedaba, la desesperación, la ira…

Por un instante me abrí a ella y enseguida pensé que le importaría un comino.

—Lo siento de todo corazón.

—Si no fuera porque no creo ni una palabra de lo que me dices hasta sonaría fiable.

—Es una lástima que no me creas, ojalá pudieses creerme.

—Eso digo yo también, ojalá, pero va a ser que no.

Le dejamos la niña a la vecina y nos fuimos hacia el pequeño colmado, que era como allí llamaban a las tiendas de alimentación y productos básicos.

No teníamos ni idea de cuánto tiempo pasaríamos allí, de modo que nos aprovisionamos de todo, no solo de comida, sino de productos de higiene, de limpieza…

—Cualquiera que nos vea pensará que somos un matrimonio de verdad.

—No bromees con eso, no tiene ninguna gracia—Le corté el punto.

—Yo es que lo siento, pero he tomado una decisión.

—No sé a qué te refieres…

—Pues me refiero a que no sé hacia dónde me llevará la vida, pero no puedo pasarme todo el día con cara de funeral.

—Si te parece nos vamos de fiesta…

—No me refiero a eso, no soy una niñata, pero, el tiempo que tengamos que permanecer juntos, ¿por qué no tratamos de pasarlo bien?

—Claro, en plan colegueo total, yo me olvido de que mi padre ha muerto en la más absoluta tristeza por tu culpa y nos vamos de rumba.

—No te pido que seamos los mejores colegas, solo que nos demos una tregua. Si no lo haces por mí, hazlo por Alison, la niña se merece vivir en el mejor de los ambientes.

—¿Tú cuándo te graduaste en chantajismo? Debió ser antes de conocer a mi padre, porque nunca te he visto coger un libro.

—No es chantaje, es lógica. Por favor te pido que te lo pienses.

—Y yo por favor te pido que terminemos con esta compra y volvamos a casa.

Me sentía bien en aquella casa y eso me resultaba curioso. Al fin y al cabo, no era más que una modesta casa de pueblo, eso sí, con todo su encanto. Sin embargo, me resultaba ideal, pese a que yo estuviera

acostumbrado a vivir en una gran mansión como la nuestra de California.

—Se ha portado estupendamente y se ha inflado a castañas—nos informó la señora Carmen cuando volvimos a por la cría.

—¿Ella comer mucho? Qué raro, y yo que el primer día no sabía lo que querría comer e iba con pies de plomo—le indiqué una vez en casa a su madre.

—Me volví loca cuando te la llevaste, si no llegas a dejarme esa carta…

—Tú no fuiste tan detallista cuando te marchaste, solo nos dejaste su dormitorio vacío.

—La decisión de marcharme me costó a mí más que a nadie, créeme.

—Pues no, va a ser que no te creo.

No me sentía bien contestándole todo el día como si fuera un puercoespín, pero es que sus palabras me sonaban muy hipócritas.

—Ya me creerás, solo es cuestión de tiempo.

Hablaba con una seguridad pasmosa, quizás fruto de uno de sus planes maquiavélicos, quien sabía.

Ella se metió a bañar a la niña en esa bañera de época tan chula y la peque se reía a carcajadas mientras yo colocaba en los muebles de la cocina todo lo que habíamos traído.

—Esa risa me la como yo—le decía desde allí.

—¿Y por qué no te acercas y se lo dices?

Aunque viviéramos bajo el mismo techo provisionalmente, yo procuraba no inmiscuirme en las cosas de Iria, pero en ese caso se trataba de Alison y terminé allí en el baño, junto a ellas.

La peque estaba feliz de vernos juntos, pobre ilusa, pensaba yo, por lo que comenzó a levantar la espuma con sus bracitos y terminó por mojarnos a su madre y a mí.

—Me ha puesto chorreando, ¿te quedas un momento con ella mientras voy a cambiarme? —me preguntó.

—Claro, cómo no…

Me quedé jugando con la cría y, cuando me quise dar cuenta, Iria nos observaba desde el quicio de la puerta.

—Tu padre no jugó nunca así con ella—murmuró.

—No empecemos, mi padre tenía otra edad. Tú sabías que no te casabas con un niño, no es justo…

—No te digo que se tirase al suelo a jugar con su hija, pero es que no tenía tiempo para ella… Ni tampoco para mí, solo para sus negocios.

—Eso era para que no os faltase de nada, ¿acaso no tuviste una vida cómoda a su lado?

—Tu padre tenía dinero para que hubiéramos vivido diez vidas muy lujosas sin volver a dar palo al agua, pero él estaba obsesionado con su negocio.

—Lo mismo me decía Lysa de mí, solo son excusas.

—¿Y por qué excusas? Yo lo veo así.

—Déjame, por favor…

Me molestaba mucho que ella tratase de darme lecciones de moral. Es que me jodía una cosa mala.

Capítulo 15

Habían pasado unos días y casi que nos estábamos acostumbrado a aquella vida. Eso sí, a mí me comían los nervios por cómo estarían las cosas por la empresa, si bien delegué en algunos de mis más allegados.

Había llegado el momento de celebrar Halloween y, para nuestra sorpresa, pese a tratarse de un típico pueblecito de la provincia de Segovia, enseguida nos dimos cuenta de que las casas estaban muy adornadas al efecto.

—Es mañana y yo también quiero que la niña disfrute de todo esto; vamos a llenar la casa de calabazas y de…

—Me parece una buena idea—le comenté.

—¿En serio? ¿Es que hoy no te has tomado tu pastillita? —me preguntó.

—¿De qué pastillita me hablas?

—De la que sueles tomarte para ir todo el día en mi contra, debe ser algo que te haya aconsejado el médico, no puede salirte tanta mala baba por las buenas…

—No me hagas hablar, te lo pido por favor.

—¿Y si vamos a Segovia capital a comprar todas las cositas? Además, que te va a encantar la ciudad, te enseñaré el acueducto, la catedral, el alcázar…

—¿Crees que necesito que seas mi cicerone? Si quiero que alguien me enseñe la ciudad, pagaré por ello y punto.

—¡Eres un desagradecido! —me chilló.

—¿Perdona? No te consiento…

—Es que tú a mí no tienes que consentirme nada, comienzo a estar muy harta de todo esto, ¿sabes?

—Eso lo tendrías que haber pensado antes y ahora podrías ser una madre normal que tomara sus propias decisiones respecto a su vida y a la de su hija.

—Y eso es justo lo que hago, pero tú eres un Morrison de pura cepa y me has puesto en el punto de mira de la policía cuando lo único que he hecho ha sido buscar mi tranquilidad y la de mi niña.

—Y ahora me cuentas una de vaqueros…

—¡Joder ya! Eres un idiota y te tragarás una a una tus palabras. Si no fuera por lo bueno que eres con la niña me habría largado ya.

—No has tenido ocasión y lo sabes, no presumas.

—Ya te he demostrado que soy una mujer de recursos. No te quepa ninguna duda de que, si quisiera haberme ido lo habría hecho ya, te lo he demostrado muchas veces. Sé cuidar de mi solita y también de mi hija.

—Y entonces, ¿por qué se supone que no lo has hecho?

—Porque no pienso pasarme toda la vida como “El Fugitivo”, por eso no lo he hecho ya, ¿lo entiendes? Y porque a ti es la única persona a la que me interesa demostrarle que mi verdad es la única verdad.

—Vale, vale, vamos a comprar. El ambiente se está caldeando de nuevo y no es plan.

Nos metimos en el coche y comprendí que ella necesitaba esa tregua que me había pedido más de una vez, pero es que yo también la necesitaba. Estaba cansado, cansado de todo… Primero de buscarla, después de recriminarle, luego de pelear con ella cada vez que venía al caso.

Ella me miró y encogió los hombros.

—¿En qué estás pensando? ¿En lo siguiente que me reprocharás?

—Obvio que no, solo pienso en que quizás tengas razón y necesitemos esa tregua.

—Pues claro que la necesitamos, además que es Halloween, el primer Halloween del que Alison se va a enterar, antes era demasiado pequeñita.

Decidimos pasar el día por la capital. La ciudad me sedujo desde el minuto uno y hasta Iria me tomó varias fotos con Alison desde un bonito mirador que había en un lateral del acueducto.

Después, bajamos en dirección a él y allí nos sentamos un poco a descansar en un jardín pequeñito que quedaba al lado de los bajos de ese monumento.

Diría que, en aquellos pocos días, ella había ganado algo de peso, puesto que estaba más repuesta. En realidad, por mucho que yo no la mirara con buenos ojos, estaba increíblemente guapa, siempre lo fue. En ese sentido, podía comprender que mi padre se hubiese enamorado perdidamente de ella.

Una señora que pasaba por allí nos ofreció hacernos una foto y yo me quedé desconcertado.

—Claro, por favor—le comentó ella, que sí estuvo de acuerdo.

—Es que no me he podido resistir, sois una familia muy bonita y parecéis encantados con la niña. Mirad lo preciosa que os ha quedado, ¿estáis aquí por turismo?

—Más o menos—le comentó Iria.

—Tenéis que ir a comer un buen asado, cerca de la Plaza Mayor hay un asador en el que os chuparéis los dedos.

Nos pareció una buena opción y, a juzgar por el gusto con el que la peque paladeó esa deliciosa carne que se deshacía en la boca, también a Alison se la pareció.

Después continuamos dando una vuelta por la ciudad y, antes de que el sol se pusiera y el frío dominara el ambiente, cogimos un montón de cosas en varias tiendas del centro con la intención de volver a casa.

Fue una gozada porque la pitufa iba echando en la cesta todo lo que se le antojaba y sus ojos brillaban con intensidad mientras su madre le explicaba qué era cada cosa y que celebraríamos la fiesta de Halloween. Antes de irnos, elegimos para ella también un delicioso disfraz de calabaza con el que estaría ideal.

Capítulo 16

—No, un control policial—me comentó Iria cuando nos hicieron señales en la carretera para que nos parásemos.

—Tranquila, en estos casos hay que actuar con la máxima naturalidad, además que tú ya tienes experiencia.

—Que me pongo muy nerviosa, échame un cable, por favor.

Lo último que nos interesaba en esos momentos era que la detuvieran, de modo que no tardé en pensar.

—Buenas tardes, señores agentes, ¿algún problema?

—Se trata de un control rutinario, sus documentos de identidad, por favor.

—Cielos, aquí tiene el mío y el de mi mujer, pues mire usted, que hace un par de días que no lo encuentra. Estamos pensando en ir a denunciar su extravío, pero como resulta que traemos a la peque del pediatra ni tiempo nos ha dado, lleva unos días pachucha, igual es COVID o gripe o…

De inmediato tosí, como si también pudiera estar contagiado.

—No se preocupe, circule por favor—Se puso nervioso, el poli se puso tan nervioso que me devolvió mi documentación sin ni siquiera mirarla.

Cuando por fin reanudamos la marcha, ella me dio un abrazo.

—¡Gracias, gracias! Ya me veía entre rejas.

—Oye, que te haya dado una tregua no significa que nos abracemos.

—Perdona, es que me ha dado un arrebato, me siento tan contenta…

La cría dormía en su asiento, estar todo el día fuera la había reventado. Seguía durmiendo cuando llegamos a casa, por lo que tomamos la decisión de acostarla directamente.

Luego Iria salió y todavía la noté temblorosa.

—¿Tienes frío? Ya he encendido la chimenea…

—Ya, pero tengo otro frío, tengo el frío que te produce el miedo, ¿sabes? A veces pienso que algo me aparte de mi niña y me vuelvo loca.

—¿Por qué no tomas un baño? Seguro que te va bien, mientras yo prepararé una sopa.

—¿Para los dos? —me preguntó extrañada.

—Para los dos, sí, no soy tan capullo como tú piensas.

—Nunca he pensado que seas un capullo, solo te pones así cuando activas el modo Morrison, aunque sé que no es tu culpa.

—Ser un Morrison me llena de orgullo, sé que tú no lo entiendes, pero es así.

—Yo lo único que entiendo es que el único Morrison que merece la pena eres tú. Y mi hija, claro…

Se marchó a bañarse sorprendida. Hasta ese día cada uno se cocinaba lo suyo, yo no quería mezclar absolutamente nada.

Sin embargo, ya habíamos almorzado juntos en la capital y antes también firmado una tregua, era hora de ir normalizando la convivencia.

Yo también tenía todavía el susto en el cuerpo. Antes de salir para Segovia le advertí que pudiera no ser seguro, pero ella argumentó que era un lugar mucho más tranquilo que Madrid y que allí no sucedería nada. Pues se veía que lo que no sucede en años, sucede en un día, porque estuvieron a punto de pillarla.

Preparé una sopa calentita que agradeció mucho a su salida. Todavía estaba más guapa sin una gota de maquillaje, con la cara lavada. En honor a la verdad, no es que ella llevara demasiado maquillaje nunca (para eso ya estaba Lysa quien siempre iba pintada como una puerta), pero ver a Iria al natural me gustó.

—Qué rico, sopita—decía mientras yo la servía.

—Como una sopa me puse yo en El Retiro por tu culpa la primera vez que te vi pasar…

—¿Y eso?

—Pues porque estaba subido en una barquita y me tiré al agua.

—¿Tú hiciste eso? Pero bueno, menudo alboroto se formaría, ¿no?

—Imagina, encima de que había un soplagaitas que me quiso partir la cara.

—Por favor, ¿qué me estás contando? Pues sí que te he causado perjuicios, sí.

—No te los imaginas, ignoro cómo puedo seguir mirándote a la cara.

—Porque en el fondo sabes que te cuento la verdad, que no te miento.

—No empecemos, por favor, entiendo que hayas inventado eso porque temas mi reacción y quedarte con la niña, pero en su día lo hiciste como el culo.

—No es ninguna invención, todavía tiemblo a veces creyendo escuchar la voz de tu padre y tengo pesadillas porque veo cómo me levanta la mano.

—Papá no pudo hacer esas cosas…

—Yo tampoco lo creía, pero la vida me enseñó que era así, que debía cubrirme las espaldas.

—Vamos a cambiar de conversación o la sopa me sentará como un tiro.

—Por supuesto, ¿qué planes tienes para cuando volvamos a California?

—¿Volvamos? ¿Te incluyes en el plan?

—Claro, para entonces ya sabrás que todo lo que te digo es cierto. No

quiero separar a Alison de tu lado, eres la figura más cercana a un padre que podrá tener.

—Tengo claro que quiero vivir con mi hermana, sí, pero no tenía idea de que tú quisieras volver.

—Es su casa, ahora que tu padre ya no está, es su casa.

—¿Volverías por la herencia? ¿Es por eso?

—Si hubiera querido sacarle dinero a tutiplén a tu padre lo habría denunciado por malos tratos. Solo por no verse salpicado por tamaño escándalo me habría pagado lo que le hubiese pedido.

—Papá odiaba el escándalo, eso es cierto.

—Matthew vivía de cara a la galería, lo sabes. Por cierto, ¿y tú cómo estás?

—Yo estoy bien, ¿no me ves? —Esbocé una sonrisilla, quería salir del paso.

—En serio, también la vida te ha golpeado últimamente; tu padre ha muerto, tu mujer te ha engañado con tu hermano. No es para estar muy contento, las cosas como son…

—La búsqueda de Alison me ha mantenido demasiado ocupado como para pensar en más cosas, no sé cómo estoy, si te soy sincero no me he parado a pensarlo.

—Tenso, en cualquier caso, estás tenso, ¿Por qué no me dejas que te dé un masaje en la espalda cuando terminemos de cenar? Sé que cuando estás a tope te duele.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Porque soy una mujer muy observadora y porque me preocupas, siempre me has preocupado.

—Venga ya, ¿por qué te ibas a preocupar por mí?

—Porque vivías rodeado de hienas y pensabas que eran corderos, por eso…

Terminamos de cenar y no le permití que me diera ese masaje. Me parecía demasiado llegar a eso y más cuando era posible que estuviera haciendo toda esa pantomima para tirarse a mi yugular en cuanto pudiera.

Capítulo 17

Decidimos decorar juntos la casa para Halloween. La peque estaba entusiasmada y yo tenía claro que, con independencia de lo que pasara, esos bonitos momentos ya no nos los quitaría nadie.

Comenzamos por el interior y colocamos de todo; brujitas sobre sus escobas, calabazas, fantasmas, telas de araña con sus arañas incluidas, fantasmas, murciélagos, farolillos…

Alison no paraba de reír y más cuando la incluimos a tope en la decoración. Poníamos las piezas en sus manitas y le indicábamos dónde debía colocarlas. En cuanto a otras, ella las iba dejando a su criterio por aquí y por allá.

—Está tan contenta, nunca la había visto tanto—me señaló su madre.

—Es verdad, solo por verla así me ha valido la pena recorrer medio mundo. Venga, ayúdame que vamos a colocar las de encima de las cortinas.

Eché mano de una vieja escalera que tenían en la casa, no quería que faltase ni un perejil en aquel día en el que hicimos un paréntesis para festejar, como si nada de lo malo que nos envolvía hubiese ocurrido nunca.

Me subí en la escalera e Iria quiso sujetarla.

—No es necesario, de veras, no lo es…

Con lo que yo no contaba era con el "Huracán Alison" que pasó a la carrera debajo de ella, haciendo que se desequilibrara y tirándome.

Tuve toda la suerte del mundo porque la escalera tenía una cierta altura y bien pude partirme un hueso, quien tuvo menos suerte fue Iria, ya que caí hacia el sofá y encima de ella.

Cuando quise darme cuenta, la peque estaba delante de mí con la manita en la boca en plan "la que he liado" y su madre debajo, quejándose.

—Iria, ¿te he hecho daño? —le pregunté preocupado.

—Cosquillas no me has hecho, eso ya te lo adelanto, cielo santo, pareces estar hecho de roca—se quejó.

A mí me gustaba cuidarme, eso era cierto. Lo que peor llevaba de mi estancia en España era no poder salir a correr y demás, si bien en el interior de casa volvía a hacer todo el deporte que podía. Incluso allí también en el exterior, en el jardín, una posibilidad con la que no contaba en el hotel.

—Lo siento mucho, déjame ver… Cielos, te he hecho un buen chichón en la frente.

—Eso ha sido con el codo, creí que conspirabas para terminar conmigo de un codazo.

—No, no entraba en mis planes—Le sonreí.

—Lo doy todo por bien empleado solo que por esa sonrisa—me indicó.

—¿He sonreído? Habrá sido un acto reflejo—bromeé.

Era la primera vez que bromeaba con ella, solo que como ya digo estábamos en plena tregua.

—Pues habrá sido, pero me ha sentado muy bien, ya apenas me duele.

—De todos modos, habré de aplicarte hielo o te saldrá un chichón que no necesitarás disfraz para asustar a los niños.

—Claro que sí, encima de que soy una cruel madrastra—ironizó ella.

—No me hagas hablar, te lo pido por favor…

Le llevé el hielo y me empeñé en aplicárselo yo mismo. Ella se dejaba mimar y me dio la sensación de estar falta de cariño, si bien no era yo quien podría dárselo.

—¿Te duele menos? —le pregunté.

—Ya casi no me duele nada, de veras.

—¿De veras? No te hagas la fuerte conmigo, prefiero que me digas las cosas como son.

—Y siempre te las digo, solo que tú no me crees.

—No vayas por ahí, venga…

La pequeña ya estaba también más tranquila y nos indicaba que nos restaba el jardín por adornar. Habíamos comprado tal cantidad de cosas que servirían para adornar el pueblo entero, de hecho.

Alison no paraba de dar palmitas de felicidad en el aire y con ella salimos a adornar el jardín, tanto plantas y árboles como la valla y el muro.

El resultado fue espectacular y nos quedó una decoración de lo más pintona. La idea sería ir con ella por la tarde a pedir caramelos y luego estar por la noche en casa, cuando ella ya durmiera y los chicos mayores tocasen nuestra puerta.

—Se lo va a pasar de fábula, procuraremos que duerma una buena siesta para que luego aguante más—me decía ella.

Se notaba que se desvivía por su niña. Alison era lo más importante en su vida, aunque quizás la ambición la hubiese perdido. Todavía nada sabía yo del destino del dinero que se llevó, aunque eso me importaba menos que las joyas de mi madre, que tampoco me había devuelto y que tenían un valor incalculable para mí.

La cría se echó a dormir y ella inspeccionó la decoración.

—Formamos un buen equipo, a ti no te gustará escucharlo, pero lo formamos.

—No lo hemos hecho mal, ¿no?

—¿No lo hemos hecho mal? Apuesto a que ninguna otra casa del pueblo ha quedado tan molona como esta, es lo que siempre soñé.

—¿Decorar la casa de tus abuelos en Halloween? Pues déjame decirte que eres un poco rarita.

—No, eso no, celebrar fiestas con mi hija, como una madre normal. Me habría encantado que también hubiera estado su padre, pero cuando vi que no podía ser… Lo creas o no solo quería proporcionarle

una vida feliz a Alison.

—Deberías echarte también un rato, yo recogeré la cocina, te has llevado antes un buen golpe.

—Estoy acostumbrada a los golpes de la vida. Por cierto, no te tenía por alguien tan apañado, ¿sabes?

—¿No? Bueno, creo que en realidad tampoco yo me tenía por eso, las cosas como son, solo he hecho negocios en toda mi vida.

—Pues te queda muy bien….

—¿Qué me queda bien?

—La niña, dedicarte a ser un tipo común y corriente, eres un buen tío, de veras que lo eres, Nathan.

Sin que yo lo esperase, avanzó hacia mí y me dio un beso en la mejilla. Después giró sobre sus talones y se fue a dormir un poco con la niña.

Capítulo 18

La sonrisa de Alison apareció de oreja a oreja cuando la vestimos de calabaza. No podía estar más ideal y su madre le tomó una y cien fotos.

—Ahora cógela tú en brazos, venga…

—Vale, ¿salimos bien así?

—Ideales, salís ideales, estoy hasta nerviosa. Qué bien me lo voy a pasar.

Salió andando y, antes de entrar en su dormitorio, se volvió.

—¿Qué te pasa? Espabila, que es para hoy, la peque no para de mover su cubito, quiere caramelos y los quiere ya.

—Es una enana golosa. Solo quería darte las gracias, Nathan, las gracias de corazón.

—¿De qué me estás hablando? Venga, va, vístete.

—Gracias por estos días. No sé lo que ocurrirá en el futuro, no sé si Archie despertará para darme la razón, pero tengo claro que estos momentos que estoy viviendo con mi niña y contigo son lo mejor que

me ha pasado en mucho tiempo.

Vi una lagrimilla asomarse a sus ojos y no quise que siguiese por ahí.

—No la desesperes, porfi, está deseando salir.

No podía ir más mona nuestra calabacita, de modo que ambos la tomamos de una mano y enseguida tocamos en la casa de la señora Carmen.

—Pero ¿qué tenemos aquí? Qué mona viene la chiquitina, si es que soy una familia de anuncio de esas de la tele. Voy a por los caramelos.

En el pueblo todos pensaban que éramos un matrimonio, por lo que la situación no podía ser más extraña.

Alison movía el cubito como le habíamos enseñado y la señora Carmen le echó un buen puñado de caramelos y de chocolatinas.

—Toma, pequeña, y no te las comas todas de golpe o te dolerá la tripa.

—Descuide que no…

Ella, sin embargo, no lo tenía tan claro y enseguida echó mano a una de las chocolatinas, tratando de metérsela en la boca con papel y todo.

—Es adicta al chocolate, mi hija es adicta…

—A quién habrá salido…

—¿Por qué dices eso?

—Porque tú eres igual, te gusta a rabiar, y más si es ese con frutos

secos que tenían cerca de casa en…

Le relaté cómo era el que tanto le gustaba y ella se quedó patidifusa.

—¿Y eso?

—Eso porque me gusta saber sobre los míos, por eso.

—Pero si nunca me consideraste de la familia, no me diste la oportunidad.

—Y, aun así, estabas casada con mi padre y eso te convertía en uno de los míos. También soy muy observador.

Estuvimos yendo casa por casa, la cría se lo estaba pasando bomba, incluso se nos unió alguna que otra pareja con críos de edad similar.

En el pueblo no había demasiados niños, pero los madrileños que tenían casa allí ya habían llegado para pasar el puente y eso hacía que estuviese bastante más animado.

Los vecinos eran muy generosos y la peque llevaba su cubito a rebosar, tanto es así que no podía ni con él. Un buen rato después ya no podía ni con su cuerpo, de lo mucho que habíamos pateado.

—Ven, que mami, te coge, ¿cómo puedes haber crecido tanto y pesar como pesas, cariño mío?

—Tráela, anda, que tú te has quedado en los huesos y a ella le gusta que la lleve así—Me la puse encima de los hombros.

—Yo ya voy engordando un poco, aunque lo otro no te lo discuto. Además, que a mí no me extraña porque le encanta todo lo que le hace su tito Nathan.

—No me hagas más la pelota, que a ti no voy a llevarte en brazos.

—Eso ya lo daba por seguro.

Llegamos a casa y le di la cena a la peque. Su madre parecía un tanto cansada porque se había colocado, muy digna ella, unos zapatos de tacón y le dolían los pies.

La niña no paraba de mirar los dulces y yo le indicaba que solo un par de ellos. Se los tomó de chocolate después de la cena y fue para ver cómo se puso la boquita, con un cerco oscuro que hizo que su madre le tomara otra serie de divertidas fotos.

Luego la acostamos y cayó rendida. A partir de ese momento, nos preparamos para el peregrinar de los chicos mayores, que trataban de recolectar el máximo número de dulces posibles.

Nosotros habíamos comprado en cantidad y eso nos libró de que nos tirasen huevos a las ventanas, porque allí no se lo pensaban mucho.

Tanto ella como yo salíamos y les dábamos una generosa cantidad que los chavales agradecían mucho.

—Es usted muy amable y tiene una esposa muy bonita—me soltó una chica un tanto repipi que venía vestida de catrina mexicana.

—Es lo que hay—me comentó ella cuando se fue.

—No me casaba yo contigo ni por todo el oro del mundo, la de veces que me ha dolido la cabeza por tu culpa.

Ella se reía y no decía nada al respecto. Menos mal que antes descansó un poco porque los chavales nos tuvieron entretenidos hasta las

tantas.

Cuando por fin nos fuimos para dentro yo tenía hasta el sueño espantado.

—¿Y si nos tomamos una copa? —le pregunté.

—¿Tú y yo? ¿Tomarnos una copa? ¿Eso no infringe el código de conducta Morrison?

—No tengas guasa porque contigo ya me he pasado ese código de conducta por el arco del triunfo. Te pondré una…

—Me sabrá a gloria bendita, hace tanto que no me tomo una copa.

—Pues te la serviré cargadita, para que no se diga.

—Así que también haces de barman…

—No alucines que no me verás haciendo malabares con la coctelera.

—Da igual, mi reino por una copa…

—Tu reino, tu reino… No sé qué clase de reina eres tú.

—Para ti la reina de las tocapelotas, ¿no es eso lo que piensas de mí?

—Exacto, aquí tienes esa copa, ¿por qué brindamos?

—Por el despertar de Archie y por la verdad, siempre por la verdad— me indicó.

Brindamos y casi me bebí la mía de una vez. La situación exigía que el

alcohol corriera por mis venas, no estaba pasando por mi mejor época.

Llevábamos alguna copa de más en el cuerpo. Una vez al año no hace daño, eso dicen, y necesitábamos evadirnos un poco.

—¿Y si jugamos a mentiras y verdades? Yo te hago una pregunta y, si tu respuesta me parece sincera, estoy obligada a corresponderte siendo sincera en mi respuesta.

—No, creo que eso sería un tanto peligroso, dadas las circunstancias.

—Venga, ¿quién dijo miedo?

—No lo veo, no termino de verlo.

—Venga, dime la verdad, ¿estuviste enamorado de Lysa alguna vez?

—Supongo que no en el sentido al que te refieres, no me tengo por alguien apasionado.

—Eso es porque no te ha llegado la persona, estoy segura. Tú le pones pasión a todo, no creo que no se la pongas al amor.

—No sé ni qué decirte. Ahora yo, ¿y tú?

—¿Yo qué? Yo sí que soy apasionada…

—¿Estuviste enamorada de mi padre? Esa es la pregunta.

—Hasta la médula, esa es la respuesta.

—Pero hemos quedado en que seríamos sinceros.

—Correcto, lo que no implica que yo te diga lo que tú quieres escuchar, esa es la verdad, esa es mi verdad. Y estoy orgullosa de ella.

Que me aspen, pero comencé a creerla. Solo que creerla a ella suponía traicionar la memoria de mi padre.

—Vale, vale, hazme otra pregunta…

—¿Me entregarías a la policía ahora?

—Si todo lo que has dicho es mentira, entonces sí—le contesté sin vacilar.

—Vale…

—Ahora me toca a mí, ¿te inventaste lo del maltrato?

—No, no me inventé nada. Ocurrió y fue el episodio más feo de mi vida que además llegó en el peor momento, cuando nació Alison y quería ser más feliz que nunca.

De nuevo me pareció que decía la verdad y de nuevo sentí que un puñal se clavaba en mi corazón, ¿existía la posibilidad de que mi padre hubiera hecho algo de eso?

—Creo que es mejor que nos vayamos ya a dormir—le comenté.

—Pero podríamos seguir preguntando, te prometo que te diré la verdad.

—Necesito acostarme, va en serio.

Por la noche llegan todos los fantasmas y más en aquella; en noche de Halloween. Me costó mucho planchar la oreja porque sus palabras

resonaban en mi mente más todavía de lo habitual; el alcohol lo enfatiza todo y a mí aquel tema me llevaba cuesta abajo y sin frenos.

Llevaba un rato dormido cuando la escuché llorar entre sueños. Suerte que la peque tenía un sueño muy profundo o se habría asustado bastante.

Me acerqué al quicio de su puerta y ella murmuraba sin poder despertar.

—No, Mathew, no lo hagas, por favor, yo no he querido enfadarte…— Luego lloraba e incluso comenzó a chillar.

Tuve que despertarla y fui consciente de que no fingía, estaba dormida de veras, no era ninguna pantomima. Según abrió los ojos me abrazó, me abrazó fuerte y lloró sobre mi hombro.

—¿De veras ocurrió, Iria? —le pregunté cuando por fin se calmó.

—Sí, y supongo que hablar de ello esta noche me ha removido, lo siento de veras.

—Si ocurrió soy yo quien lo siente, no puedo creerlo, de papá no puedo creerlo, ¿cómo pudo hacer algo así?

—Pues supongo que porque los maltratadores no llevan una chapa en la frente que digan que lo son, por eso, ¿sabes? Cualquier persona puede serlo y tenerlo escondido, como tu padre.

—Para mí era el hombre más recto que he conocido nunca, es inaudito.

—Yo agradezco que me creas, pero si te soy sincera quiero que Archie lo corrobore, que él pueda contarte el infierno por el que pasé.

La abracé mientras comenzaba a sollozar de nuevo.

—Ya está, ya está, ya pasó… Perdona si no te creí antes, perdóname…

—No tengo nada que perdonarte, tú has sido el único que se ha comportado bien conmigo en esa familia, solo tengo cosas que agradecerte. También cómo quieres a mi niña.

—Es mi hermana, ¿cómo no iba a quererla?

—Podías haberla visto como alguien con quien repartir la herencia y por eso haberla rechazado.

—No soy un tipo avaricioso, me gusta ganar mi propio dinero, se me da bien, pero no me tengo por un avaricioso.

—No, no lo eres, solo eres una buena persona y un gran tipo, eso es lo que eres—Me abrazó fuerte, muy fuerte.

—Ven, ¿por qué no te levantas un poco y te quedas en el sofá? Al final despertaremos a la niña.

—No me quiero quedar sola, cuando tenga las pesadillas siento mucho miedo.

—No te quedarás sola, yo me quedaré contigo.

—¿Dormirás conmigo en el sofá?

—Sí, venga, levántate…

Apenas tenía fuerzas para hacerlo, se había quedado muy abatida.

—No puedo ni moverme, no sé lo que me pasa.

—Ven, yo te llevaré—La tomé en mis brazos y la llevé hasta el sofá.

Ella se cogió a mi cuello, la noté frágil, como si el hecho de que saliera la verdad a la luz tuviera que ver con que se quitara la coraza de guerrera que llevaba puesta y saliera su verdadero yo, uno que había sufrido más de lo que le tocaba.

Me compadecí de ella. He de reconocer que, durante los días que compartimos, llegué a pensar que podría estar ante una gran mujer, pero que no era así porque mentía más que hablaba. Y parecía ser que eso último no era cierto, por lo que estaba delante de esa gran mujer y de esa gran madre.

Me sentí tan mal que noté que me dolía el pecho. La vida, tal como yo la había conocido hasta entonces, había acabado. De hecho, yo siempre giré alrededor de mi padre y él, después de muerto, me había defraudado hasta el infinito y más allá, como la célebre frase de “Toy Story”, esa peli que tanto le gustaba a mi Alison.

Velé el sueño de su madre entendiendo que había llegado la hora de que esa mujer conociera mejores tiempos, de que las pesadillas se apartasen definitivamente de su mente.

Capítulo 19

Amanecimos abrazados en ese sofá. No conseguía recordar en qué momento me abracé a ella para dormir, solo sé que debí hacerlo.

Un tanto resacoso, me desperté cuando Alison me dio con su dedito en la pierna, riéndose al vernos juntos.

—¿Tú de qué te ríes, enana? Ven aquí, que te daré lo tuyo—La cogí en volandas y ella es que se moría de la risa.

Su madre se despertó y nos miró alegre, parecía otra.

—¿Se puede saber lo que estáis haciendo?

—Es esta niña, que me la voy a comer. Oye, quédate ahí durmiendo un poco más, que yo le pondré el desayuno.

—No es necesario, ya puedo ir yo—Trató de levantarse.

—Estás muy cansada, has pasado mala noche y sabes que no me cuesta nada, quédate ahí, por favor.

Me hizo caso y yo me la llevé a la cocina, donde estuve canturreando con ella la canción esa que siempre le cantaba.

Alison estaba feliz y relajada y, mientras tomaba su pan con su leche, no paraba de señalarme al cubo de los dulces.

—Eso después, señorita, que sabes tú mucho, eso después.

Seguimos cantando y su madre nos sorprendió así, quedándose en el quicio de la puerta.

—Es el mejor despertar que una pueda tener—me indicó.

Yo la vi, hasta entonces solo la miraba, pero no la veía. Y ese día la vi, como era ella…

—¿Tan bueno te parece? Ven, siéntate, te prepararé el desayuno a ti también.

—Es lo mejor, siempre he pensado que lo ideal es tener en tu vida a aquellos que quieres y que te hacen bien.

Me quedé mirándola y hasta sentí la necesidad de decirle que yo igual empezaba a sentir por ella algo más que un amor fraternal. Me callé y me limité a mirarla. Tampoco quería precipitarme; lo que habíamos vivido durante aquellos días era muy intenso y quizás tuviera que ver con que me sintiera así, quizás no fuera más que un espejismo.

Alison reía y le echaba mano al cubo de las chuches.

—Señorita, una sola, quieta—le indicó su madre mientras ella se guardaba dos.

—Te he visto, a la niña le podrás dar coba, pero a mí no me la vas a dar, como comprenderás a mí no me la vas a dar.

—Calla, calla, no seas chivato—Rio ella.

—No lo seré si compartes conmigo.

—Está bien, está bien, compartiré y también te daré algo que es tuyo.

Se fue a su dormitorio y sacó un envoltorio que tenía guardado con mimo, a juzgar por su cuidado estado.

—¿De qué se trata? —le pregunté.

—Míralo tú.

Lo abrí y me encontré allí las joyas de mi madre, algo que hizo que mis lágrimas pugnaran por salir de mis ojos.

—Dijiste que eran tu seguro de vida.

—Pero ahora sé que no lo necesitaré. Yo no debí llevarme esas joyas que tanto significan para ti. Y digo para ti porque sé que William pasa de todo.

—Él preferiría hacerlas dinero, sé lo que digo.

—Y tú las conservarás para siempre. Pase lo que pase las joyas deben quedarse contigo. También te devolveré el dinero.

—A mí no me tienes que devolver nada porque ese dinero era de mi padre y, por tanto, también es de mi hermana.

—Pero yo no quiero quedar como una ladrona. Ahora que sé que no tendré que huir más puedo trabajar, a mí me gustaría trabajar.

—Trabajarás conmigo en los viñedos—le indiqué.

—¿Cómo? ¿Me estás ofreciendo un trabajo?

—Pero no un trabajo cualquiera, has demostrado astucia, inteligencia y, por encima de todas las cosas, honradez y lealtad. Podrías haberle hecho mucho daño a mi padre, por ejemplo, contando tu historia en televisión. Mi padre era un hombre de negocios conocido, los medios se habrían mostrado encantados de hacerse eco de ello, soy consciente.

—Yo no buscaba nada de eso, tampoco soy ambiciosa, no quiero más que aquello que le corresponda a tu hermana por ser una Morrison.

—Te quiero trabajando conmigo, ¿vale? Lo acabo de decidir cuando he visto el paso que has dado con las joyas.

—No sé si estaré a la altura, yo nunca he hecho…

—Tú estarás a la altura de cualquier trabajo y más que yo te enseñaré los entresijos del negocio, ¿qué pasa? ¿Ahora te echas para atrás?

—No, no es eso, es solo que todo esto me está apabullando un poco, son muchas cosas que digerir a la vez.

Entendí que estaba un poco sobrepasada, de modo que me guardé para mí las ganas que tenía de besarla. Algo estaba cambiando en mi interior, pues fue verla esa mañana y notar que el corazón me daba un brinco.

Yo esa sensación no la había tenido antes, nunca me pasó con Lysa ni con ninguna otra. Y, desde luego, jamás pensé que pudiera pasarme con Iria, la mujer por la que injustamente solo sentí desprecio durante todos aquellos años.

La niña nos miraba como si pudiera entender lo que estaba

sucediendo, dando palmitas.

—Qué contenta está, ¿verdad?

—Y más que lo estará, porque volvemos a su casa…

—¿Nos llevarás a tu casa de California?

—No es mi casa, es la casa de todos.

—Pero también de William y, por ende, de Lysa.

—Cuando llegué a España no sabía lo que haría con ellos e incluso te confieso que pensé que los dejaría allí y me mudaría yo, pero va a ser que no.

—Es que tú has trabajado como nadie en los vinos de la familia.

—Exacto, mientras William se tocaba el ombligo y, ya de paso, se tiraba a la que era mi mujer. Muy bien, pues ellos serán los que salgan de allí.

—¿Y si se niegan?

—Yo tengo mucho poder en la empresa, no en vano soy el que conoce todos sus tejemanejes. Solo sé qué tuerca tocar y mi hermano moverá el culo hacia la calle, eso te lo puedo garantizar.

—Pero yo no quiero hacerle daño a nadie.

—Nadie habla de hacer daño, sino de hacer justicia.

Capítulo 20

Comenzamos a preparar la vuelta a casa. Dos días más tarde de todo aquello ya casi lo teníamos todo preparado y yo me sentía ilusionado.

En mi interior, y contra todo pronóstico, comenzaba a sentir cosas por ella, comenzaba a sentir por esa mujer cuya vida al lado de mi padre habría sido todo un calvario.

Resulta sorprendente pensar que a veces puedes no conocer a aquellos en quienes más confías y que, por el contrario, puedas llegar a querer a quienes te generaban la mayor de las desconfianzas.

Lo tenía todo preparado para la vuelta a casa. Ni siquiera había advertido a William ni a Lysa de que me volvía y de que lo hacía con ellas dos. Era tal el asco que me daban que pasé olímpicamente, ya se encontrarían con la sorpresa.

No obstante, fue Jenna o Alma, como queramos decirlo, quien nos dio la noticia, llamando a Iria.

—Cariño, por fin todo irá bien, Archie se está despertando.

—Ya las cosas van bien, pero esa es la mejor noticia que me podrías haber dado.

Iria tenía mucho interés en que yo mantuviese esa conversación con Archie para que creyera a pies juntillas cuanto me había contado. A mí en realidad ya no me hacía falta, aunque era evidente que ese hombre podría darme todavía muchos más datos referentes a quién fue verdaderamente mi padre, ese otro hombre al que yo no conocía de verdad, eso estaba claro.

Colgó el teléfono y me dio la noticia.

—Por fin podrás creerme, Nathan, por fin—Sus ojos se llenaron de lágrimas.

No soportaba verla sufrir más, no desde aquella noche en la que comprobé hasta qué punto las pesadillas la asaltaban de madrugada, recordándole un duro pasado que jamás debió vivir.

Me fui hacia ella y la tomé por los hombros.

—Iria, pero si yo ya te creo. Y no solo eso—En ese momento no me contuve, fue la primera vez que no lo hice, besándola.

Se quedó inmóvil, totalmente paralizada.

—Nathan…

—No sé si me he precipitado y, si es así, te pido disculpas, pero es algo que tenía ganas de hacer desde hace días.

Esperaba su reacción y esta no pudo gustarme más.

—Pues menudo sorpresa, porque yo estaba deseando que lo hicieras…

Sus labios se unieron a los míos y nos dimos un beso de película. Jamás habría podido imaginar que un beso significase tanto para mí y,

encima, la verdadera sorpresa era con quién me besaba.

Todo había estallado por los aires, pero, contrariamente a lo que pudiera parecer a priori, para bien.

La niña llegó a nuestro lado y se rio, poniéndose la manita delante de la boca.

—¡Yo a esta mona me la como! —exclamé mientras salía corriendo detrás de ella, quien pedía socorro.

Era realmente divertido estar con ambas y, si algo notaba yo, es que desde que convivía con las dos el carácter me estaba cambiando para bien. Incluso cuando todavía tenía mis muchas dudas sobre la versión que me dio Iria ya me notaba más contento, más libre, como si estuviera estrenando una nueva versión de mí, más desinhibida y fresca.

Nos quedaba por preparar el equipaje y ella estaba bastante nerviosa. Volar hasta casa no sería fácil con su identidad real, puesto que la detendrían ipso facto en cuanto la enseñara en el aeropuerto.

La burocracia es complicada y teníamos todas las papeleteas de que nos retuvieran en España mucho más tiempo del debido si tratábamos de dar explicaciones de lo que realmente ocurrió.

Lo mejor sería que volara con una de sus otras identidades y, ya en casa, habláramos con el juez para que todo volviera a su sitio. Yo la tranquilicé al máximo porque todo saldría bien, no me cabía la más mínima duda, siempre le había resultado y también le resultaría ese día.

Aunque pueda sonar chocante, me costaba un poco despedirme de aquel lugar. Yo, un gran empresario de vino de California, me sentía

más que a gusto en un pequeño pueblecito perdido en la sierra segoviana, pero es que allí había encontrado algo que no tuve en mi tierra; verdad y amor.

Entre ambos preparamos el equipaje y entonces llegó el momento de despedirnos de la señora Carmen, esa mujer tan amable que nos había ayudado en todo lo que le fue posible.

—Señora Carmen, nos vamos, pero que sepa que nos la llevamos a usted en el corazón—le dijo ella.

Por momentos me daba cuenta de que la imagen de frívola que siempre tuve de Iria solo existió en mi cabeza. Si de algo podía presumir ella, aparte de belleza, era de humanidad.

—Hija, me da mucha pena que os vayáis, prométeme que volveréis a ver a esta vieja antes de que se muera.

—Por supuesto, señora Carmen, pero para eso faltan muchísimos años, si con este clima no se puede uno morir, aquí tienen el aire más limpio que hayamos respirado jamás.

—Y entonces, ¿por qué no os quedáis? ¿Es porque este buen mozo tiene que volver a su tierra?

—Allí tiene muchos viñedos, señora Carmen, y debe atender su negocio.

—Madre mía, eso debe ser algo así como lo de “Falcon Crest”, ¿no? Que era una serie de una señora muy mala y muy rica que vivía rodeada de viñedos.

—Bueno, otra versión, pero sí.

—Pues nada, hija, cuando volváis a verme, a ver si me traéis una botellita de vino del bueno y otra cosa, a ver si también ya venís casados como Dios manda.

—Entonces, ¿usted sabía que no éramos marido y mujer?

—Pues claro, cariño, ¿dónde están las alianzas? Ahora es que vale todo y eso no debería ser así, si te quiere que te pida matrimonio el ricachón este.

Me eché a reír y pensé que como tuviera que explicarle por todo lo que habíamos pasado perderíamos ese avión y también el siguiente. Daba gusto dar con gente buena y eso era algo que yo apreciaba muchísimo.

Nos fuimos hacia el coche y metí el equipaje en él. Ella sostenía a la peque y le decía “que por fin nos vamos a casa”. La cría parecía entenderla porque se mostraba de lo más feliz.

A mí la estancia en España me había sorprendido muchísimo. Llegué a ese país hecho polvo y me iba de él con mi hermana y con un amor incontenible; el que comenzaba a sentir por su madre.

Yo no sabía mucho sobre los plazos del amor porque concluí que nunca me había enamorado, al menos no como me estaba ocurriendo con Iria.

Subimos al coche y entonces me sobresalté terriblemente al ver cómo un hombre, al que reconocí rápidamente, se abalanzaba sobre el capó.

—Jesús, ¿te has vuelto loco?

Se llamaba así y era uno de los padres que había estado recogiendo caramelos con nosotros en la noche de Halloween, uno de esos

madrileños con casa en el pueblo.

—¡No te muevas, Nathan, deja las manos donde pueda verlas! —exclamó, dejándome ojiplático.

—¡La hemos cagado! —soltó Iria.

—Tranquila, cariño, debe tratarse de algún error.

—Poco error—Movía ella la cabeza hacia un lado y hacia otro.

Jesús se fue para su ventanilla y le indicó que la bajase.

—Iria Morrison, quedas detenida por el secuestro de Alison Morrison —le espetó y yo me eché las manos a la cabeza.

—Estás cometiendo un error, Jesús, un grave error.

—El error es tuyo, también deberás explicarle al juez por qué llevas días conviviendo con la mujer a la que denunciaste y secuestró a tu hermana. Desde aquella noche me rondaba la cabeza que yo había visto su foto en algún sitio, hasta que hace un rato, ¡bingo! Supe quién eras, he vuelto a toda leche de Madrid para detenerte, Iria.

—Pues ya te podías haber dado menos prisa, tío, porque es toda una cagada. Nos equivocamos todos y yo el primero.

—¿Cómo que te equivocaste? A mí ahora no me vengas con esas, se lo explicas al juez.

—¿También estoy detenido?

—No, tú puedes quedarte con la niña, pero será cuestión de horas que tengas que declarar, así que ya puedes ir echando mistos para Madrid,

colega.

—¿Y ella? ¿Qué sucederá con Iria?

—A ella sí que me la llevo detenida—Sacó las esposas.

—No creo que vayas a hacerlo, sabes que no es necesario.

—No, precisamente tú la definiste como una escapista profesional, si te has creído que voy a dejar que me la juegue de aquí a Madrid vas listo.

Ella me miró con el llanto en el rostro y yo me sentí el más miserable de los mortales. Yo la había metido en ese lío y me tocaba sacarla.

—Te prometo, cariño, te lo prometo, que en nada estarás fuera, en cuando le dé las explicaciones al juez.

—Aquí la gente dice que las cosas de palacio van despacio, eso significa que la burocracia es lenta—Las lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Pues yo te prometo que en este caso no sucederá así, ahora mismo me encargaré de que te represente el mejor despacho de abogados de todo Madrid.

—Y luego hay quien dice que la justicia es la misma para todo el mundo, hay que joderse—comentó él mientras la esposaba.

—¿Tú no harías todo lo que estuviese en tu mano para que tu mujer quedase en libertad?

—Yo es que, para empezar, no sé a qué coño estáis jugando, porque a mi mujer no la denunciaría en la vida, creo que me estoy explicando.

No podía acusarlo de que la situación diera lugar a cualquier tipo de engaño, porque así era, las cosas como son. Antes de irse con él, en su coche, Iria me besó.

—En unas horas te habrán puesto en libertad, ya lo verás.

—No me falles, te lo pido por favor, no te vayas con la niña sin mí.

—¿Es que tú crees que nosotros nos podemos marchar a ninguna parte sin ti? —Le di un abrazo y un beso enorme.

Mientras el coche avanzaba por la carretera, ella no nos quitaba ojo de encima. Alison me miraba sin entender y la llamaba.

La señora Carmen, que sería muy buena y muy santa, pero también algo cotilla, salió corriendo a la calle.

—Por Dios bendito, ¿qué es lo que ha pasado con esta mujer? ¿Ha echado a arder los viñedos esos de California?

—Nada de eso, señora Carmen, la necesito.

—Lo que tú digas, hijo mío, pero si yo te ayudo, tú te casas con ella, es la condición que te pongo.

Me eché a reír porque la señora era de armas tomar.

—Necesito que se venga conmigo a Madrid.

—¿Yo? Pero si no he ido a Madrid más que una vez y el rey emérito tendría el tamaño de un muñeco del futbolín, muchacho.

—Pues ya es hora de que vuelva. Necesito alguien de confianza que

cuide de Alison mientras yo saco a su madre de un aprieto.

—En un aprieto ya he visto yo que está, ¿sois espías o algo? Ya me extrañaba a mí eso de tanto vino y que no me hayáis traído ni una botellita.

—Si hemos caído aquí de casualidad, mujer, yo haré que le envíen un cargamento de botellas.

—No, no, que soy muy sentimental, me las traéis vosotros.

—Trato hecho, pero usted se viene ahora a Madrid, ¿estamos?

—Estamos, pero que sepas que yo no me quito las zapatillas de paño, que voy la mar de abrigadita.

Le miré los pies a la señora y pensé que no se podía tener más arte.

—¿Y tiene que ir con ellas?

—Por supuesto, además que son gloria bendita para los juanetes, tan blanditas.

—Pues corra a echar el cerrojo, que nos vamos.

—¿Y cuánto tiempo vamos a estar? Yo lo digo por si tengo que echarle de comer a las gallinas.

—Tranquila, que mañana a más tardar estaremos de vuelta.

—¿Hasta mañana? Espera que les echo, que las gallinas tienen fama de ser… bueno igual tú no sabes ni de lo que tienen fama, pero que aparte de darle al molinillo también comen, ¿sabes?

Capítulo 21

—Pero vamos a ver, ¿esa chica qué ha hecho para que la detengan? Si resulta que tiene una cara de angelillo que no puede con ella, alma de cántaro—me preguntaba la señora Carmen camino de Madrid.

—Es una historia muy larga, de veras que no podría contársela ahora mismo.

—Mira que tiempo tenemos, será porque tú no le quieras dar al pico, que yo estoy la mar de a gusto en este coche. Lo único que necesito es ponerme bien el refajo, que se me ha torcido, pero por lo demás no me he visto en otra en mi vida, ¿de dónde viene ese calorcito tan bueno?

—Es la calefacción de los asientos, señora.

—Pues qué alegría de calefacción, hijo, me va a poner la almeja al vapor, lo mismo así tengo suerte y le mete uno mano, que no te imaginas la de tiempo que llevo yo…

—Eso tampoco es necesario que me lo cuente, señora Carmen.

—Menos mal que estás para mojar pan, porque si no me preguntaría de qué se ha enamorado esa niña; no me cuentas nada, no dejas que te lo cuente yo, así las cosas no fluyen…

Me eché a reír, pese a las circunstancias, porque la señora no podía ser más graciosa, además de ese aspecto tan peculiar que tenía.

—Es que de veras que es muy complicado de explicar.

—Pues inténtalo que una no es tonta. De chica fui al colegio, ¿eh? Hasta que me enseñaron las cuatro reglas, que son sumar, restar…— empezó ella a contar con los dedos—, aunque para reglas las que sacaban y te daban con ellas unos reglazos en los dedos que flipabas. Casi igual que los niños de hoy, que todavía no los has mirado y ya están llorando.

—Ya, ya, señora, si yo no digo que a usted le falte inteligencia, por Dios…

—Claro, las tontas son las gallinas, además de que tienen fama de otras cosas.

—Yo es que eso de la fama de las gallinas no lo he escuchado en mi vida.

—Pues esa es una animalada de esas machistas que dice que las gallinas son un poco pilinguis, ya ves tú, no sé qué clase de anormal lanzó ese bulo.

—Pues uno que tenía un garrote en la mano, eso seguro.

—Eso es, las gallinas sí que son un poco tontas, porque las hipnotizas en un periquete, pero nada más. El asunto es, ¿por qué estamos hablando de las gallinas?

—Pues no lo sé, creo que ha empezado usted.

—Ah, ya me acuerdo, porque yo no soy tonta, ya me lo puedes contar o me bajo y no te hago de canguro.

—Es que yo no sé ni por dónde empezar.

—Pues por el principio, chaval, por el principio. Y habla claro, que a veces parece que tienes un polvorón en la boca y estás tratando de decir "Zaragoza", vocaliza.

—Es que soy de California, señora Carmen.

—Y te repites más que el ajo, porque eso ya lo sé, ¿y qué tiene que ver?

Parecía que cada vez que hablaba sentaba cátedra, cualquiera le llevaba la contraria.

—Es que resulta que yo al principio no podía ver a Iria, ¿sabe? Ahora lo lamento tanto.

—¿Y eso por qué? ¿Tenías gafas de culillo de vaso como la Vicenta? Pues te han dejado la vista genial, ¿dónde te han operado? Le voy a decir que vaya ella, que el otro día confundió al semental de la Alfonsa con su marido y el animal tuvo que volar, aunque yo creo que le convino confundirlos.

Iba a llorar yo de la risa con esa mujer, no había escuchado nada igual en la vida. Además, que había cogido carrerilla y no callaba.

—No, no es eso, es que le tenía mucho coraje a Iria porque ella se casó con mi padre.

—Qué mala lengua, y luego dicen del Israel el de "Pesadilla en el Paraíso", ¿cómo vas a decir que la muchacha se casó con tu padre con

lo monísima que es?

—Pues se casó, sí.

—Pero si tu padre a su lado debía parecer la momia del Tutankamón ese…

—No, no crea, que mi padre no era tan mayor y era un tipo muy atractivo.

—Arsa, cómo se nota que se pondría buenas cremas. En el pueblo, a partir de los noventa, están para el arrastre.

—¿Con noventa? Normal, es que ya es una edad.

—En la flor de la vida estamos las mujeres a esa edad, que parecemos mozas. La Eustaquia ha cumplido ciento cinco el sábado y se levanta la primera cada mañana para ordeñar.

A mí los ojos cada vez se me abrían más. Todo lo que me contaba esa mujer era increíble.

—Pues mi padre era un hombre joven todavía, pero ha muerto de…

—No me lo digas, la Iria lo ha matado a polvos, eso está cantado. Y yo que me alegro, por viejo verde.

—No, mujer, que no ha sido así.

—¿Y tú qué sabes? ¿Estabas allí sujetando la vela?

—No, pero que cuando él ha muerto ya ella no estaba allí.

—Normal, había cogido el pescante, estaría hasta el higo del viejo

verde, ¿quién le manda a la niña meterse en ese berenjenal?

—Pues eso, que yo pensaba que era por su dinero.

—No creo, ni por todo el oro del mundo se habría casado esa criatura con un viejo, las españolas no somos así, ¿tú no has escuchado eso de que "la española cuando besa es que besa de verdad"? ¿Tú quieres que yo te haga una demostración práctica?

—No, señora, por lo que más quiera—Tuve que tirar de freno y echarme a la cuneta porque creía que me violaba allí mismo. Hasta la peque se echó a reír, como si entendiera la situación.

—Qué arisco, niño, yo creí que los de por ahí teníais la mente más abierta, con eso de que os montáis en los toros y…

—Señora, esos son los que participan en los rodeos, y no tiene nada que ver con la apertura mental, que se limitan a montar y punto, no hay más…

—Vale, vale, ¿pues qué pasó con la Iria y el carcamal?

—Lo demás es muy triste, si a usted no le importa, vamos a omitirlo.

—Vale, pero si dejas a la Iria en buen lugar, que seguro que ella no hizo nada.

—Eso es verdad, solo que yo entonces no lo sabía.

—Ya, y tenías la mente sucia, como todos los tíos. Y la vida te ha dado en todos los hocicos, como está mandado.

Cada vez que esa señora abría la boca yo es que me tronchaba, no había conocido una forma de hablar más graciosa en mi vida.

Llegamos a Madrid y dejamos el coche en un parking en las inmediaciones de la comisaría donde estaba Iria. Yo ya me había puesto en contacto con el mejor despacho de abogados de toda la capital y uno de sus socios ya me esperaba en la puerta.

Llegué y la señora Carmen se bajó con Alison poniéndose la mano como visera y echando un vistazo a todo aquello.

—Madre mía, cómo se ha puesto Madrid. Para mí que no tiene nada que envidiarle a Nueva York.

—Nada, señora, nada.

El abogado la miró y ella lo miró a él, a la par que un chico que pasaba decía algo que le causó la risa.

—¿Qué le ha dicho, Enrique? —le pregunté al abogado.

—Le ha dicho "Dai prisa, dai prisa", porque es igualita a la abuela de la fabada, pobre mujer, que ya murió.

—¿A quién?

—Mira, déjalo, vamos a ponernos de acuerdo en lo que tienes que decir; dado que ha cambiado totalmente tu versión respecto a los hechos es más que probable que el juez la ponga en libertad mañana mismo si pongo toda la carne en el asador.

—¿Mañana? Pero eso no puede ser, ¿cómo se va a pasar Iria la noche en el calabozo?

—Estabas dispuesto a que se pasara muchos años entre rejas, no sé de qué te sorprendes ahora.

—Y tienes razón, pero es que el cuento ha cambiado mucho, ha cambiado tela.

—Que se han ennoviado, chaval, que la Iria se enamoró primero del padre y ahora del hijo, solo le falta enamorarse del Espíritu Santo a la jodida, no deja títere con cabeza, unas tanto y otras tan poco—se quejó la abuela.

—Voy a entrar en las dependencias policiales con Enrique, señora Carmen, me hace el favor y me espera con la niña en un bar o algo.

—¿En un bar yo sola? A ver si se van a pensar que soy una pelandrusca. No, yo te espero en un parque.

—Pero en un parque le resultará muy cansado, tenga presente que la niña echa a correr y no hay quien la siga.

—¿La mica esta me va a ganar a mí? No te lo has creído ni tú, ¿tú me ves las zapatillas de paño? Pues con estas les gano yo las carreras a los galgos en el pueblo, que lo sepas.

Me tenía que doblar en dos de la risa con ella, no me podía reír más.

Entré a declarar y allí pude ver a Iria, llorosa y demacrada.

—No te preocupes, cariño, Enrique dice que de mañana no pasa que estés en libertad.

—¿Hasta mañana? Es que no quiero ni pensarlo, esto es un infierno.

—Mujer, tampoco es la prisión de Azkaban de Harry Potter, que son los juzgados de Plaza de Castilla—le comentó nuestro abogado.

—Yo te entiendo, cariño, pero has de tener un poco de paciencia. Enseguida estaremos volando a California.

—Ya me veo allí entre los viñedos y es que necesito dejar todo esto atrás, lo necesito.

—Pues yo lo que necesito es agenciarme a un ricachón que esté tan bueno como este—le comentó una chica con aspecto de prostituta que entró en ese momento y que también parecía tener tela de arte.

La pasaron enseguida a disposición judicial y el juez me escuchó.

—Es la historia más rocambolesca que he escuchado en mi vida, pero si usted quiere retirar la denuncia y creer en la palabra de esta mujer está en su derecho. Ahora bien, se trata de un asunto un tanto particular debido a la intervención de las autoridades estadounidenses y es más que probable que las cosas se compliquen.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que las cosas no son tan sencillas y que puede que deba permanecer en prisión hasta que el asunto se aclare.

Me quedé que las piernas no me aguantaban y eso que estaba sentado y no digamos ya Iria que lloraba a mares. Miré a Enrique y negó con la cabeza.

—Mañana estará en libertad, me apuesto contigo lo que quieras.

—Lo de la apuesta vamos a dejarlo, bastante es ya con lo que te pago.

No me dolía en absoluto gastarme el dinero en su defensa, es más, me habría dado igual quedarme sin todo lo que tenía con tal de salvarla, pero era indiscutible que sus honorarios eran muy altos, de modo que

ojalá estuvieran justificados y ella quedara en libertad en nada.

Salí del juzgado y me fui a buscar a la señora Carmen al parque en el que estaba con Alison. Cuando llegué la estampa era para mondarse porque esa mujer estaba tirada en el suelo pintando algo con una piedra.

—¿Qué hace usted'

—Que voy a jugar con la niña al tocadé, que los niños de ahora están agilipollados, no saben más que de consolas, pero a esta te la espabilo yo. Y si me la dejas una semanita en el pueblo, acaba ordeñando mejor que la Heidi.

—No, no es necesario. Y déjese de jueguecitos, que ya nos vamos.

—Qué lástima, con lo bien que nos lo hemos pasado jugando al elástico, ¿verdad Jalison?

—Se llama Alison, señora.

—Pues eso, la Jalison, que se lo ha pasado que no veas.

—¿Y dice que han jugado a qué?

—Al elástico, en Estados Unidos es que solo sabéis subiros en lo alto de los toros, animalitos, pero aquí se juega al elástico, o se jugaba, que ahora con tanto marcianito…

—Señora, las consolas ya no vienen con juegos de marcianitos…

—Pues con lo que puñeta sea, antes jugábamos al elástico y así tiene una las piernas de saltar. Mira, mira qué piernas.

—Bueno, pues ya nos vamos, recoja el mantel ese que se ha dejado en el suelo.

—¿Qué mantel?

—Ese blanco…

—Esas son las bragas, chaval, ¿de dónde te crees que ha salido el elástico? Pues no ves lo hermosa que está una, que las carnes son salud…

Capítulo 22

La tarde anterior había dejado a la señora Carmen en su casa. Se suponía que esa mañana pondrían en libertad a Iria, por lo que ya no la necesitaría más.

La noche había sido muy larga. Me la imaginaba sola, en la frialdad de un calabozo y me sentía de lo más culpable por haberla metido en aquel marrón.

Los últimos años para Iria no habían sido fáciles y yo sentía unas inmensas ganas de compensarla por el mucho daño que le había hecho mi padre y por lo mucho que yo también la había perjudicado, aun sin querer.

Esperé en las puertas de los juzgados y Enrique no tardó en salir con ella.

—Te dije que lo lograría y lo he logrado, para ello he tenido que esquivar distintos escollos, la minuta no será barata, Nathan.

—Me da igual, Enrique, me da igual. Muchas gracias…

Me fui hacia ella y la tomé en brazos. Iria estaba de lo más contenta después de los momentos tan espantosos que había pasado.

Esa misma noche viajaríamos a California, yo lo tenía todo previsto. Las ganas eran tan grandes de llegar y de tomar posesión de lo que era nuestro…

El vino había sido mi vida hasta ese momento, aunque ya tenía claro que dos amores estarían por encima de él; el que sentía por Alison y por Iria.

Ni siquiera había hecho todavía el amor con ella y ya sentía que lo hacíamos con los ojos.

—Por fin estoy libre, Nathan, y gracias a ti.

—Yo te metí en el lío y yo te he sacado, era lo mínimo. Además de que esta pequeñina no para de preguntar por su mamá, no te lo puedes ni imaginar.

El vuelo de regreso no pudo ser mejor, con ellas a cada uno de los lados. Les daba las manos a ambas y se las apretaba fuerte.

—Qué distinto todo a como lo había previsto, nada que ver— murmuraba.

—Pero ¿estás feliz' ¿Tú estás seguro de que es esto lo que quieres?

—Yo no he estado más seguro de algo en toda mi vida, ¿eso lo puedes entender, preciosa?

—Cómo no lo voy a entender, si a mí me pasa lo mismo.

—Quiero una vida contigo, tendrás la vida que siempre deseaste en el mismo lugar, solo que con otro Morrison.

—Yo solo quería una vida de amor, saberme querida, eso era lo único

que quería.

—¿Sabes que Archie ya está consciente? Dicen que tiene ganas de hablar conmigo, le han llegado campanas.

—Es un buen hombre, no le culpes por haber callado muchas cosas, no sabes lo mucho que me ha ayudado. De no haber sido por él, que preparó el terreno para que yo pudiese huir de esa casa, quizás mi destino habría sido otro muy distinto.

—No le culparé de nada, ni siquiera tengo la necesidad de ir a hablar con él.

—Pero yo sí que la tengo. Ahora sé que me crees y, aun así, necesito que sea otra persona quien te confiese de viva voz quién era tu padre. Soy consciente de que la realidad es muy dura en tu caso, pero es la realidad y eso es lo que cuenta.

—A mí ya se me ha caído la venda de los ojos. Siempre viví conforme a lo que él me enseñó, siempre fui su sombra, su hijo, sí, pero también su hombre de confianza y he llegado a pensar que hasta…

—¿Hasta qué? Dilo, las cosas malas pierden fuerza cuando se verbalizan.

—Pues que hasta su marioneta, hasta eso.

—No, tú no has sido la marioneta de nadie, tú solo confiabas en él, no es un pecado confiar.

—No, supongo que eso no lo es.

—Pues entonces me haces el favor y no te atormentes, ¿vale? No tienes por qué hacerlo, no hay ninguna razón…

Ella me besó y yo le devolví uno y mil veces.

—Te prometo que jamás, nunca, volveré a ver por los ojos de nadie.

—¿Ni siquiera por los míos? —bromeó.

—Bueno, puede que por los tuyos sí, pero solo porque son los ojos más bonitos del mundo junto con los de la señorita "Jalison".

—Así que la señora Carmen te dio tela, ¿no? ¿Cómo se te ocurrió llevártela para Madrid?

—Porque necesitaba una persona de mi confianza que me acompañase…

—Y se tomó, se tomó confianzas…

—Como que la devolví enseguida al pueblo porque no me atreví a llevarla al hotel.

—Esa mujer es la bomba, tenemos que enviarle un cargamento de vino cuando lleguemos.

—Sí, sí, borracha sí que debe ser la bomba, pobre del que coja.

Charlamos mucho, pero también descansamos bastante. Los últimos días habían sido duros y acumulamos mucho cansancio.

Al llegar a California sentí que por fin estábamos en casa y que allí nada malo nos podría ocurrir. La pesadilla se había terminado y de la forma más imprevista posible. Jamás habría imaginado que aquello pudiera tener tal final, un final feliz que habría de coger por sorpresa también a todos aquellos que nos conocieran.

Capítulo 23

Nos fuimos directamente para el hospital y Archie nos vio entrar juntos.

—Dichosos los ojos que os ven, ¿me he muerto y ya estoy en el cielo?

—No, Archie, amigo, es solo que estamos juntos; Iria y yo lo estamos.

—Madre mía, quién lo diría, ¿cómo lo has sabido?

—¿Que es una mujer que merece la pena? Pues prestando atención e intuyendo que me decía la verdad, así.

—Supongo que te habré defraudado y que ya no querrás que sea tu abogado, puedo entenderlo.

—¿Y perder al único hombre que conoce los entresijos de la empresa como yo? Ni en sueños pienses que te vas a librar de mí, ¿cómo estás, amigo? —Le di un abrazo.

—Peor que tú, ¿y la niña?

—Jenna, digo Alma, nos recogió y está abajo con ella. Hemos venido directos para verte, ni siquiera hemos pasado por casa.

—Ya me han contado que William y Lysa esperan un niño y ahora te veo entrando con Iria, no entiendo nada, ¿cuánto tiempo he estado fuera de combate?

—No tanto, amigo, solo que ha sido muy intenso, eso sí.

—Y tan intenso, qué barbaridad, chaval, qué cosas más raras pasan…

—Estoy con Iria porque ya sé la verdad y, porque estando con ella, me he…

—Dilo, te has enamorado de ella, se te ve en los ojos. Te conozco desde que eras un niño y esta es la primera vez que te enamoras.

Ella se encogió de hombros, feliz de que alguien más avalara su tesis de que nunca estuve enamorado de Lysa.

—Tienes razón, lo que he sentido estos días no lo había sentido antes y se llama amor. Aunque también he sentido otras cosas, Archie.

—Ya las supongo; frustración, desesperación… Si estás con Iria es porque ya conoces la cruda realidad; tu padre fue un maltratador.

—Lo sé, lo sé, me cuesta hasta dormir cuando lo pienso. Joder, si yo lo he venerado como a un Dios.

—Doy fe de que así fue, pero Matthew Morrison no se veneró más que a él mismo y solo a él.

—¿Siempre fue así, Archie? Necesito saber la verdad.

—¿La verdad de lo que ocurrió con tu madre? Pues te va a escocer…

—Lo sé y aun así necesito saberla.

—Pues fue igual que con Iria, primero le mostró una cara de caballero adulador que enamoraría a cualquier mujer. Y después sacó la mano a pasear en cuanto tuvo la primera ocasión.

Los ojos de Iria se llenaron de lágrimas; eran lágrimas de pena, de rabia, de ira, de todo un poco…

—Preciosa, sal si quieres, no tienes por qué escuchar esto.

—Yo te he dicho que quería venir y no me iré ahora.

—Tienes dos ovarios bien puestos, pequeña, los tienes…

Aunque tenía mi edad, la veía como si fuera pequeñita en el sentido de que me encantaba protegerla, si bien Iria me había demostrado ser muy grande, increíblemente grande.

—Prosigue, por favor, Archie.

—Tu madre no tuvo el valor de Iria para abandonarlo, ese fue el problema. Si lo hubiera hecho, hoy seguiría con vida. Ella esperó a que él cambiase, porque no hace falta decir que tu padre le prometió cambiar y que no lo hizo.

—Miserable…

—Aquel día habían discutido y yo la vi salir muy atolondrada. Quise seguirla, pero ella no me lo permitió. Cuando discutía con tu padre solía marcharse a llorar sus penas a solas, no consentía compartirlas con nadie.

—Pobre…

—Sí, el accidente ocurrió porque ella no estaba en sus cabales, sino que estaba como ida. Yo la había visto así más veces, ojalá hubiera podido prever que esa era la última para evitarlo, ojalá.

—No podía ser, ¿cómo ibas a saberlo?

—De haberlo sabido yo la habría protegido, yo…

—¿Tú la querías? —le pregunté de pronto porque me lo revelaron sus ojos.

—Sí, por desgracia para mí yo llevaba mucho tiempo enamorado de tu madre y, sin embargo, no se lo llegué a confesar nunca por cobardía.

—Joder, ¿y cómo te quedaste al lado de él después de eso?

—¿Te digo la verdad? En principio me quedé por venganza, mi idea era que pagara por lo que hizo. Incluso ideé distintas maneras de dejarlo sin blanca, de que fuera un tipo corriente y moliente, que habría sido su peor castigo… Sin embargo, después no tuve el valor. Cada vez que tenía previsto dar el paso, él me recordaba lo mucho que le suponía mi lealtad y yo no era capaz de clavarle el cuchillo por la espalda… Al menos hasta que apareció Iria.

—Ya, porque a ella sí que trataste de avisarla.

—Sí, en cuanto me di cuenta de que podía estar maltratándola me alié con ella. Yo mismo la animé a que se fuera lejos, a que no mirara atrás. Si te digo la verdad, lo hice por ella, porque no quería que sufriera, pero también como castigo hacia él; perder a su mujer y a su hija lo llevaría a la tumba, más cuando yo ya sospechaba que podía estar enfermo.

—¿Tú lo sospechabas ya por aquel entonces?

—Sí, él me confesó que estaba asustado, que no quería ir al médico. Siempre pensó que estaba por encima de todos, incluso llegaría a pensar que podría burlar a la muerte llegado el momento, pero ella lo estaba esperando. Lo siento mucho, Nathan, pero yo me alegro de que tu padre esté muerto y de que no pueda hacerle daño a ninguna mujer más.

Cuanto más avanzaba en el relato, más lloraba Iria.

En cuanto terminó, le agradecí su sinceridad a Archie y la invité a marcharnos de allí.

—Si no quieres que vivamos en la que fue su casa, me lo dices. Supongo que debes odiarlo mucho…

—En el fondo no, le tengo pena porque no sabía querer y eso es una desgracia. Viviremos allí porque tú te has criado en esa casa y la consideras tuya. No consentiremos que su recuerdo también nos haga daño, ya hemos llorado todo lo que teníamos que llorar por él, ¿no te parece?

A mí me parecía todo lo que a ella le pareciese, yo solo quería que fuera feliz, que por una vez alcanzara la felicidad y que pudiera encarar el futuro sin ningún dolor.

Capítulo 24

Llegamos a la casa y tanto a William como a Lysa se les salían las bolas de los ojos.

—¿Qué hace esta aquí? —me preguntó Lysa.

—La pregunta no es esa, ella está en su casa. La pregunta es qué haces tú todavía aquí.

—También sigo en mi casa, todavía soy tu mujer en papeles y, sin papeles, la de tu hermano.

—Te serviría como guion de cine, la gente a la que le gusta los líos estaría encantada.

—Voy a llamar inmediatamente a la policía para que la detengan.

—Te lo puedes ahorrar, Lysa, ya me han detenido en España y me han puesto en libertad, vamos un paso por delante—le explicó Iria.

—Y tanto que vais, ¿estáis juntos? Es lo más ridículo del mundo…

—Ridículo es que tú estés con William—le contesté yo—, aunque agradezco enormemente el que te hayas apartado de mi camino tú solita.

—¿Esto es un chiste? ¿Cómo vas a estar con esta tipa que nos jodió la vida a todos, empezando por tu padre?

—Mi padre fue quien se la jodió a ella…

—A ver, aquí la que debe joder de escándalo es ella, porque a ti te debe haber abducido con un par de buenas…—Hizo un gesto de lo más soez, indicando que a Iria el sexo oral se le debía dar de muerte.

—No te voy a consentir que la ofendas, bastante daño se le ha hecho ya en esta casa.

—¿Tú te has caído del avión y has sufrido daños irreparables en el cerebro?

—Yo opino igual que Lysa—intervino William.

—Normal, dormís juntos, la cagáis juntos…

—Esta tía le jodió a papá sus últimos meses de vida.

—¿Y me lo cuentas tú que te lo cargaste gracias a su falta de sensibilidad? Solo te faltó montártelo con Lysa delante de él.

—Yo jamás he querido protagonizar ningún circo, que conste—argumentó ella muy digna.

—Pues el mono ya lo tienes, tú verás. Mi hermano tiene las neuronas justitas para no cagarse encima y le gusta hacer monerías todo el día como a los chimpancés.

—¿Y tú eres el listo de la familia? ¿El que se está cagando encima de la memoria de papá solo porque una furcia se la haya chupado en

Madrid?

Lo derribé de un puñetazo. A mi hermano le tenía ganas, así que no me costó hacerlo.

—Ahí lo llevas…

—¡Imbécil! Me está sangrando la nariz.

—Anda, y ahora nos hemos quedado sin enfermera. Por cierto, que Jenna es familia de Iria, por eso la conocías. Te habías fijado en ella en la boda, como en todas. Lysa, te queda tela que tragar, pero lo vas a hacer en otro lado. Ahora mismo recogéis vuestras cosas y os vais de aquí.

—¿De nuestra casa? Ni Lysa ni yo nos iremos, eso ya te lo puedes quitar de la cabeza.

—Tú sabes que yo era el preferido de papá, ¿no?

—Claro, porque eras su chupaculos.

—No, porque era el único que miraba por el negocio y por esa misma razón tengo poderes que te dejarían sin un dólar en cuanto me diera la gana. Las finanzas de papá eran tan rebuscadas como él y me bastaría darle a un par de teclas para que todo el dinero pasara a paraísos fiscales y tú heredaras lo que viene siendo una mierda.

—No le harás eso a tu hermano, está esperando un hijo—me advirtió Lysa.

—Si no queréis comprobarlo, será mejor que no me pongáis a prueba. Si os vais de aquí ahora mismo no tendréis problemas económicos en lo que os queda de vida, pero ¡¡largo!! —les chillé.

—No nos vas a dar la mitad, no soy tonta—repetía ella.

—Por supuesto que no os daré la mitad, pero si no os vais ahora lo único que recibiréis será una patada en el culo.

—Esto lo vas a lamentar, Nathan, te juro que lo vas a lamentar. Mi hijo sí que será un Morrison de pleno derecho y no como la bastarda esa que, visto lo visto, al saber de quién será.

—¡Jamás, en tu puta vida, vuelvas a hablar así de Alison! Ella es hija de mi padre y yo la criaré como mía. Es más Morrison que todos nosotros juntos, ¿te has enterado? Y para vuestra información, Matthew Morrison, ese padre al que tanto quise no era más que un maltratador.

—¿Papá un maltratador? ¿Te lo ha dicho esa zorra?

William no esperó a que le diera otra después de preguntármelo, sino que salió corriendo.

—Ahí tienes al Morrison que has elegido, ¡bravo! Y gracias, Lysa, gracias por allanarme el camino y permitir que me enamorase de verdad.

—Eres un imbécil y un… ¡no sirves para nada! Estás amargado porque no has podido tener hijos y ahora calumnias a tu padre, yo ya no te conozco.

—Mi padre no era más que un depredador que estaba rodeado de hienas como tú y el gilipollas de mi hermano. Si vuelvo a saber de vosotros os veréis viviendo debajo de un puente, así que recoge lo que tengas en esta casa y, si te queda algo de dignidad, te la llevas también. Y asegúrate de que no os vuelva a ver más por aquí a

ninguno de los dos, ¿vale?

—Os juro que me las pagaréis, os lo juro.

William le hacía señas desde fuera, igual era para que le llevase papel higiénico porque se hubiera cagado encima, pero a mí me la traía al pairo.

Mientras Lysa recogía, yo me fui al despacho de mi padre, donde descolgué su retrato, el mismo que hice trizas a patadas.

—No quiero volver a ver tu rostro en mi vida—le aseguré cuando ya no se podía ver nada, cuando la cara de aquel maltratador se había desdibujado junto con el resto de sus rasgos físicos.

—Ya está, por favor, ya está—Vino hacia mí Iria, abrazándome.

—No quiero que vuelva a aparecer ni siquiera en nuestras mentes y mucho menos en tus pesadillas—le pedí.

—Y no aparecerá, y no aparecerá…

Capítulo 25

Era la misma casa, pero no lo parecía. El hecho de que no quedara ninguno de ellos la convertía en un lugar diferente, en un lugar que nada tenía que ver y en el que se respiraba paz por doquier.

Alison volvió a la que fue su habitación infantil, esa que quedó intacta desde el día que se marchó con su madre, y yo me instalé con Iria en las dependencias que siempre compartí con Lysa.

—Preciosa, podrás ponerlo todo a tu gusto, solo que ahora…

—Me da igual quien la decorara o quien durmiera aquí, lo único importante es que ahora lo haremos tú y yo, lo demás ya irá llegando.

No había tenido ocasión de disfrutar con ella todavía en la intimidad, por lo que mi cuerpo se estremecía solo de pensarlo.

Ni siquiera la había visto desnuda. Su cuerpo sin nada de ropa era para mí un enigma con el que ella enseguida acabó, al mostrármelo.

Me parecía tan increíblemente bonito que tuve que ahogar mis ganas de poseerla de inmediato, pues no quería que aquella primera vez la recordara como una más ni como una que nos tomamos a la ligera.

No miento si digo que saboreé cada uno de los momentos en los que

comenzó a ser mía, pues comenzó a serlo desde que nos miramos sobre aquella cama.

Conforme la iba despojando de sus prendas, tenía la sensación de que estaba desnudando para mí no solo su cuerpo, sino también su alma.

Iria aparecía ante mí increíblemente bonita y es que yo ya la veía como la mujer de la que me había enamorado profundamente y a la que deseaba regalarle el máximo de placer posible.

La adoraba, la adoraba tanto que un deseo incontenible se escapaba por cada poro de mi piel. Yo ignoraba hasta entonces que Cupido tuviese la habilidad de que pudieras entregarle todo tu amor a una persona en un cortísimo espacio de tiempo, pero así me ocurrió con ella.

No era difícil de entender, no lo era para nada porque la Iria que yo me encontré y que me estaba regalando su cuerpo sobre sábanas de satén era una Iria nueva. O, mejor dicho, era la Iria que yo nunca conocí.

El temblor de su cuerpo me indicaba que los nervios se estaban apoderando de él al mismo tiempo que ese deseo que avanzaba imparable por toda su anatomía para instalarse en esa cabecita suya que ya me resultaba transparente.

La amaba y quería demostrárselo sobre un lecho en el que la cubrí de besos, en el que la acaricié de pies a cabeza, en el que jugué con su pelo, en el que le di cuantos mimos pueda regalarle un hombre a una mujer antes de comenzar a tocar ese botón del placer que encontré en el interior de su húmedo sexo.

Su estremecimiento máximo, la forma en la que su rostro se distorsionó hasta ofrecerme la imagen más salvaje de Iria, ese vaivén

de sus caderas y el encanto que emanaba toda ella me excitó hasta el punto de que deseé con locura que ella tomara mi sexo justo antes de que lo hiciera, justo antes de que me diera esa lección magistral de cómo era capaz también de llevarme a las mismas puertas del delirio.

Sus gemidos se confundían con el sonido de mi garganta al tragar ruidosamente saliva por la mucha excitación contenida en mí, porque la tensión sexual que ambos sentíamos hacía ya tiempo que debía estar resuelta y no fue así.

Cuando por fin pudimos, cuando nuestros cuerpos estuvieron en disposición de confundirse el uno con el otro, comprendí que no había mayor placer que ese que pudiera alcanzar con ella.

Tomándola por la mandíbula, la besé con toda intensidad antes de acercar mi duro miembro a su cavidad sexual, tras haber hecho palpitar su clítoris hasta que el color de las amapolas apareció en su rostro.

Me resultó tan adorable y a la vez tan excitante entrar en ella que recorrí el estrecho canal que me llevó directo a sus entrañas con la máxima de las locuras, entendiendo que en aquel lugar me quedaría para siempre.

Mi cuerpo ardía lo mismo que lo hacía el suyo y era puro contorsionismo el que me ofrecía cuando, presa de ese mismo delirio que yo sentía, se corrió para mí por primera vez.

Imposible imaginar que su cuerpo y el mío pudieran llegar a sentir de aquel modo, imposible que pudiera engrosarme y endurecerme todavía más gracias al cántico de sus gemidos, imposible pensar que mi cadera pudiera darle más cuando ella lo pedía a gritos.

Si química sentíamos fuera de la cama, es difícil describir la que aquel

día experimentamos dentro de ella. Allí, sin parar de darle ese placer que me demandaba a raudales, aprendí a amarla todavía más.

Iria era una amante de primera con la que derroché pasión… No hacían falta trucos porque era magia la que hicimos y, en sus divertidas palabras, gracias a mi varita.

No era así porque la magia surgía de la unión de dos cuerpos, pero también de dos almas…. Dos almas que parecían condenadas a enfrentarse y que por fin se habían unido.

El destino es caprichoso y yo lo comprendí en toda la extensión de la palabra cuando la besaba tras haberme vaciado en ella, cuando me hizo sentir más de lo que nunca había sentido y, aun así, no podía parar de besarla.

Era mucho más que atracción, era locura en estado puro, era algo que no sabría describir con palabras pero que bastaba con ver mis ojos para saber que era especial… Tan especial como lo era ella; la mujer a la que aquella noche y sobre aquella cama le prometí amor eterno. Y todo porque ella me enseñó el significado del verdadero amor, y todo porque ella me enseñó a amar, y todo porque ya la amaba más que a mi propia vida.

Capítulo 26

La vida avanzaba día a día en la casa. Todo iba viento en popa e Iria tomó las riendas de la decoración.

—Si no te importa, ese es el único que quisiera dejar—le indiqué en relación con una serie de cuadros que decidimos quitar.

—Por supuesto. Además, que no tiene nada que ver con el resto, ese es muy bonito y alegre.

—Lo pintó mi madre—le comenté con emoción.

—¿Tu madre pintaba? Primera noticia que tengo.

—Comenzaba a hacerlo cuando ocurrió, ya sabes, el accidente…

—Vaya, qué pena porque se le daba genial. Me gusta mucho. Se me ocurre que podríamos aprovecharlo y añadirle…

Iria tenía un millón de ideas relacionadas con las cosas que podríamos hacer en la casa. Habíamos decidido que ese sería nuestro hogar, por supuesto que lo sería, ¿cómo no iba a serlo? Los fantasmas del pasado los dejaríamos precisamente en ese pasado que ninguno de los dos estaba dispuesto a resucitar.

A mí me encantaba verla enfrascada en esa labor, tan activa, tan contenta, tan ilusionada… Las piezas del puzle fueron encajando hasta reconstruirlo, aunque ese ya no era el mismo puzle, sino uno nuevo que contenía todas las piezas que deseábamos en nuestra vida.

Iria fue recuperando la alegría y la calma y eso fue algo que me llenó por completo. Sabía que se trataba de una persona que daría muchísimo de sí, pero todo a su debido tiempo.

Lo que quiero decir es que yo sabía que, con ella a mi lado, el imperio del vino de mi familia crecería todavía más, pero yo lo que deseaba más que ninguna otra cosa era que ella se sintiera a gusto en su nueva vida. Y para ello lo primero era acometer la reforma de nuestra casa.

En cuestión de días más que un hogar aquello pareció un ir y venir de constructores, albañiles, carpinteros, fontaneros, interioristas…

—Me estás poniendo la casa patas arriba, esto se va a parecer a la peli esa de “Esta casa es una ruina”.

—Ninguna ruina, te va a encantar, ya lo verás. El resultado será espectacular.

—El resultado ya es espectacular porque tú estás detrás de él, por eso ya lo es.

Me la comía y encima es que me ponía cantidad cuando la veía tan metida en sus cosas.

—Pues antes no podía ni mover un cuadro sin que me pusieras mala cara, que me acuerdo yo muy bien.

—Es que ni soportaba encontrarme contigo por los pasillos y ahora mírame, lo que no soporto es no verte.

—Veleta, que eres un veleta—se burlaba ella.

—No me busques las cosquillas o encontrarás justamente eso…

—¡No, por favor, cosquillas no!

Nos pasábamos el día bromeando y, cantidad de veces, esas bromas acababan en la cama, primero con risas y luego con una sarta de gemidos que acababan con estas.

Por primera vez en mi vida me sentía un hombre feliz en toda la extensión del término, pues la felicidad se había instalado en mí. Con Iria conocí el amor y encima tenía a la que ya consideraba una hija, pues veía a Alison como algo más que una hermana.

De la noche a la mañana se habían cumplido todos mis sueños y el destino me había dado una lección que no olvidaría; que la felicidad se puede encontrar en el lugar menos pensado.

Las obras que Iria tenía programadas incluían la reforma de la mayoría de las estancias. La idea era darle un nuevo aire a aquella mansión y hacerla parecer mucho más moderna y apropiada para una pareja joven como la formada por nosotros. Además, que yo quería tener varios hijos con ella.

—¿Cuántos dormitorios prepararás para los niños?

—¿Para los niños? Pues no sé, el de Alison y uno más, supongo.

—¿Y una docena más he escuchado por ahí?

—No, no, si has escuchado eso o te vas al otorrino o a un exorcista por escuchar voces de más, a mí déjame de tanto lío.

—Si es que no quiero más que ver pequeños clones de Iria corriendo por estos pasillos.

—Tú no sabes lo que dices, uno más y ya es decir mucho.
Pienso que a ella le gustaba hacerme rabiar lo mismo que al contrario. Siempre estábamos con el eterno dilema y más todavía con el tema de la boda.

—Pero si tú todavía no te has divorciado de Lysa, qué me estás contando. Y di tú que no me dé por salir corriendo, que a mí lo de estar con un hombre casado como que no me va mucho—Reía ella a carcajadas.

—Corre todo lo que quieras, he mandado electrificar la valla para que no puedas escaparte.

—Muy bonito, y entonces qué se supone, ¿Que estoy aquí secuestrada?

—Secuestrada del todo, que tienes tú mucho peligro cuando coges el pescante.

Nos lo tomábamos todo a broma porque nuestra historia no había podido ser más rocambolesca. Y pensar que yo la buscaba por todo el mundo con un mogollón de policía al lado. A ella, que era más buena que el pan.

—Venga, enséñame lo que has hecho hoy.

—Hoy he cambiado el dormitorio de Alison, te va a encantar—Me cogió de la mano y me adentró en una especie de jungla de lo más colorida y tierna que se pueda imaginar.

—Cielos, pero si ese es monito—le indiqué cuando vi una réplica del mono encima de la cama de Alison.

—No sabes lo que me ha costado dar con uno igual, pero aquí está.

—Es que tú siempre consigues todo lo que quieres.

—Siempre, siempre. Y yo quería un dormitorio más fresco para la niña, el otro era demasiado serio.

—Ya me imagino que mi padre tuvo mucho que ver en la elección de los muebles.

—Con decirte que los encargó sin decirme ni palabra, me quedé loca.

—Loca te quiero yo volver, amor.

—Loca me tienes ya, ¿qué quieres de mí?

—Todo, lo quiero todo de ti, absolutamente todo…

Capítulo 27

Las Navidades estaban cercanas y las obras se iban terminando. Sí, ella las había encargado para que estuvieran en un tiempo récord.

La vida nos sonreía y, una vez que estuvimos tan a gusto en casa, Iria se interesó por el trabajo, tal como habíamos quedado que haría.

Yo confiaba mucho en su olfato y estaba casi seguro de que todo me iría mucho mejor con ella allí.

Mi padre no quiso jamás que su mujer tuviera contacto con sus negocios, por lo que prácticamente no conocía ni los viñedos.

A mí me encantó pasear por ellos con mi mujer de la mano, porque al margen de todo lo demás, yo ya la consideraba mi mujer.

Como era de esperar por mi parte, Iria se mostró de lo más interesada en conocer la uva y todo lo relacionado con ella. No en vano, era una mujer guapísima, pero también inteligentísima que aprendería muy pronto a amar el vino como yo lo amaba.

Nos lo pasamos genial paseando por los viñedos y allí le hice un montón de fotos.

—Siempre me han gustado, pero hoy lucen todavía mucho más

contigo aquí.

—Eres increíblemente adulador, cariño.

—Y tú increíblemente guapa.

El día lucía muy soleado y los campos era cierto que me parecieron todavía más bonitos de lo normal, pero es que eso tenía mucha lógica, pues toda mi vida me parecía mucho más bonita con ella al lado.

Volvíamos a mi despacho en las oficinas cuando Lucy, mi secretaria, me indicó que había un problema.

—He intentado evitar que entrase, pero me ha sido imposible, Nathan, lo siento muchísimo.

La visión de Lysa despeinada, sin una gota de maquillaje, mucho más delgada de lo habitual y con expresión de loca total era realmente escalofriante.

—¿Se puede saber qué diablos? —le pregunté, tratando de cogerla por el brazo mientras Iria se acercaba también.

—No me toques, solo he venido a por lo que es mío…

—No entiendo, le di dinero a William, ¿qué ha pasado?

Por el amor del cielo, si es que parecía haber salido de una película de terror. Aquella chica no se parecía a la que todavía era mi mujer, era como la sombra de lo que Lysa fue, nada que ver con la que siempre lucía impecable y con sus collares de perlas.

—No me hables de William, me dio la patada después de que perdiera al bebé.

—¿Perdiste al bebé? —le pregunté sin extrañarme lo más mínimo lo que decía de mi hermano.

—Sí, lo perdí, parece que el problema finalmente es mío. Y mira que me reí de ti, si hasta te llamaba “pichafloja” y resulta que soy yo la que no puede ser madre—Se rio de una manera escandalosa.

—¿Has bebido, Lysa?

—He bebido y me he drogado, ¿qué pasa? ¿Es que ahora eres mi padre? No, tú solo eres mi marido, porque te recuerdo que todavía no nos hemos divorciado, pero no eres mi padre, no eres—Comenzó a golpearme en el pecho.

—Cálmate, ¿dónde estás viviendo?

—En un palacio, no te jode, solo hace falta que veas mis pintas, ¿ya no te parezco una princesa?

Lo que me parecía era verdaderamente patética, en el fondo me dio pena de ella. La había cagado por completo y se había visto en la calle.

—¿No tienes dónde vivir? Yo me encargaré de que tengas un techo.

—No, yo vengo a por lo que es mío, a por la mitad de todo lo tuyo.

—Eso lo dirimirá un juez, y no es la mitad de todo lo mío. La mayoría de los bienes me vienen por vía de herencia y eso no va así, aunque me encargaré de que no te falte de nada.

—Ya, como si yo fuera una mendiga, pues ¿sabes lo que te digo? Que yo no soy ninguna mendiga y que tu caridad te la puedes meter por

donde te quepa, que a mí no me hace puta falta.

—Y entonces, si no quieres mi ayuda, ¿para qué has venido?

—Para recuperarte, porque todavía eres mi marido y porque tengo derecho a recuperar lo que es mío. Para eso.

—De eso ya te puedes olvidar, lo siento mucho, pero las cosas no van así. Yo ahora vivo con Iria y me siento un hombre pleno, no tienes nada que hacer.

—¿Un hombre pleno? Ella te ha engatusado con malas artes, no hay nada de verdad en lo que te ha dicho.

—Todo es verdad, Iria sufrió un infierno al lado de mi padre y eso es algo que no le deseo a nadie. Tampoco a ti, así que te ayudaré.

—¡¡Vete a la mierda, hijo de puta!! —Me dio un empujón.

—Estás perdiendo los papeles…

—¿Qué papeles? ¿Te crees que mi vida se ciñe a un jodido guion? Es eso, tus papeles te los puedes meter por donde te quepan, que yo te odio, ¿me oyes? Te odio. Y te digo más, de lo único que me alegro es de que ella haya podido engañarte como lo ha hecho, porque te va a chupar la sangre y un día comprenderás que yo tenía razón. Cometí un error, sí, pero solo porque me descuidaste. En cambio, esta que se pasea ahora de tu brazo se ha inventado una historia que tú has creído a pies juntillas, ¿es que eres gilipollas?

Tuve que pedir a los de seguridad que se la llevasen y ni siquiera me dejó que la ayudara económicamente. Lysa siempre fue muy orgullosa y me dio mucha pena verla así.

—Siento que hayas tenido que presenciar este bochornoso espectáculo. Cuando pienso que ya has recibido mucho más daño del que mereces siempre llega alguien que te hace un poco más, no sabes cómo lo lamento.

—Tranquilo, Lysa está fuera de sí, no me afectan sus palabras, sino el verla así.

—Parece que debe estar viviendo en la calle, jamás lo habría pensado de alguien como ella.

—Ojalá pudiéramos ayudarla, ojalá se dejase.

—Cariño, eres muy buena, ¿tú dónde estabas que yo no me había enterado?

—Yo estaba muy cerquita de ti, y tan cerquita…

Capítulo 28

El día de Navidad ya teníamos ese episodio superado. Las fiestas se presentaban muy bonitas para nosotros y en familia.

Desde que yo era un niño no se respiraba tanta alegría en la casa. Desde primera hora de la mañana Alison canturreaba villancicos que su madre le había estado enseñando semanas atrás y ella, de lo más alegre, movía una pequeña pandereta.

—Se la regaló la señora Carmen y está con ella como Mateo con la guitarra, cualquiera se la quita…

—La señora Carmen, cielo santo qué personaje, ¿te encargaste de enviarle vino para las fiestas?

—Sí, tendrá vino hasta el día que se muera, por eso no te preocupes.

—No sé yo qué decirte porque me contó que en su pueblo la gente duraba más que un martillo metido en manteca.

—Pues lo mismo que vas a durar tú, aunque no seas de allí, porque yo te pienso cuidar cantidad.

Iria me besaba y yo no me resistía a seguir besándola una y otra vez. Alison se reía y se reía con la manita delante de la boca.

Ella estaba espectacular en la que era nuestra primera Navidad juntos como pareja. Navidades juntos habíamos celebrado unas cuantas, aunque yo recordaba lo mal que llevaba que ella ocupara el papel de mi madre, y eso que era cierto que nunca tuvo afán de protagonismo.

Su familia no había podido acudir por ciertos pequeños contratiempos de salud, pero quien sí vendría a almorzar con nosotros sería Archie, ese abogado que también era amigo y a quien yo le debía lo mucho que ayudó a Iria y a la niña.

Lo recibimos con sumo cariño porque el hombre era un tanto solitario y un poco de compañía le vendría genial.

—Pero bueno, esta niña crece por días, qué bonita está—nos comentó.

—¿A que está preciosa? Pues igual que su madre, que pronto se convertirá en mi mujer.

—Eso lo dice él, Archie, pero que todavía no me ha hecho una petición formal ni nada.

—¿Os vais a casar pronto? —me preguntó con asombro.

—Que sí, hombre, que sí, que cuando uno está tan seguro de algo no tiene por qué esperar, ¿una copita?

—Venga esa copita, que yo ya le he visto la cara a la muerte y hasta he hablado con ella.

—¿Y qué te dijo, amigo?

—Que disfrute todo lo que pueda, que es lo único que me voy a llevar por delante.

—A ti lo que te falta es una buena compañera de vida, a ver si tiras de agenda, que te veo muy solo.

—Yo siempre he sido un solitario, pero mírame, vosotros sois mi familia y esta niña es muy especial para mí, ya lo sabes.

—Sí que lo sé, amigo. Y también es muy especial para nosotros que hayas venido a pasar la Navidad a nuestra casa.

—Por cierto, que no la conozco, la casa es otra.

—Es que mi vida es otra, tiene más color, más alegría. Y eso se refleja en todo, Iria la ha reformado, ¿quieres verla?

—Por supuesto que sí…

Comencé a enseñársela y noté que mi amigo se emocionaba. Él había vivido muchos episodios en aquel lugar. Se paró especialmente delante del cuadro de mi madre y pude imaginar lo que pensó en esos momentos, aunque también noté que le impresionó entrar en el despacho de mi padre y que su gran retrato ya no lo presidiera.

—Ya sé lo que estás pensando, lo mandé al infierno, junto con muchos de sus recuerdos.

Archie suspiró, él fue una víctima más de los abusos de ese déspota que fue mi padre, un hombre al que yo procuraba ir sacando poco a poco de mi mente.

Luego bajamos y pasamos al salón, Iria había preparado una gran cena de Nochebuena, una de esas cuya mesa podría aparecer en la portada de una revista gastronómica. No quiero decir con eso que se hubiera metido en la cocina, pero sí que había dado las órdenes pertinentes

para que todo estuviera perfecto.

En aquel salón lucía especialmente un inmenso árbol de Navidad sobre el que nuestra Alison nos daba las explicaciones, en su lengua particular, sobre los regalos y Papá Noel, cuya risa emulaba.

No podía estar más bonita y la vida en la casa le estaba sentando fenomenal. Siempre he pensado que las raíces son fundamentales para las personas. Ella era una Morrison y ningún otro lugar mejor para criarse que allí, con su familia.

Eso sí, yo el apellido Morrison ya lo veía de otro modo, menos ligado a mi padre y más representando lo que era aquella casa, la memoria de mi madre, el hogar que ella creó y que ahora honrábamos Iria y yo…

Allí quería casarme y allí quería que se criaran también el resto de nuestros hijos. Por ello brindamos durante un increíble almuerzo en el que no faltaron los villancicos y en el que todos estuvimos cantando mientras la niña tocaba la pandereta.

Después del almuerzo Archie insistió en irse.

—Es hora de volver a casa, además que todavía no estoy repuesto del todo.

—Amigo, pues para no estar del todo bien te has tomado unas cuantas copas. Le diré al chófer que te acerque.

—Eso sí que te lo voy a agradecer, Nathan, tengo tanto que agradecerte…

—No digas eso, yo soy quien está en deuda contigo y quien lo va a estar siempre, ¿sabes?

—Paparruchas, eso no es así…

Le di un fuerte abrazo. Él era de lo poquito que me quedaba de mi vida anterior y que valiera la pena en unas Navidades en las que nada supe de William y menos todavía de Lysa, quien no volvió a molestarnos.

La tarde la pasamos en familia y con la niña jugando con los muchos juguetes que Papá Noel le trajo y que le entusiasmaron. Era la viva imagen de la felicidad y nosotros fuimos más felices todavía de verla.

Capítulo 29

Para el día de Nochevieja tuvimos otra idea; la de recibir el nuevo año en una lujosa estación de esquí.

A mí el esquí me encantaba y tenía la ilusión de contagiarles mi gusto por él a Iria y a la peque. En realidad, la niña era todavía demasiado pequeña, lo cual no fue óbice para que se lo pasara de miedo jugando con otros niños en la guardería que las instalaciones ofrecían.

Los días nos los pasábamos esquiando porque lo cierto es que ya llevábamos varios allí e Iria le había pillado el gusto a los esquíes, algo que hizo mis delicias.

En Nochevieja nos estábamos arreglando para la cena y ella apareció sublime con aquel vestido en negro brillante que resaltaba su figura como ningún otro.

—Que me aspen si no eres la mujer más bonita que he visto en mi vida, que me aspen si no es así.

—Y que digas lo contrario, que hasta entonces no te vas a enterar de lo que es bueno.

—Preciosa mía, vamos a comenzar el nuevo año juntos, ¿sabes lo que eso significa?

—Sí, que este es el primero de muchos, rollo condena, ¿no? Me sacó la lengua.

—Tú sí que eres condenadamente irresistible, lo eres y lo sabes, por eso te pavoneas así delante de mí.

—¿Cómo me pavoneo yo? —me preguntó entre risas.

—Si no fuera porque está aquí Jalison ya te diría…

De vez en cuando me acordaba de la señora Carmen y de esa forma tan graciosa que tenía de llamar a la niña, qué cosa tan divertida.

—Yo sería quien te dijera—Y entonces murmuró tales cosas en mi oído que me dejó conmocionado, sin apenas poder echar el paso por lo abultado de mi entrepierna.

La noche apuntaba maneras. Yo terminé de colocarme el esmoquin mientras ella vestía a la niña con una ropita que la hacía parecer todavía una princesita más tierna y encantadora, si cabía.

—Quedaos así—les pedí mientras su madre le daba el toque final al flequillo de la cría y les tomé una foto de esas para el recuerdo.

Después, con ella de la mano y Alison en mi otro brazo bajamos al comedor. No podía estar más orgulloso de la familia que había formado.

Era hora de recibir y enviar muchas felicitaciones y entre ellas no faltó la de mi amigo Peter, que se había ennoviado y andaba un poco perdido en aquellos meses, pero que no dejó pasar la ocasión. En cuanto a mí, también aproveché un momento para felicitarle el nuevo año a Archie.

A continuación, nos sentamos en una amplia y redonda mesa donde departimos animadamente con otra serie de comensales que habíamos conocido allí en aquellos días y con los que hicimos muy buenas migas.

Iria hablaba con las chicas, ella era de lo más sociable, mientras que los chicos no me quitaban ojo de encima porque sabían que, después de las campanadas, yo pensaba dar otro "campanazo", el de pedirle matrimonio.

Terminamos de cenar y fuimos a por una copa. Yo la miraba y pensaba que era imposible que me enamorase más de ella, pero por lo visto sí que se podía, porque ese pensamiento lo tenía a diario y al día siguiente notaba que la cosa iba a más y a más…

Estaba deseando que sonaran las campanas y ellos notaban mis nervios.

—¿Es tu primer matrimonio? Se te nota porque estás hecho un manojo de nervios—me preguntaban.

—No, es el segundo, pero como si lo fuera…

—Ah, bueno, esta es la que te ha llegado a la patata, ¿no es así?

—Del todo—les confesé mientras daba un trago.

—¿Y hace mucho que la conoces? ¿La niña es tuya?

—Como si lo fuera también, aunque en realidad la niña es de mi padre…

—Será cachondo el tío…

—Ningún cachondeo, Iria estaba casada con mi padre, es una historia un tanto extraña.

—¿No es coña? —Ellos alucinaban en colores.

—No, no lo es. Y ahora, si me disculpáis, es que debo atender una llamada…

Me estaba llamando Archie, sin duda para desearme un feliz Año Nuevo, en respuesta a mi mensaje.

—Ey, querido amigo, ¿cómo va eso?

—Hola, Nathan—Noté la emoción en su voz, no debía estar muy bien.

—Oye, ¿te pasa algo? ¿Te ha dado el bajón? Mira que te dije que no te quedaras en casa, ¿estás solo?

—Nathan, eso no es lo importante, lo importante es que tengo una desazón dentro que no me deja vivir porque te he mentido.

Me quedé atónito, ya que no sabía a qué se refería mi amigo.

—¿Mentirme? ¿Y por qué habrías de mentirme?

—Porque antes de que aparecierais por el hospital recibí una llamada de Iria amenazándome.

—¿Amenazándote? ¿Por qué? Eres el tipo más íntegro que he conocido nunca y, además, ¿cómo te iba a amenazar ella? Iria es incapaz de algo así.

—Lo siento mucho, amigo, pero Iria no es la mujer que tú crees, no

tiene nada que ver con la imagen cándida que ahora tienes de ella.

—¿Perdona?

—Que Iria es la mujer fría y calculadora que siempre tuviste en mente y que te la ha dado con queso, que está jugando contigo, que me obligó a secundar cada una de sus palabras porque si no…

—¿Cómo? ¿A qué viene todo esto? ¿Has bebido, Archie?

—No, estoy en mi sano juicio. Tampoco yo soy ese hombre íntegro que tú crees. Le sisé algún dinero a tu padre, él no era mal hombre, pero sí algo tacaño y yo odiaba que ganara tanto dinero y que nunca se acordase de mí. Me metí en líos de juegos, tenía deudas, necesitaba el dinero. E Iria me pilló un día con las manos en la masa, yo sabía la clave de la caja de seguridad de tu padre. Desde entonces tuve que ayudarla y, cuando recibí esa llamada, supe que debería seguir haciéndolo.

—¿Te ha estado chantajeando? Pero eso no puede ser…

—Sí que puede ser, tu padre no era ningún maltratador, la quiso con locura.

—¿Y a mi madre?

—Para mi desgracia, también la quiso con la misma locura que la quise yo.

Capítulo 30

Esperé a que llegásemos el día siguiente a casa. Sí, yo apenas daba crédito, pero tuve la sangre fría de aguantar el tipo. Si ella era una mentirosa, una rastrera y una insensible, no merecía que yo me anduviera con contemplaciones.

No voy a decir que le hiciera el amor cuando subimos la noche anterior a la habitación, no, tampoco soy un témpano de hielo. Simplemente me escudé en que había bebido demasiado y no podía con mi alma.

Para cuando ella se vino a levantar, yo, que estaba sin pegar un ojo, tenía hasta el equipaje hecho. Le comenté que en los viñedos había surgido un problema y que corría prisa que volviéramos, por lo que no sospechó nada.

Esperé a que estuviéramos en nuestro dormitorio y una de las chicas de servicio se ocupara de la niña para acercarme a ella.

—Coge tus cosas y lárgate de esta casa ahora mismo—murmuré.

No lo esperaba, obvio que no lo esperaba, ¿cómo lo iba a esperar? La jugada le había salido redonda con Archie, quien también bordó su papel en el hospital. Qué actores se estaba perdiendo Hollywood, por el amor del cielo.

—¿Qué dices, cariño? —Se volvió con los ojos inyectados en sangre.

—Lo que estás oyendo. Y otra cosa te voy a decir, esta vez no pienso entrar en tu juego, no voy a mover un dedo más para tener que buscaros; la niña se queda aquí.

—¿Qué estás diciendo? ¿Te encuentras bien? No tiene ningún sentido lo que me estás diciendo, no lo tiene.

—Lo que no tiene ningún sentido es que los dos sigamos con esta pantomima.

—No sé de qué pantomima me hablas, ¿quién te ha envenado?

—De momento nadie, salvo que tú me muerdas y entonces la cosa se ponga fea, porque eres una serpiente, eso es lo que tú eres.

—No me puedo creer que me estés diciendo estas cosas, ¿te has vuelto loco?

—Sí, me volví jodidamente loco el día en el que empecé a creerme todas tus mentiras, justo ese día. Y ahora te vas, date prisa en recoger…

—No sé de qué va esto, pero ten por seguro que si me voy me llevo a mi hija.

—Sabes que aquí tengo a la justicia completamente de mi lado, bastará con que le haga una llamada al juez diciéndole que me equivoqué para que vuelva a dictar una orden de detención contra ti. Si quieres pasarte los siguientes años a la sombra, no tienes más que intentar llevártela, ¿no te da pena que vea cómo te separan de ella a la fuerza? Porque a mí se me parte el alma.

—¿Se te parte el alma? ¿Pretendes separarla de mí y ahora dices que se te parte el alma? Eres el tipo más hipócrita que he conocido en mi vida, eso eres tú.

—Viniendo de tu parte comprenderás que me entre por un oído y me salga por el otro; tú eres la persona más ruin y mezquina que he conocido. Y yo que pensaba pedirte matrimonio anoche, menos mal que Archie me abrió los ojos. Y no, no te creas que vas a seguir extorsionándolo porque no, a mí me da lo mismo lo que hiciera en su día, él me está demostrando absoluta lealtad.

—¿Qué te ha dicho Archie? Lo que sea es mentira.

—Claro que sí, ni siquiera lo sabes, pero es mentira. Todo el mundo miente menos tú, que eres una hermanita de la caridad. Debí fiarme de mi instinto, dicen que la primera impresión es la que cuenta y yo vi en ti a una cazafortunas sin escrúpulos…

—Todo esto es un error, sabes que yo no soy eso—Se echó a llorar.

—A mí no me vengas con lágrimas de cocodrilo porque no, ¿me estoy explicando?

—¿Cómo me puedes estar diciendo estas cosas? ¿Qué te ha contado Archie?

—Que mi padre no te ha maltratado en su vida y, de paso, tampoco a mi pobre madre. Que él te quiso con locura y que tú le pagaste con la moneda de la traición.

—Archie debe estar bebido o enajenado, qué se yo, él sabe la verdad, él la sabe.

—Claro que sí, no que tú le obligaste a mentir y el hombre no puede

con el remordimiento de conciencia que tiene. No pienso escuchar ni una palabra más; o te vas de esta casa en media hora o llamo a la policía. Y te prometo que esta vez no pararé hasta verte encerrada un buen puñado de años; tengo muchas cosas de las que acusarte que se suman a la de ser una vil ladrona.

—No sabes lo que dices, te arrepentirás de esto, te prometo que te arrepentirás.

—Tus amenazas caerán en saco rato, no lo intentes.

—No son amenazas, son evidencias. El día que te des cuenta de que la has cagado a lo grande…

—Ese día ya ha llegado y aquí estoy. No pienso flagelarme por ello, he confiado en ti porque soy una buena persona. Y enhorabuena por tu jodida actuación, me lo tragué todo, hasta lo de las pesadillas.

—No sabes lo que dices—Sus ojos no paraban de verter lágrimas.

—A mí no me vas a dar pena. Me voy con Alison y cuando vuelva a esta habitación espero que te hayas largado. También espero que por una vez en tu vida no te lleves nada de lo que no es tuyo, sería muy de agradecer, las cosas como son.

—Descuida, que así será, pero nos veremos en los tribunales, no me vas a separar de mi hija.

—Tú sola has cavado tu propia tumba, tú sola has perdido a Alison.

Capítulo 31

La vida me volvió a dar un giro de ciento ochenta grados a partir de ese momento. La situación me sobrepasó y la casa se me caía encima.

Lo único que me ilusionaba era pasar tiempo con Alison, si bien tampoco podía disfrutarlo porque la peque se pasaba el día preguntando por su mamá. Eso me hacía sentir como un criminal, pero es que por otra parte no podía permitir que ella se criase con esa mujer, ¿qué clase de hermano sería si la dejaba en manos de alguien así?

Yo no podía discernir si Iria era mala de nacimiento o si tenía un trastorno mental, pero algo había; algo que nos había separado definitivamente y que me hacía vagar por los viñedos y por la casa como si fuera un auténtico fantasma.

Parecía que la vida, la jodida vida, nos hubiera tendido a todos una trampa mortal, que cuantos vivimos en aquella casa fuéramos víctimas de una maldición.

Yo trataba de refugiarme en el trabajo y, por primera vez en mi vida, eso no me servía. Me sentía absolutamente atrapado, sin escapatoria, sentía que la vida me estaba ganando un pulso en el que yo ni siquiera era consciente de estar participando.

Dicho así, bien pudiera parecer que Iria llevara fuera de nuestras vidas

un par de años, cuando lo cierto es que solo llevaba dos días.

Yo ignoraba cuáles serían sus intenciones para con la niña, pero estaba dispuesto a presentarle batalla legal con tal de que no se la llevara a compartir su frívola vida, eso lo tenía clarísimo.

Reflexionaba sobre ello cuando me llamó un oficial de policía, amigo mío.

—Nathan, tienes que venir a casa de Archie, ha sucedido algo—me comentó.

—Y déjame adivinar, no es nada bueno…

—Así es, no lo demores, por favor, está a punto de llegar el juez.

Poco más había que decir al respecto, si estaba a punto de llegar el juez era porque Archie había muerto, ¿qué más iba a pasar en mi mundo? Cuanto me rodeaba se desmoronaba, ¿qué le habría sucedido a ese hombre? Yo no había vuelto a hablar con él desde la noche en la que me lo confesó todo. Y, por lo que iba intuyendo, esa habría sido nuestra última jodida conversación.

Maldije mi suerte porque me estaba quedando más solo que la una, seguía maldiciéndola cuando llegué a su casa y me acerqué al cordón policial.

—Déjenlo entrar—les indicó a sus compañeros el policía que me llamó —, es parte implicada.

Sí que lo era porque ese hombre conocía lo que Archie representó para mi familia siempre, aunque yo no sabía que era parte implicada por duplicado. Lo supe enseguida, cuando me indicaron que pasase con cuidado a lo que yo no sabía que era una escena del crimen y me

encontré su cadáver, con un tiro entre ceja y ceja…junto al cadáver de Lysa.

Sinceramente no sé si me caí de culo o si me senté porque el tiempo como que se paró.

—Es… es…

—Es Lysa, sí, no te quise decir nada porque sé que es un tema muy peliagudo, he preferido que vinieses.

—¿Qué ha podido ocurrir?

—Una vecina ha denunciado el mal olor, deben llevar un par de días aquí, de ahí su estado. Hemos entrado y los hemos encontrado como los ves, se ve que Lysa entró con una pistola y lo amenazó. En un momento dado ha debido haber un forcejeo entre ambos y él resultó muerto. Y después ella misma se debió quitar la vida.

Me quedé frío porque Archie estaba al lado del teléfono y eso podría explicar muchas cosas; la realidad me la contó el día que fuimos al hospital y lo que me dijo el día de Nochevieja, una versión totalmente contraria, se la sacó Lysa a punto de pistola.

Era muy probable que ella hubiese acudido hasta allí porque sabía que Archie era una pieza esencial en la historia entre Iria y yo. Su versión tenía mucho peso. Y nada le habría gustado más que acabar con nuestra relación.

Así me lo corroboraron horas después algunas de sus amigas, que habían pasado con ella las horas previas a la desgracia, y que también fueron llamadas a declarar.

Cuando salí de hacerlo, entendí que había alguien a quien le debía la

mayor de las disculpas, alguien que era posible que ya me odiase porque eran demasiados los vaivenes de nuestra relación.

Tenía la dirección de Iria, que se hospedaba en un hotel, porque ella me la pasó por WhatsApp para que la tuviera localizada por si a la niña le ocurría algo. No dudé en dirigirme hacia allí, a la carrera. En mi vida había corrido tanto, llegué empapado en sudor y toqué la puerta de su habitación.

—¿Vienes a acusarme de algo más? —me preguntó en cuanto me vio, poniéndose a la defensiva.

—No, mi amor, solo vengo a decirte que Lysa ha muerto y que Archie también, y que ella estaba en su casa apuntándolo con una pistola cuando me llamó por teléfono y que por eso él me mintió en todo y que eso provocó que…

Ella no me contestó, lo hicieron sus ojos, llenándose de lágrimas.

—¿Me crees ahora?

—¿Y cómo no voy a creerte? Debería ponerme de rodillas para pedirte perdón, pero voy a hacerlo para pedirte que te cases conmigo.

Ella se secaba las lágrimas con el puño de su pijama y, entre sus muchas lágrimas, esbozó una sonrisa.

—Pero si tú no traes anillo ni traes nada.

—Es que yo no sabía a lo que venía, pero en casa lo tengo, tengo un anillo maravilloso.

—¿En la misma casa en la que me has prohibido entrar?

—Cariño, no tendré vida para lamentarlo. Soy un zopenco, soy…

—Eres un idiota que todavía no se ha enterado de que te quiero muchísimo, te quiero tanto que he llorado en estos dos días más que en toda mi vida junta, te vas a llevar durmiendo en el sofá, déjame que cuente… Han sido dos días, pues dos años, vas a dormir en el sofá dos años.

—Ya serán menos, mi vida, ya serán menos.

Me la llevé en pijama y corriendo por la calle. La gente nos miraba porque la escena era la bomba, pero a nosotros nos importaba un bledo.

Ella chillaba de felicidad y yo me la comía a besos, saltaba, la abrazaba…

Llegamos a casa de esa guisa y el servicio no daba crédito.

—Alison, mi niña, quiero que veas cómo le pido matrimonio a tu mamá—le dije y ella se reía, como si pudiera entenderme.

—Venga, a ver si es verdad, que tú mucho decir que te quieres casar conmigo y no paras de recular.

—Nada de recular, casarme contigo es lo mejor que me podrá ocurrir en la vida, lo mejor… No te imaginas las ganas que tengo, preciosa mía.

—Para entonces igual te dejo que vuelvas a la cama, pero solo si te portas de matrícula de honor.

—Tú no puedes hacer eso, no puedes enviarme al sofá en plan condena.

—Yo puedo hacer muchas cosas porque tienes que desagraviarme; venga ese anillo.

Volé a por él mientras ella estiraba su dedo, ese precioso dedo en el que el anillo encajó a la perfección; lo habían hecho a la medida de su dedo y a ella a la medida de mí.

Era la mujer que me sentaba como un guante, la que, sin saberlo, llevaba esperando toda la vida. Si es cierto eso de que lo bueno se hace esperar, lo que nos depararía el destino debía ser impresionante, porque zancadillas nos había puesto unas pocas en el camino.

Epílogo

5 años después…

—Vamos a ver, Jalison, ¿cómo dices que se llaman tus hermanos?

—Son Harry, Liam y Lucas, señora Carmen—le contestó ella, que ya hablaba castellano con bastante corrección.

—¿Y dices que son trillizos? Caramba con tu padre y presumo yo de los mozos del pueblo, pues anda que no tienen potencia los de California.

Iria y yo nos reíamos. Habían pasado cinco años y tuvimos muchas ganas de volver de vacaciones a ese pueblo donde todo comenzó. Además, que le debíamos una visita a esa buena señora, a la que le enviábamos periódicamente unas cuantas botellas de vino.

—Pues sí, señora Carmen, mi marido es muy apañado. Por cierto, ¿le gusta el vino que hacemos?

—A mí me gusta empinar el codo, pero es que no paráis, al final lo vendo a dos euros la copita y me saco unas perras, niña.

—¿En serio me lo está diciendo?

—En serio, que hago negocio con el vino, que la cosa está muy mala. Tú no te has enterado porque este es rico que, si no, con tantas bocas que alimentar, te ibas a enterar de lo que vale un peine.

—Señora Carmen, ¿y qué le parecen los trillizos?

—Tres muñecos parecen los jodidos, igualicos de guapos que su padre. Pero oye, tú ya te habrás casado con esta muchacha, ¿no? —Lo miró.

—Que sí, señora Carmen, que ahora sí que estamos casados, mire las alianzas. Y ya le enviamos las fotos de la boda.

—Pero esas podían ser más falsas que una moneda de tres euros, como las bodas que se hacen en Las Vegas.

—No, no, ya somos marido y mujer oficialmente.

—Como Dios manda, eso es lo que me gusta a mí, muchacha. Y no te voy a preguntar cómo funciona porque a la vista está, Jesús, tres a la vez, qué alegría de hombre.

—¿Se los quedaría usted un ratito mientras damos una vueltecita por el pueblo?

—Vale, pero me dejáis a la Jalison aquí. Y otra cosa, como se pongan a berrear yo los engancho a una vaca, porque mis tetas ya están que me quito el sostén y digo eso de qué fresquito está el suelo.

Para frescura la suya, que no podía tener más gracia esa señora.

Nos dimos la mano como el primer día y paseamos por aquellas calles de un pueblo en el que vivimos momentos absolutamente inolvidables. Desde entonces la vida nos había cambiado muchísimo, eso era indiscutible, pero también lo era que cada día nos sentíamos más

felices.

Nuestros niños contaban con seis meses de edad porque no tuvimos prisa, no porque hubiera ningún problema. Quisimos disfrutar de Alison al máximo antes de encargar un bebé de nuevo. Y cuando vinimos a encargarlo, pues que salieron todos de golpe; tres, nada más y nada menos.

Nos habían colmado de felicidad y también a su hermana. Después de nuestra boda, que fue un día inmensamente feliz, el de la llegada de los trillizos fue también sublime. Y no podemos dejar de recordar aquel otro en el que el ginecólogo nos dio la noticia de que era un embarazo por triplicado.

Tres niños significan tres alegrías y si a eso sumábamos la de nuestra niña, que estaba loca con sus hermanos, pues ya no digamos.

En mi caso, a eso había que añadirle que yo también estaba loco con Iria, pero es que ella lo seguía estando conmigo, para fortuna mía.

Juntos habíamos sacado adelante el negocio del vino, pero es que también juntos sacamos adelante un tesoro todavía mayor; un tesoro familiar que llevaba el apellido Morrison, pero que nada tuvo que ver con esos otros Morrison que quedaron por el camino y de los que ni siquiera solíamos hablar.

Teníamos un camino por recorrer muy bonito y no me refiero solo al que llevaba a la salida de ese pequeño pueblo de cuento. Pronto volveríamos a California a seguir con nuestras vidas, unas vidas que también habíamos diseñado a nuestra medida.

Con Iria cualquier camino se me hacía corto, porque era la mujer más inteligente, divertida y, para colmo, increíblemente guapa con la que la vida me pudo agasajar. Ella me enseñó que puede haber muchas

verdades, pero que solo una es la verdad verdadera.

A mi esposa le rogué un día “cuéntame la verdad” y me la contó con pelos y señales. Desde entonces le debía creer en ella, así como amarla, respetarla y serle fiel hasta que la muerte nos sorprendiera queriéndonos, ojalá que muchísimos años después, en nuestros viñedos californianos.

Mis redes sociales

Facebook: Aitor Ferrer
IG: @aitorferrerescritor
Amazon: relinks.me/AitorFerrer
Twitter: @ChicasTribu